

—Y que objetos eran esos! exclamó alentando apenas doña María.

—Eran un birrete de paje, y un billete de amores.

—¿Y vieron esos objetos mis damas?

—El birrete sí, porque era inevitable: la carta no; la carta no la ha visto nadie mas que Dios, vos señora, y yo.

—¡Mentís! exclamó sobreponiéndose á la situación doña María.

—La carta está aquí, dijo Tenorio, sacando de su escarcela la que Leila habia hecho recibir á doña María de Padilla, que esta, al desmayarse, habia dejado sobre la mesa y que recogió Juan Tenorio, al retirarse del dormitorio de doña María, donde habia entrado llamado por sus damas: he aquí una preciosa prueba que el rey apreciaria mucho conocer.

—Doña María no pudo reprimir un grito y un estremecimiento de terror.

—Y la carta no puede ser mas significativa, dijo el infame corruptor, lanzando una mirada indescribible sobre algunos de sus periodos: no puede decirse el amor con mas espression, con mas delicadeza; comprendo que una mujer, por mas que sea reina, adore á un hombre que la enamora de tal modo.

—¡Ah! Juan Tenorio! exclamó con indignación doña María, no en vano un secreto presentimiento me ha hecho veros siempre con horror y estremecerme al escuchar vuestro nombre.

—¡Ah! ¡os aterro! pues mirad: me alegro porque el terror es una pasión que yo deseo inspirar tanto como el amor: en verdad, en verdad, el terror nos hace llegar mas pronto á nuestro objeto.

—¡No os comprendo bien! exclamó asombrada doña María.

—Escuchad algunas palabras de esta carta y me comprendereis señora: oíd dice así: «Delante de vos seré siempre el vasallo leal, pero en medio de la noche, rodeado de la inmensidad del silencio, nadie puede impedirme que piense en vos, como se piensa en el cielo, con un deseo puro, ardiente, sin fin.» ¡Oh! esto es amar como un niño: yo amo como un hombre, doña María: yo no me contento como el que ha escrito esta carta, con suspirar... yo necesito poseer, y cuando quiero poseer, poseo.

—¡Que poseéis!

—Sí, vive Dios: necesito poseeros y os poseeré.

—¡A mí! exclamó con un acento de asombro, de indignación y de vergüenza, doña María, con uno de esos acentos que es necesario escucharlos para comprenderlos.

—Sí, si señora, porque vos lo habeis dicho: os causo terror, y esta carta, esta terrible prueba que tengo entre mis manos, hará...

—Hará que la muerte caiga sobre vuestra cabeza.

—Ya habeis confesado que no hay peligro que me detenga... y además, el rey no os creeria... creeria solo que me acusabais para hacerle dudar de mi acusación.

—¡Pero yo debo estar soñando! exclamó doña María: si, si, es imposible que haya un hombre tal que falte, como vos estais faltando á todos los deberes de caballero.

—No, no estais soñando, doña María: yo estoy ante vos, mi empeño es cierto, y bien sabeis que tengo pruebas para perderos.

—Mentís!

—¡Oh, doña María! ¿por qué no entendernos? un leve sacrificio, que dejara de serlo, cuando os acostumbréis á mi amor, os libra de una desgracia horrorosa... sino es ya que quereis tener para conmigo mismo la disculpa de una violencia. Sea. Mi galantería llega hasta el punto de facilitar á una dama pretestos de queja y no quedareis descontenta de mí.

Y Juan Tenorio que, fátuo como todos los conquistadores de oficio, interpretaba en favor de sus inten-

ciones la turbación, el rubor, el estado horrible de doña María; Tenorio, cuya audacia iba en aumento, se acercó á ella y la asió.

—¡Apartad! ¡apartad señor Juan Tenorio! gritó la Padilla con una energía y una indignación infinitas. ¡Sois un miserable!

Llególe á Tenorio la vez de aterrarse: el grito de doña María habia sido uno de esos agudos gritos de mujer, estensos, vibrantes que atraviesan las paredes y llegan á larga distancia. En el primer momento Tenorio se sobrecogió, y doña María notando su temor, cobró aliento.

—¡Salid! ¡salid inmediatamente ó llamo á mi servidumbre!

—Es inútil que la llameis, dijo con cólera reconcentrada Tenorio; han oído vuestro cobarde grito y vienen; se sienten puertas que se abren. ¡Adios doña María...! ¡vos lo habeis querido, temblad!

Y salió precipitadamente ciego y de una manera tan imprevista, que estaba trémulo de cólera tras los tapices, apenas tuvo tiempo de apartarse para que no tropezase con él.

Tenorio abrió precipitadamente la puerta de escape del antedormitorio, y con su turbación se olvidó de cerrarla: el rey se precipitó por aquella puerta á tiempo que doña María se lanzaba en la cámara, donde por otra puerta entraban á la sazón sus damas.

—¡Ah señora! dijo una de las damas, que venia medio desnuda como las demás y envuelta como ellas en la primera prenda que hubieron á las manos: ¿habeis llamado?

—No sé, no sé, dijo doña María, pasándose entrambas manos por la frente, como si quisiera arrancarse de ella un pensamiento abrasador: me he dormido orando en mi reclinatorio, y he tenido un horrible sueño... que aun me estremece... venid, venid, doña Juana, doña Violante, y no os separeis de mí.

—De seguro hay duende en el alcázar, dijo doña Violante á otra de las damas.

—¿Y se habrá dejado otro birrete como aquella noche?

—¡Chist! aquí debe haber misterios! si doña María tuviera un amante, no gritaria ni nos llamaria.

La contestación era convincente, y las damas en silencio, revolviendo conjeturas en su interior, y llenas de curiosidad, siguieron á doña María.

CAPITULO VII.

El rey en la caza del lobo.

JUAN Tenorio, no era uno de esos hombres que al día siguiente de una fechoría se esconden por temor á los resultados: es cierto que se habia equivocado en su opinión acerca de doña María de Padilla, pero por otra parte estaba seguro de que ella guardaria un profundo silencio, porque hay ciertas situaciones, en que las mujeres, por mas que les pese, se ven obligadas á callar, y la Padilla se encontraba en ese caso.

Así es que al día siguiente se presentó al rey, á la hora en que este recibia en su cámara á su alta servidumbre.

Don Pedro nada mostraba en su aspecto, que pudiera indicar ni el mas leve enojo: estaba comunmente como siempre que se encontraba de buen humor, y hablaba y reia con sus caballeros de la manera mas natural.

Al acercarse Tenorio, en el cual tampoco se notaba emoción alguna, el rey le dirigió festivamente la palabra.

—¿De dónde vienes mi bravo amigo? le dijo: te se conoce en el semblante que has trasnochado... estás pálido como un anacoreta... ¿quién ha sido ella?

—Es un misterio, dijo Juan Tenorio, sonriendo de una manera maliciosa y sutil.

—Misterio que no durará mucho, caballeros, dijo el rey volviéndose alegremente á sus rico-hombres: antes de mucho, no solamente sabremos si es noble ó villana, sino que nuestro amigo nos la mostrará con el dedo.

—¿Y quién es? ¿quién es? dijeron algunos jóvenes, á quienes alentaba la familiaridad que mostraba aquel día el rey.

—Si, ¿quién es, Juan? añadió don Pedro: si hemos de saberlo al fin, sepámoslo pronto á fin de no perjudicar á nadie con conjeturas.

—¡Ah señor! ¡aun no puedo decir su nombre!

—¿Aun no?

—No por cierto, porque esa dama me desespera aun.

—¡Ah! ¡qué te desespera! pues mira, es extraño... tú, tan experimentado, tan acostumbrado á vencer á primera vista, encontrarte contenido...

—Hace mucho tiempo que pensaba en esa dama, y desde que concebí proyectos respecto á ella, convine conmigo mismo, en que me sería muy difícil.

—¿Y sin embargo no has desesperado?

—¿Cómo desesperar cuando estoy seguro de vencer?

—Pues mira, la virtud de esa dama, virtud que alcanza á resistirte, es ya un motivo mas para excitar mi curiosidad.

—Y sin embargo, aquí no puedo decir su nombre, señor.

—¿Que no puedes? ¿y por qué?

—Porque está presente un allegado suyo.

Esta insolente contestacion que era un reto lanzado á cuantos caballeros estaban allí, produjo un efecto inmediato: todos los semblantes se nublaron, excepto el del rey, que rompió á reír á grandes carcajadas.

—Eres el mismo loco de siempre, Juan, dijo entre sus risas; con tu última locura has logrado que nuestros buenos amigos pongan caras de herejes. ¡Ira de Dios señores! pareceme que habeis tomado por lo serio la broma de Tenorio.

—Es una broma que nos ofende.

—Que diga el nombre de la dama en cuestion.

—Que pruebe su dicho.

—Que nos satisfaga.

—Tened en cuenta caballeros, que he dicho que es una dama que me desespera.

—Pero habeis añadido, dijo uno, que estais seguro de poseerla.

—Pues bien, esperad á que la posea, á que propale su nombre, á que ofenda á alguien, al fin. Hasta ahora...

—Dice bien; interrumpió el rey, hasta ahora á nadie ha ofendido, y tal puede ser la persona de que se trate, que el señor Juan Tenorio, nada diga por mucho que alcance... ¿y quién sabe si de aquí saldrá un matrimonio...?

—Es imposible porque es casada, dijo Juan Tenorio.

—Sea lo que fuere, y puesto que no consentes en decirnos su nombre, no hablemos mas de esto, dijo el rey: tengamos por una chanza sin intencion lo que ha dicho y pensemos en otra cosa. ¿Quién de vosotros, caballeros, quiere acompañarme á la caza del lobo?

—¿A la caza del lobo? dijo Juan Tenorio.

—Ya ves, estoy vestido de montería... como que dicen que por la parte de de la sierra ha aparecido una manada... y es una caza que me entretiene por lo peligrosa... y ahora que estamos en paz con todo el mundo...

—En verdad, señor, que es una caza divertidísima, dijo Tenorio, y que me contenta sobremanera.

—Cuento, pues, contigo, Juan.

—Y con nosotros tambien, señor, digeron los demás cortesanos.

—Pues bien, señores, id á prepararos; á las diez os espero; id.

Todos los cortesanos, incluso Tenorio, salieron, y el rey quedó dando órdenes á Pero Lope de Padilla, su balletero mayor.

—¡Diablo! ¡diablo! dijo el buen Pero Lope, saliendo de la cámara: el rey en vez de sus monteros lleva sus balleteros de maza... nada tiene esto de extraño, porque su señoría nos usa de todos modos y maneras... pero mi prima doña María de Padilla, estaba esta mañana tan pálida, tan desolada, tan estremecida como el día de la muerte de don Fadrique... ¿quién será el lobo á quien piensa coger el rey? Lo ignoro como se ignora todo lo que el rey piensa... pero su alegría, su familiaridad, son para mi de mal agüero... creo que va á suceder algo duro... y bien, suceda lo que quiera, obedezcamos: enviemos nuestros buenos balleteros á la batida... y luego Dios dirá.

A la hora que habia anunciado el rey á los caballeros de su servidumbre, los habitantes de Sevilla que pasaron por la plaza de armas del alcázar, pudieron ver una magnífica partida de montería que marchaba siguiendo al rey hacía la puerta del Arenal.

Antes de la doce, aquella brillante cabalgata, habia llegado á un espeso encinar, á poca distancia de San Juan de Aznalfarache; los caballeros se dividieron en parejas y fueron á ocupar los puestos que ya habian preparado los ojeadores.

El rey se quedó solo en una encrucija con Juan Tenorio y cuatro balleteros de maza.

Mientras se oyerón cercanos los tañidos de las bocinas, y los ladridos de los perros, el rey estuvo hablando de cosas indiferentes con su compañero de infancia; pero apenas aquellos ruidos se alejaron, cuando el rey sin alterar su semblante se volvió y dijo á Tenorio.

—Sígueme.

Tenorio se volvió á su vez á los balleteros y les indicó con un ademán que le siguieran.

—No, no; dijo el rey: quédate ahí mi buen Rodrigo Perez con los demás: que nadie pase por la senda que vamos á tomar.

—Muy bien, señor, contestó el balletero, permaneciendo inmóvil en su puesto con los otros tres.

—Sígueme, Juan, añadió el rey; este no es buen lugar para dar caza al lobo.

El rey lanzó su caballo por una senda estrecha y tortuosa y Juan Tenorio le siguió, indiferente como la fatalidad.

Al poco trecho, al llegar á un claro, el rey se detuvo.

—Desmonta y tenme el caballo Juan, le dijo.

Tenorio obedeció y el rey echó pié á tierra.

—Ata los caballos á un árbol, dijo el rey.

Tenorio obedeció.

—Ahora ven y escúchame.

Tenorio se acercó al rey.

—¿Dónde estuviste anoche? le preguntó de una manera glacial don Pedro.

—Ya os lo he dicho, enamorado á una dama, contestó con su imperturbable sangre fria, Tenorio.

—El nombre de esa dama!

—No os lo puedo decir, señor.

—¿Qué! ¿hay aquí algun pariente de esa señora!

Tenorio miró fijamente al rey y no contestó, porque su altivez rechazaba una mentira.

—Te comprendo, Juan; para todos eres feroz y valiente menos para mí: no quieres mentir, ni pronunciar delante de mi su nombre: pues bien la dama á quien anoche injuriaste y maltrataste es la reyna doña María de Padilla.

Tenorio sostuvo fija su mirada incontestable en el rey, se hizo dos pasos atrás y desnudó su espada; pero todo esto con una calma heroica.

—Veo que sigues comprendiéndome, Juan: en efecto: tu sabes demasiado que el rey don Pedro, antes que rey es caballero, y que existen ofensas que solo puede

lavar un caballero por sí mismo. Pero aun no es tiempo: dame la carta que mostraste anoche á doña Maria.

—Nó, dijo Juan Tenorio, con acento breve y acentuado.

—El nombre del hombre á quien te referias anoche.

—¡Nó! repitió con mas energia Juan Tenorio.

Tras aquel no, el rey no pronunció ni una sola palabra: desenvainó su espada y se fue en línea recta hácia Juan Tenorio.

Un momento despues los dos aceros se habian cruzado: no habia furor en el ataque ni precipitacion en la defensa: parecia aquello mas bien que un duelo á muerte un asalto de armas: el rey acometía y Juan Tenorio, sin perder una línea de terreno, fresistia el ataque: lentamente las miradas de entrambos se hicieron mas chispeantes, mas sombrías, mas sangrientas; sus semblantes fueron tomando gradualmente la intensa palidez de la cólera, y como si aquel acceso se hubiera comunicado á las espadas, el ataque y la defensa se hicieron mas rápidos; al fin los aceros brillaron como relámpagos, se enlazaron, rechinaron, silbaron uno contra otro; el movimiento de ambos combatientes se hizo mas nervioso, mas irritado, por decirlo así; estrecharon las distancias y, al fin, se escuchó una especie de rugido, sordo terrible, espantoso: Juan Tenorio bajó su espada, vaciló un momento y cayó por tierra: el rey le habia atravesado de parte á parte.

—Hace algunos años, Juan, dijo el rey, pusiste tu lengua en la honra de mi madre, y el principe te dió una cuchillada que te tuvo entre la vida y la muerte: hoy te has atrevido á mi esposa y el rey te mata.

Era horrible el acento reconcentrado y frio de don Pedro al pronunciar estas palabras.

—Tu madre era una prostituta, Pedro, exclamó con voz espirante Juan Tenorio; y tu esposa sino la matas lo será tambien.

—La carta y el nombre del infame, dijo el rey.

—La carta... está... en mi... escarcela... el infame... me... es... Men... Ro... driguez; y como si no estuviera aun satisfecho, el moribundo hizo un esfuerzo supremo y dijo con voz clara y distinta, como ayudado por el infierno: doña Maria ama á Men Rodriguez de Sanabria y estos amores... me... ven... gan... de... tí....

Un vómito de sangre le cortó la palabra, se revolvió en su última convulsion y espiró, mientras el rey, como herido por un rayo, vacilaba sobre sí mismo y sentia zumbiar en su cabeza el rugido sordo de cien truenos.

—¡Doña Maria! ¡Men Rodriguez! exclamó al fin el rey, en un grito inmenso emanado espontaneamente del fondo de su alma. ¡Ella, mi esposa! ¡él, mi hermano!

Luego se paso convulsivamente las manos por las sienas como para contener sus violentos latidos, lanzó en torno suyo una mirada horriblemente sombría y luego se lanzó furioso sobre el cadáver y lo golpeó, lo ensangrentó con su daga.

—¡Infame! ¡infame! ¡infame! gritaba llorando y rugiendo á un tiempo: ¡y no tienes cien vidas que poderte arrancar...! ¡oh! ¡he sido demasiado generoso! ¡yo he debido despedazarte lentamente, dia por dia! ¡hacerte sufrir un tormento como jamás le ha sufrido nombre alguno! ¡pero mi honra! ¡mi honra! ¡oh! ¡veamos esa carta! veámosla!

Y con un temblor horrible, con una precipitacion febril, abrió la escarcela de Tenorio, y sacó la carta que aquel habia mostrado la noche anterior á la Padilla.

Al ver el carácter de su escritura don Pedro lanzó un grito salvaje de alegría.

—¡Oh! ¡esta carta no la ha estrito él! exclamó: y ¡yo recuerdo haber visto una carta semejante á esta! Si, si, y tengo conmigo la prueba, añadió registrándose precipitadamente la escarcela y sacando de ella el billete que le habia entregado el Monge-negro y en que se le avisaba de que el dormitorio de doña Maria seria

profanado aquella noche: si sí (y el rey cotejaba entrambos escritos) una misma mano ha escrito estos dos papeles; pero ¿que mano es esta? una voz íntima me dice, que estos terribles pergaminos pertenecen á esa mujer, á ese misterioso enemigo que me persigue sin descanso... ¡oh! ¡oh! dominémonos, reflexionemos, obremos con calma: esa mujer estará pronto entre mis manos... y entonces.... si... pero hasta entonces.... prudencia... ahora borremos el rastro de esta muerte.

El rey guardó los dos pergaminos, llegó á su caballo le desató, montó en él y fue en busca de Rodrigo Perez, al que trajo al sitio de la catástrofe.

—Siempre me has sido leal, Rodrigo, le dijo el rey.

—Y lo seré hasta la muerte, señor, contestó el ballestero.

—¿Conoces ese cadáver?

—Es el del señor Juan Tenorio.

—Ese era el lobo á quien dábamos caza... pero que nadie sepa que el rey ha hecho la pieza: tu no has visto nada Rodrigo.

—Nada he visto, señor.

—Es necesario que ese cadáver desaparezca.

—Le enterraré.

—No; corta la leña que sea necesaria y quémale.

—Muy bien, señor.

—Para que no quede rastro, mata su caballo y quémale tambien.

—Muy bien, señor.

—Esta noche te espero con la noticia de que todo está concluido.

Dicho esto el rey, partió de aquel sitio y Rodrigo Perez empezó su lúgubre tarea.

Cuando la cabalgata entraba en Sevilla, los buenos vecinos se decian, despues de haber contemplado al rey y á sus caballeros:

—Muy sombríos vienen, y no traen una sola pieza. ¿Qué habrá sucedido?

Al mismo tiempo cada uno de los cortesanos decia para sí, estas ó semejantes palabras:

—No hay un solo lobo en los alrededores, y Rodrigo Perez de Castro y Juan Tenorio no vuelven con nosotros.

—Es que sin duda el rey ha dado caza al lobo, dijo Pero Lope de Padilla al alconero mayor, que le habia comunicado en voz muy baja la anterior observacion.

El rey entró en el alcázar, despidió á su servidumbre y se encerró en su cámara.

Al oscurecer se le presentó Rodrigo Perez.

—¿Está todo concluido?

—Si señor, dijo el ballestero.

El rey dió una bolsa llena de oro á Rodrigo Perez, que le besó la mano por la merced y salió.

LIBRO VIGESIMO.

CAPITULO PRIMERO.

De lo que esperaba Leila en Jerez.

A la misma hora en que acontecian estos sucesos, entraba un hombre pequeño y regordete á caballo en Jerez.

A poco que se reparase en aquel hombre, se conocia á un personaje, del que hace mucho tiempo no hacemos mencion: aquel hombre era el agonizante Sancho, el honrado estrangulador del rey.

No vestia sus hábitos; pero sin duda, en un abultado saco que llevaba á la grupa de su caballo, debian ir aquellos trevejos.

En el semblante del hermano Sancho, se notaba cierto cuidado, cierta ansiedad: conocíase que hacia

un viaje violento, y, sobre todo, que el resultado de su viaje le causaba miedo.

De tiempo en tiempo (y esto lo habia hecho muchas veces durante su marcha) sacaba de su escarcela un pergamino, del que pendia un sello de plomo; le desenrollaba y le leia: siempre, despues de leerle, su semblante se ponía mas pálido y le agitaba un ligero temblor.

—Es extraño, dijo una vez, que el rey me haya hecho dar de una manera tan misteriosa esta terrible

órden: es verdad que se me han dado otras no menos terribles, y que, para estas cosas, me paga su señoría; pero siempre ha sido él mismo quien... pero acaso no ha querido que nadie vea la vacilacion que debe haberle agitado hasta el momento de decidirse; y no hay duda: esta es la firma del rey... la he visto demasiadas veces para no conocerla bien: y luego... la precipitacion con que se me ha hecho marchar... tenerme preparado caballo... y paga espléndida y adelantada... sí, sí, no hay duda: còmplase, pues la voluntad del



¡Apartad! ¡apartad, señor Juan Tenorio! ¡sois un miserable!

rey, y que él dé cuenta á Dios de lo que yo voy á hacer por su mandato: ¡ea! no mas vacilar: yo no soy mas que un instrumento, y si yo me niego no hablará quien consienta... vamos, pues, á casa del escribano Alvar Yañez.

Y tras estas palabras se aventuró por las callejas de Jerez.

Al mismo tiempo, y por otra puerta, entraban en la ciudad Men Rodriguez de Sanabria, Juan Diente y su acompañamiento de ballesteros de maza, y se dirigieron en derechura al meson del Pernil-de-Oro.

Inútil es decir cuánto sería el contento del dueño, al ver que se le entraba de nuevo por las puertas, y no menos noblemente que la vez primera, el jóven rico-hombre, que le habia dejado como recuerdo tan buenos doblones, aunque esta alegría se alteraba un tanto con la presencia de Juan Diente, que tenia el triste privilegio de causar espanto á todo el mundo.

Men Rodriguez fue acomodado con las mayores muestras de respeto á causa de su espléndida y con no menos respeto, lo fue Juan Diente, á causa de su ferocidad: este respeto se hizo estensivo, por una

razón semejante, á los demás ballesteros de maza.

En tanto que Men Rodriguez se prepara para cumplir las órdenes del rey, trasladémonos á una casa lóbrega en el interior de la ciudad: en ella, en una habitación destaralada en que no habia mas muebles que un lecho, un cofre, una mesa y algunos sinais, estaban Leila y el escribano Alvar Yañez, en la actitud de dos personas que se preparan para salir.

Leila estaba vestida de hombre y Alvar Yañez con su raído traje negro de costumbre: un belon de cobre

con dos luces, iluminaba sombríamente la estancia, cuya desnudez contrastaba enérgicamente con el lujo de las habitaciones en que, hasta entonces, habia vivido Leila: la turbia luz de los mecheros del belon permitian asimismo juzgar de las variaciones que se habian operado en las personas de Leila y del escribano.

Leila parecia haber envejecido diez años, y aunque se conservaba enérgicamente hermosa, sin embargo, su palidez era enfermiza, tenia ya algunas canas; y



Muerte de Juan Tenorio.

un ojo perspicaz hubiera adivinado, mas bien que visto, algunas sutiles é imperceptibles arrugas en su frente: estaba flaca, y sino habia influido aquel estado sobre su hermosura, era porque la de Leila pertenecía al género de las que sobreviven á todos los accidentes de enfermedad, de enflaquecimiento, de desesperacion; y que solo ceden, al cabo de largo tiempo, al influjo de los años, pero dejando siempre rastros, aun en la mas avanzada vejez, de lo que han sido. Leila, además, en el momento en que la presentamos á nuestros lectores, estaba fuertemente esci-

tada; escitacion que se dejaba conocer en o vago de sus miradas y en el imperceptible y momentáneo temblor, que pasaba á veces, como una corriente eléctrica, á lo largo de sus miembros.

En cuanto al escribano, viejo ya y acartonado, se mostraba mas viejo y mas feo, para decirlo en una sola palabra, á causa de un mal estar profundo, de un miedo cerval, de una inquietud cruel, que se notaba en lo receloso de sus miradas, en su distraccion, en lo tembloroso de su voz. Además, tanto él como Leila sentian una impaciencia visible.

—¿Acabará de venir ese hombre? exclamó Leila, que hasta entonces había estado paseando á lo largo de la habitación, deteniéndose de repente.

—Se le avisó ayer, dijo el escribano, con un cobarde acento de disculpa.

—Nuestro enviado salió muy temprano, contestó con acento impaciente Leila: debió llegar al oscurecer á Sevilla: iba bien instruido; y ese Sancho el agonizante, debió ponerse al momento en camino. Aunque haya venido en un galápago, me parece que veinticuatro horas, son demasiado tiempo para catorce leguas.

—Quiera Dios, que el agonizante Sancho no haya sospechado algo y nos haya comprometido.

—Ese hombre no se habrá atrevido á esponerse á la cólera del rey, cuando la órden escrita que ha recibido era terminante y estaba autorizada de una manera legítima é indudable con el sello y la firma del rey.

—¡Hum! dijo el escribano: pero el cuerpo de la órden está escrito por vos, y esa clase de órdenes se escriben siempre por quien las dá.

—Y en todo caso, ¿qué importa? exclamó Leila levantando los hombros, con ese movimiento que indica, que se está dispuesto á todo ó que se desprecia el peligro.

—¿Qué qué importa? ¡Dios mio! figuraos que el rey sabe á estas horas....

—¡Y que lo sepa! ¿no tenemos dispuesta nuestra fuga?

—Pero si el rey tiene tomados los caminos....

—Lo último es morir.

—¡Ya! vos estais desesperada... pero yo... yo que he pasado toda mi vida dando tropezones en busca de la suerte sin poder encontrarla....

—¿Y quién os ha dicho que yo esté desesperada?

—Quiero decir, que desde el casamiento de Men Rodriguez....

—Creo que no os he autorizado para que interpreteis mis intenciones y me arguyais con ellas... pensad, dentro de vos, como mejor queráis; pero no os entrometáis á hacerme conocer vuestros pensamientos ¿No os pago? ¿no os tengo en mis manos? ¿no puedo perderos? pues bien, servidme y callad.

Tembló el escribano al escuchar estas palabras de Leila, pronunciadas con acento severo y despótico, y guardó un profundo silencio.

Leila siguió paseando.

—Ya se ve, dijo deteniéndose de nuevo, habeis sido tan torpe....

—¡Torpe! dijo el escribano no pudiendo sufrir con paciencia aquella calificacion... pues mirad: vos sois la primera que me acusa de torpeza.

—¿Y cómo no he de acusaros? no habeis sabido obligar al alcaide lñigo Ortiz de Zúñiga, y si algo sabe el rey, habrá sido por vuestra causa.

—Mal que os pese, señora, debo deciros, que Ortiz de Zúñiga es un buen caballero y que preferirá siempre la muerte á cumplir tales órdenes del rey.

—En otra ocasion, dijo Leila, calmándose un tanto, la generosa accion de Zúñiga, que sin duda cree haber desobedecido una órden del rey, le grangearia mi afecto... pero ahora le odio, como odio á todo el que se opone á mis proyectos.

—Sin embargo, no he sido tan torpe, señora, cuando os he propuesto un medio.

—Si, si, es verdad, hemos depuesto y preso en el alcázar, valiéndonos siempre de la órden del rey á Ortiz de Zúñiga, hemos alejado al obispo Gudiel y á Tel Gonzalez Palomeque, y hemos logrado que el ballestero Juan Perez de Rebolledo se encargue de la guarda de la reina.

—Y para que nada se sospeche; para que se tomen por portadores de las órdenes del rey á vuestros bandidos de Nuestra Señora de Rocamador, ¿no ha sido nec-

cesaria habilidad, la feliz habilidad que nunca puede suponerse en un torpe?

—Sois muy quisquilloso, Alvar, y os ha hecho una mella demasiado profunda mi acusacion de torpeza.

—¿Y cómo quereis que no me ofenda...?

—Mejor hiciérais en informaros acerca de si tenemos algun peligro que evitar.

—Creéis que me descuido, dijo el escribano: todo está previsto y....

Oyese un silbido en la calle.

—¿Que es eso? dijo Leila.

—Es un aviso de uno de los mios... esperad, esperad: debe haber alguna noticia importante porque han vuelto á silbar de una manera impaciente.

En efecto, había resonado un segundo silbido mas agudo y prolongado que el primero, y el escribano, abriendo una puertecilla, se lanzó precipitadamente por unas escaleras: á poco volvió pálido y desencajado.

—¿Qué sucede? le preguntó Leila cuidadosa por su aspecto.

—El señor Men Rodriguez de Sanabria, acompañado de Juan Diente y de cien ballesteros de la guarda del rey, acaba de entrar en Jerez. Pero no debe traer mucha prisa porque se ha retirado á descansar. Esta noticia conmovió profundamente á Leila.

—¿Que está aquí Men Rodriguez de Sanabria! ¿y á que puede venir? exclamó.

—Segun viene acompañado, respondió trémulo el escribano, no puede venir para nada bueno: ¡cuando yo os digo que es muy posible que el agonizante Sancho se haya presentado al rey para que le confirme de palabra la órden que ha recibido por escrito! ¡y si el rey ha visto esa órden! ¡la madre de Dios nos proteja!

—No, no, si Men Rodriguez viniera con ese objeto vendria con él ese agonizante. ¿Creéis tan torpe al rey que no dejase correr los sucesos para descubrir el hilo?

—Esto es peor, y en verdad que no se me había ocurrido: si, peor mucho peor, ya no nos podemos fiar de ese Sancho.

—¿Que no podemos fiarnos! sois demasiado cobarde, Alvar Yañez.

—Soy prudente... en tanto que vos...

—Yo no retroceré sino cuando vea que no puedo vencer los obstáculos. Pero creo que llaman á la puerta de la calle... acaso sea ese hombre... id, Alvar, id, y cuenta con hacerme una traicion, porque ya sabeis que os tengo en mis manos.

En efecto, habían sonado tres vigorosos golpes en la puerta de la calle, golpes que no siendo contestados, se repitieron con mas impaciencia.

—¿Qué haceis que no bajais? dijo Leila al escribano, que estaba fascinado, dominado por un terror intenso delante de ella: id, id: ved quien es, y si fuese ese hombre, traedle aquí. ya sabeis lo que teneis que hacer; yo os sentiré venir y me ocultaré.... ¡quiero oirlo todo! lo entendeis.

—Si, si, señora... pero, si no fuese ese hombre...

—Si no fuese ese hombre y os prendiesen, si os sucediese otro cualquier negro accidente, vuestra será la culpa, puesto que no os habeis contentado con vuestra suerte, y os habeis metido en empeños peligrosos, queriendo mejorarla: pero una vez en este punto, no es ya posible retroceder... oid: llaman por tercera vez.

El escribano dobló la cabeza, dominado por el acento imperativo de Leila, y salió con paso tardo de la estancia.

—¡Oh! ¡oh! dijo Leila: afortunadamente he previsto desde el principio de mis luchas, que podía llegar á un caso estremo y he sabido hacerme esclavos, sujetos á mi voluntad. Don Simuel, ese hombre, y los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador son mios...

tengo fuerzas bastantes para manchar de una manera indeleble la memoria del rey y para acabar de desmoronar el corazón, que ya he empezado á envenenarle. Sacen pasos, se acercan: ocultémonos y oigamos.

Leila corrió á una puerta, y se escondió precipitadamente tras ella, á punto que se abría otra puerta y entraban Alvar Yañez y el agonizante: este último llevaba un gran envoltorio bajo el brazo.

El terror del escribano, estaba encubierto por sí mismo: Alvar Yañez comprendía que estaba en una situación escurridiza, y apelando á toda su astucia, á los recursos de su envejecida práctica en dominar sus afectos, logró mostrarse impassible ante el agonizante que le miraba de una manera recelosa. Este recelo, que no se ocultaba al cartulario, aumentaba el terror que se revolvía inmenso en el fondo de su alma.

—Segun decís, me esperabais de orden del rey, dijo el verdugo al escribano.

—Sí por cierto, del mismo modo que vos venís á buscarme de orden de su señoría, contesto Alvar Yañez.

—Necesito sin embargo que me mostreis vuestra orden, repuso con su fria reserva el agonizante.

—Vedla aquí, contestó el escribano, sacando un pergamino del bolsillo.

Maese Sancho, leyó, relejó y dió vueltas por arriba y por abajo al pergamino, durante cuya operacion, el alma de Alvar Yañez, se comprimió, se achicó, se estremeció, por decirlo así, y hubo momentos en que no pudo darse cuenta de si estaba muerto ó vivo.

—¡Indudable! ¡auténtica como la mía! dijo al fin despues de un escrupuloso exámen el verdugo... sí, sí; este es el sello de plomo y el sello de cera del rey: la firma de su señoría, el sello de la cancelleria, la referendacion de Mateos Ferrandez, escribano y notario público de su señoría... ¡cuando pienso que despues de haberse hecho escribir estas órdenes por mano ajena, y de haberlas hecho pasar por tantas formalidades, se nos han dado con tanto misterio...! ¡supongo que vos habreis recibido la vuestra como yo he recibido la mia.

—Ignoro cómo vos la habreis recibido, dijo con la mayor naturalidad el escribano, aunque sabia demasiado, la manera cómo se habia dado aquella orden al verdugo.

—Pues me la han dado de una manera bien estraña: ayer tarde estaba yo en mi casa en el barrio de los Cameros, cuando llegó un soldado con la vesta de los ballesteros de maza de su señoría: estrañóme el no conocer á aquel hombre, cuando por mi oficio conozco á todos los ballesteros... pero esto nada tiene de estraño... el rey hace cosas incomprensibles: aquel hombre tenia un caballo enjaezado y me dijo dándome esta orden: «el rey os manda que al momento monteis á caballo, que lleveis con vos vuestros hábitos cenicientos, y que sin hablar ni despediros de nadie partais á Jerez, á ponerlos á las órdenes del escribano Alvar Yañez á quien obedecereis, como si se tratase de su señoría:» diome las señas del lugar donde os encontraria en Jerez y partió.

—Pues yo ni mas ni menos he recibido esta otra orden de un balletero de maza, á quien tampoco conozco y que me indicó, de orden del rey, que os esperase en esta casa: al fin nos hemos encontrado y estamos en el caso de cumplir las órdenes de su señoría.

—Cumplámoslas, pues, y que Dios haga cargo á su señoría de lo que nosotros ejecutemos por su orden.

—Sí, dijo sombríamente Alvar Yañez, que Dios haga responsable del cumplimiento de estas órdenes á quien las ha escrito. Poneos, pues, vuestros hábitos, que eréis será lo que traéis en ese saco, y seguidme.

Maese Sancho, sacó en efecto á luz sus hábitos cenicientos, se los caló, y, sin decir una palabra mas, siguió á Alvar Yañez.

Apenas estuvieron fuera, cuando apareció de nuevo Leila. Su semblante estaba mas lívido: su hermosura podia compararse entonces á la sombría hermosura del espíritu de las tinieblas; sus ojos brillaban de una manera sobrenatural.

—Es horroroso, cruelmente horroroso lo que voy á hacer, dijo rebozándose en su capa y dirigiéndose á la salida de la casa... pero necesito vengarme; el hombre que me ha ensangrentado, sin saberlo, el corazón, está á demasiada altura, para que pueda vengarme de otro modo... ¡ea! ¡no mas vacilar...! ¡no mas! lo que está escrito se cumplirá.

Y, diciendo esto, salió de la casa, se rebozó mas y siguió á dos sombras, que se perdian á la sazón al estremo de la calle.

Aquellas dos sombras eran el escribano y el verdugo.

Y así, Leila tras ellos, salieron de la ciudad y se encaminaron al castillo: Leila sintió abrir la poterna, y vió que las dos sombras entraban: despues avanzó: antes de llegar al puente levadizo, parecióle oír ruido de espadas y gritos de mujer, á poca distancia, pero aquello podia ser una aventura de las muchas que tenian lugar en aquella época ruda, y Leila, demasiado preocupada con sus asuntos, llegó al castillo.

—¿Quién va? gritó á su aproximacion un atalaya desde los adarves.

—¡Por el rey! contestó Leila.

Poco despues reclinaron las eadenas del rastrillo, y, con todo el aparato que se usaba en aquellos tiempos, apareció un hombre feroz cubierto de mallas desde los piés á la cabeza.

Aquel hombre era el balletero de maza, Juan Perez de Rebolledo.

—Enteraos de esa orden, le dijo Leila, sacando un pergamino de su escarcela.

El alcaide la leyó á la luz de la linterna de un soldado, y despues de esto dijo á Leila devolviéndosela.

—Sois por lo que he visto paje del rey, y os envia á que presenciéis de qué modo cumplimos sus órdenes.

—Eso es, contestó Leila.

—Pues seguidme, caballero: acaban de llegar los que han de ejecutarlas y todo estará concluido antes de un instante.

Leila siguió á Juan Perez de Rebolledo, y apenas estuvieron dentro, cuando se alzó el puente y se caló el rastrillo con estruendo.

A este estruendo siguió otro distinto: oyóse crujir de arneses, el paso apresurado de muchos soldados, se vieron luces por las galerias y se oyeron distintamente gritos de:

—¡Traicion! ¡traicion!

—¡Traicion! exclamó el alcaide precipitándose hacia las escaleras seguido de Leila: ¿qué significa esto, alfez Orduña?

—Significa que, al ir á sacar á su señoría la reina de su calabozo, para trasladarla á la sala de honor, segun me habiais mandado, hemos encontrado el calabozo desierto y una escala pendiente de la reja, cuyos hierros están limados; contestó un alfez, con quien se habia encontrado el alcaide al salir.

—¡Que se ha fugado la reina! exclamó Leila... con un acento indescribible.

—Y con ella doña Isabel Nuñez de Lara y doña Sol de Vargas que estaban encerradas con ella, dijo el alfez.

—Pues bien; ¡miserables, descuidados, traidores! gritó Leila, ronca de furor: ¡vosotros responderéis al rey de esta fuga con vuestra cabeza!

Y loca, rugiente, furiosa, siguió las escaleras arriba, saltándolas de dos en dos en su impaciencia.

CAPITULO II.

Fatalidades.

Men Rodríguez de Sanabria, en vez de descansar, como había dicho su espía á Alvar Yañez, solo invirtió en la posada del Pernil de Oro, el tiempo necesario para lavarse el polvo del camino y cambiar de traje.

A pesar de la situación estraña en que se hallaba colocado respecto á doña Isabel Nuñez de Lara, por razon de su casamiento con Beatriz, durante la marcha, despues de discutirlo mucho consigo mismo y de haber dudado, y vuelto á dudar, se había decidido á visitar á aquella pobre víctima en cuanto llegara: necesitaba sincerarse con ella frente á frente, protestarla que había cedido á su destino al casarse con Beatriz y que su amor era siempre el amor puro, inmenso, que la había profesado: á mas de eso Men Rodríguez sabia que doña Isabel estaba envenenada, pero como aquella muerte, ó por mejor decir, aquella agonía, se prolongaba demasiado, habían nacido esperanzas en su alma respecto á la vida de la única mujer á quien verdaderamente había amado, y ansiaba juzgar por sí mismo viéndola, examinándola, si aquellas esperanzas eran fundadas.

Así, pues, cambió rápidamente de traje y salió del Pernil de Oro, en direccion al alcázar donde pensaba encontrar á doña Isabel.

Juan Diente, que, por mas de un motivo, había cobrado un cariño casi paternal al jóven favorito del rey, al verle salir solo y conmovido, para aventurarse en las enmarañadas calles de Jerez, donde en razon á lo tenebroso de la noche, y á ciertos antecedentes que no se habían escapado á la penetracion del ballestero, tales como algunos hombres embozados que al pasar por delante del Pernil de Oro miraban al interior con una atencion sospechosa, Juan Diente, decimos, apenas puso el pié fuera de la posada Men Rodríguez, cuando, volviéndose á los ballesteros que vagaban en el piso bajo, les dijo:

—¡Ola! ¡doce hombres conmigo! ¡el corazon dispuesto á todo! ¡la mano en la espada, mucho silencio, y en marcha!

Inmediatamente y antes de que Men Rodríguez se hubiese perdido á lo largo de la calle, Juan Diente se puso sobre su pista, seguido de los doce silenciosos ballesteros.

Iban harto lejos de Men Rodríguez para que el jóven, demasiado preocupado por otra parte, pudiese percibir el ruido de sus espuelas, y al fin sin ser notado, Juan Diente le vió entrar en el alcázar y se ocultó, para esperar á que saliese, y darle la misma ignorada guarda, en el soportal en que, en otra ocasion, esperó Andrés Corchuelo á Men Rodríguez.

El jóven por su parte no pudo menos de reparar al entrar en el alcázar, que solo había un soldado de las milicias de la ciudad, guardando el postigo, sentado en un escabel con el mayor descuido, y que en vez de las numerosas y largas lanzas que, en otras ocasiones, llenaban el astillero del zaguan, solo había dos mohosas partesanas. Pero lo que mas le importaba era ver á doña Isabel y siguió adelante sin premeditar la causa de aquel descuido, y sin que el soldado por su parte le impidiese el paso.

Al entrar en el patio, vió algunas acémilas y algunos mozos que cargaban en ellas cofres y fardos. Esto le hizo preguntar:

—¿Qué es esto? dijo á uno de aquellos hombres, ¿quién se muda del alcázar?

—¿Quién ha de ser, contestó el preguntado, sino mi señor el obispo de Burgos, y el señor Tel Gonzalez Palomeque, á quien el rey ha quitado la guarda de la reina?

—¿Que les ha quitado la guarda de la reina?

—Si por cierto, señor, dijo otro que se había acercado: y no solo eso, sino que el rey manda al obispo

que vaya á su obispado, y á mi amo, el señor Tel Gonzalez, á sus tierras.

—¿Y quién ha quedado en guarda de la reina?

—La reina ha sido trasladada hace tres dias al castillo, sin dula para tenerla mas segura, y con ella han ido sus damas y la viuda del infante don Juan.

Men Rodríguez no esperó á saber mas; estremeciéndose bajo un presentimiento oscuro, y salió precipitadamente del alcázar en direccion al castillo.

Inútil es decir, que Juan Diente y los doce ballesteros le siguieron.

Al salir de la ciudad, por mas distraido que fuese Men Rodríguez, no pudo menos de reparar, en medio del silencio del campo, en el ruido de los pasos de los ballesteros, denunciado por sus espuelas; entonces se volvió, y gritó:

—¿Quién va?

—Soy yo señor, contestó Juan Diente adelantando hácia él.

—¡Ah! ¿sois vos señor Juan Diente? os agradezco vuestro cuidado en seguirme, porque me da el corazon que voy á necesitar de vuestra ayuda.

—¿Cómo, señor!

—No lo sé! pero suceden cosas estrañas: la reina ha sido trasladada al castillo de órden del rey.

—¡Al castillo...! de órden del rey...! ¡pero silencio...! ¡á un lado del camino! ¿no ois un tropel de caballos?

—Sí; sí, apartemonos.

—Afortunadamente aquí hay árboles; seguidme, señor, y vosotros tambien.

Y Men Rodríguez, Juan Diente y los doce ballesteros se echaron á un lado del camino, y se ocultaron entre unos árboles que se veian á poca distancia.

Por una coincidencia singular, los ginetes que se acercaban, se detuvieron en el mismo sitio, se apartaron del camino y se ocultaron junto á los árboles. Era la noche densamente oscura, como hemos indicado, y los recién llegados no pudieron notar que tras cada uno de los árboles vecinos, estaba oculto un hombre. Men Rodríguez y Juan Diente estaban, por casualidad, muy cerca de los ginetes.

—Ya sabeis el empeño á que os habeis comprometido, dijo una voz, por la que Men Rodríguez reconoció con asombro á Andrés Corchuelo.

—Lo sabemos, dijo uno de los otros.

—Se os pagará lo que habeis pedido.

—Sí, sí, señor, y no tenemos queja, repuso la misma voz.

—Además, os espera una gran recompensa... vamos á salvar á una reina... el rey de Francia su pariente, os cubrirá de oro y honores.

—¿Y está todo dispuesto? dijo otro.

—Sí, contestó Andrés Corchuelo, anoche estuve desde las doce hasta el amanecer limando los hierros de la reja.

—Pues no deja de ser alta.

—Doña Sol de Vargas, me había echado un cordón, y por él subió una escala y la aseguró: si los barrotes no hubieran sido tan fuertes, anoche la hubieramos salvado; pero esta noche tenemos tiempo: es temprano y todavía no están en la torre los atalayas, porque no se ponen hasta la queda: ahora bien, tomad á campo traviesa, de modo que no podais ser sentidos, llevaos mi caballo y esperad delante de la torre del Homenaje, donde está presa doña Blanca, á dos tiros de ballesta de ella.

Andrés Corchuelo desmontó, entregó su caballo á los suyos, les mandó ponerse en marcha, y él por otro lado se encaminó al castillo.

—He aquí que Dios nos envia señor, dijo Juan Diente, para evitar el que roben al rey su esposa.

—Sí, sí, es verdad... la libertad de doña Blanca sería funesta, dijo Men Rodríguez: esto traeria de nuevo la guerra civil, ya demasiado encarnizada; marchemos, marchemos, impidamos...

—El mejor modo de impedirlo...

—Es ir en derecha al castillo.

—No, no señor, creedme: ese hombre nos lleva delantera; lo tiene todo preparado, y si por acaso, encontramos dificultades para entrar, viniendo, como venimos, desprovistos de una orden, daremos lugar á que se nos escapen... la noche es oscura, hay grandes bosques en los alrededores y pudieran perderse nos... venid, señor; para esta clase de asuntos me pinto solo... habrá estocadas y muertes, pero os juro que no se nos escaparán.

Y Juan Diente salió de entre los árboles y Men Rodríguez y los ballesteros le siguieron.

Entretanto, en un calabozo lóbrego, de espesos muros, pobremente alumbrado por una lámpara de hierro había tres damas. Era la una la reina doña Blanca, la otra doña Isabel Nuñez de Lara, cuya belleza estaba manchada por esa impura y terrible palidez de la tisis, y cuyo semblante había perdido la hechicera suavidad de sus formas por un enflaquecimiento horrible: la tercera dama era doña Sol de Vargas.

Aquellas tres pobres mujeres mostraban en sus semblantes una ansiedad mortal, y doña Sol de Vargas, asomada á la reja, temblaba de impaciencia, asida á sus limados barrotes.

Sobre una mesa había un pequeño envoltorio, dentro del cual y hechas un solo cuerpo estaban las joyas de las tres mujeres, mejor dicho, los restos de sus joyas, la mayor parte de las cuales habían sido vendidas por Andrés Corchuelo para facilitar la fuga. Aquella fuga se había hecho mas costosa y mas difícil por la traslación de la reina al castillo.

Hay momentos que son siglos de desgarradora ansiedad y tales eran los que pasaban para aquellas tres desdichadas: doña Blanca, muerto hácia mucho tiempo su orgullo, lloraba; doña Isabel estaba impasible como podríamos figurarnos el descarnado espectro de la fatalidad; doña Sol de Vargas lanzaba toda su vida á sus ojos y á sus oídos, devorando las tinieblas y el silencio, y apretando convulsivamente en una de sus manos un cordón de seda.

Al fin doña Sol, ahogó un grito de alegría: al pié de la torre había resonado un tenue silbido, semejante al de una culebra: aquella era la seña convenida con Andrés Corchuelo.

—Ya está ahí, dijo doña Sol, dejando caer fuera, con mano trémula el cordón, á cuyo extremo inferior iba atada una piedra.

—¿Qué está ahí? dijo maquinalmente doña Blanca, en tanto que doña Isabel, sin pronunciar una palabra, se acercaba con paso débil á la reja.

—Si, sí; pero silencio; mucho silencio; es mi Andrés... ¡cuánto le amo Dios mio! ¡qué generoso es! murmuró en acento casi imperceptible... ¡oh! aunque fuera hijo de un verdugo me casaría con él... ¿qué digo casarme? ¡seria su querida! ya sube la escala... ¡ah! ¡ah! por fin ya está aquí.

Y doña Sol aseguró los garfios de una escala á los barrotes que no habían sido limados. Poco despues la tensión de la escala y el ligero rechimiento de los garfios contra los barrotes, demostraron que alguien subia por ella.

Al fin, pasados algunos momentos, apareció tras la reja Andrés Corchuelo.

—Valor, señora, valor! dijo en voz contenida; dentro de un momento estareis en libertad.

—¡Oh! ¡Dios mio! que él os recompense vuestra generosa acción, exclamó la reina cayendo de rodillas.

Andrés, con una impaciencia febril, arrancó tres barrotes, que doña Sol de Vargas colocó sucesivamente dentro del calabozo. Entonces quedó una ancha salida.

—Venid señora, venid, y nada temais, dijo Andrés Corchuelo, dirigiéndose á la reina; soy por fortuna

demasiado robusto, y la escala bastante fuerte para que no temais por vuestra vida.

—¡Oh! ¡bien sabe Dios que no temo á la muerte, exclamó la reina llorando; sino á la mancha que esta muerte arrojaría sobre el rey! ¡Dios mio! ¡qué daño le ha hecho una mujer que tanto le ama?

—Pronto, pronto señora; exclamó impaciente Andrés; tiempo tendreis de llorar y lamentaros fuera de aquí; decidios; un momento puede malograrlo todo; ayudadme doña Sol. Obligad á su señoría.

Doña Sol asió á la reina: al fin doña Blanca estuvo fuera de la reja entre los brazos de Andrés, que descendió lentamente con ella.

El tiempo de aquel descenso fue de terrible angustia para doña Isabel y doña Sol, que amaban con toda su alma á aquella infeliz reina, que despues de su largo y triste cautiverio, se veia obligada á huir del odio inmotivado de un esposo á quien adoraba.

No tardó en aparecer de nuevo Andrés.

—Venid doña Isabel, venid, dijo.

—¿Quién, yo? exclamó doña Isabel; ¿para qué quereis salvar un cadáver? salvad á vuestro amor, salvad á doña Sol.

Peró doña Sol, asió de doña Isabel, que por su estado de enflaquecimiento, era lijera como una pluma, y la puso en los brazos de Andrés, que descendió con ella.

—¡Oh! ¡gracias, gracias Dios mio! exclamó la generosa doña Sol, cayendo de rodillas, con las manos cruzadas, y los ojos cubiertos de lágrimas alzados al cielo: ahora que ellas se han salvado, poco importa que perezca yo.

Poco despues Andrés apareció de nuevo, y doña Sol se levantó, montó en el alfeiz de la reja y se apoyó en sus brazos; cruzóse entonces una inmensa mirada de felicidad entre los dos amantes, resonó un beso ardiente, inmenso, y entre aquel beso, la voz de doña Sol, alterada por el llanto, que exclamó desfallecida de felicidad:

—¡Oh! ¡tuya! ¡tuya hasta la muerte!

Andrés la estrecho delirante contra su corazón y descendió con ella; doña Sol, no pudiendo resistir á lo agudo de aquellas emociones sucesivas se desvaneció.

Cuando llegaron al pié del muro, al soltarla Andrés, que no se había apercebido de su estado, cayó inerte en tierra.

Este estado de doña Sol, detuvo un tanto la marcha; al fin se repuso, y Andrés, la reina, y las dos damas se separaron precipitadamente del castillo, en busca de los hombres que les aguardaban.

Durante algun tiempo no tuvieron tropiezo alguno: el castillo permaneció silencioso y todo demostraba que en él no se habían apercebido de aquella triple fuga: ya estaban cerca de sus gentes, que adelantaban hácia ellos, cuando de improvisó sonó ruido de espuelas; al fin se distinguieron entre lo oscuro algunos bultos y luego se oyó una voz robusta que gritaba con acento feroz:

—¡Alto, traidores! ¡alto á los ballesteros del rey!

Aquella voz era la de Juan Diente.

Renunciamos á describir el efecto que aquella voz causó en los fugitivos: por mucho que nos esforzásemos no conseguiríamos hacer concebir á nuestros lectores una idea exacta de su terror: para que lo comprendiesen, era necesario que el autor pudiese disponer de medios que no están á su alcance.

Hubo un momento de estupor, durante el cual, sufrieron los fugitivos toda una agonía: la sorpresa, el miedo y la desesperación de verse detenidos cuando se creían libres, heló la sangre en sus venas y les enmudeció.

El primero que se relizo fue Andrés, que dijo con voz no muy segura desnudando su espada:

—Quienes quiera seais, dejad paso á gentes que van por su camino.

—Vuestro camino, mal que os pese señoras, dijo á la sazón Men Rodríguez, que en vano pretendía hacer cortés su acento, alterado por la cólera que le causaba el acento de Andrés, recordándole de una manera fatal los insultos de la carta que había dirigido á Beatriz: vuestro camino, es al castillo de Jerez donde la voluntad del rey quiere que esteis presas.

—¡Ah! ¡venis aquí también, señor Men Rodríguez de Sanabria! exclamó con la voz ahogada por el turor Andrés: ciertamente que á vuestras anteriores hazañas faltaba esta cobarde acción.

—¡Callad, vive Dios! exclamó Men Rodríguez, adelantando entre lo oscuro hácia Andrés Corchuelo, sino queréis que os corte la infame lengua.

—¡Por piedad, por piedad caballeros! exclamó una voz dulce y débil, la voz de doña Isabel Nuñez de Lara; tened compasión, no de mí, sino de la noble y desventurada dama que viene con nosotros, ¿Qué os importa que se ponga á salvo del furor del rey? Pensad que no la habeis encontrado, dejadla pasar, y llevadme á mí, á mí, que aprecio muy poco la vida, á donde mejor queráis.

—¡Callad, doña Isabel, callad! exclamó con orgullo doña Blanca. La reina que no ha suplicado al rey, no suplicará á un vasallo. La reina manda: haceos atrás caballero, haceos atrás con los vuestros ó la reina se abrirá paso por cima de vos.

—¡Oh! ¡eso lo veremos! exclamó con acento ronco Juan Diente. ¡Hola, camaradas! ¡el señor Men Rodríguez os manda que os apoderéis de la reina y de las gentes que la acompañan!

—Esperad, esperad un momento, dijo Men Rodríguez: su señoría la reina comprenderá que solo cumplimos con nuestra obligación, suplicándola nos permita acompañarla.

—Si en mí consiste que se evite sangre, marchemos, señores, marchemos: pero ha de ser con la condición de que se deje libre á quien tan generosamente se ha espuesto por salvarme.

—Es inútil, señora, respondió enérgicamente Andrés Corchuelo; al ofrecer mi vida á vuestra señoría, no se la ofrecí en valde; ¡á mí, compañeros! ¡á mí y á ellos!

Un momento despues se había trabado un combate, y el ruido de las espadas y los gritos desesperados de doña Sol, eran los que había oído Leila á lo lejos al llegar al castillo.

Andrés, impulsado por su odio, se había dirigido á Men Rodríguez, y este, ofendido y deseoso de castigar su insolencia, había respondido á su llamamiento. Aquellos dos hombres que se habían llamado amigos á primera vista, habían llegado á ser enemigos á muerte, á causa de una mujer.

Envistiéronse con un furor estremado: ya sabemos que Andrés era maestro de armas y diestrisimo, y conocemos tambien el valor y la destreza de Men Rodríguez; pero Andrés, mas irritado que Sanabria, olvidaba las reglas y el tacto que se necesita para un ataque á oscuras, y solo pensaba en buscar el bulto, redoblando las estocadas: esto le fue fatal. Men Rodríguez mas sereno, reducido á la defensa, le esperó, y hubo un momento en que solo necesitó presentar á Andrés la punta de su espada, para que el desdichado se atravesase.

Al sentir la punta de su espada rasgando la carne, Men Rodríguez se estremeció, comprendió demasiado bien que Andrés había recibido un golpe de muerte, y de improviso se le vino á la memoria la noche en que por primera vez había visto á aquel hermoso jóven, herido, pálido, al lado de un pobre anciano, que no tenia otro hijo, que le adoraba y que temblaba por su vida.

Men Rodríguez experimentó, por efecto de su espantosa sensibilidad, un estremecimiento y un horror igual, al que debió sentir Cain despues de haber muerto

á su hermano Abel. Porque la amistad para Men Rodríguez era una fraternidad: porque si bien Andrés le había ofendido de una manera dura, Andrés había perdido su amor, y por la primera vez pensó en que el despecho, no su corazón, había arancado á Andrés la injuriosa carta escrita á Beatriz.

Arrojóse lleno de ansiedad sobre el infeliz jóven, sin reparar en que junto á él se batian revueltos los ballesteros de maza y las gentes de Andrés, ni en que podía ser herido á mansalva: solo pensó en aquel hombre, que al verter su sangre había recobrado su amistad. Pero era tarde: Andrés había muerto.

Era un nuevo y penoso sacrificio añadido á los que ya había hecho su lealtad al rey don Pedro: en otra ocasión menos estrema, los dos jóvenes hubieran tenido lugar de explicarse, se hubieran entendido, y se hubieran separado al fin sin poner mano á la espada, con el corazón desgarrado, pero siempre amigos. En aquella ocasión fatal, Men Rodríguez se había visto obligado á evitar la fuga de la reina, se habían encontrado delante de testigos, y en el primer momento de furor, habían desnudado las espadas, é idose el uno contra el otro.

—He amado á una mujer y la he perdido, exclamó dolorosamente el jóven: he tenido un amigo y le he matado; pensaba encontrar la suerte en la córte y solo he encontrado la desgracia... ¡oh rey don Pedro, rey don Pedro! ¡tú eres la causa de todo, y te sirvo aun y te amo...! ¡oh! ¡es que ante todo soy Sanabria, y un Sanabria no puede ser traidor!

Y, rehaciéndose, vió que su espada era necesaria á Juan Diente, y poniéndose á su lado embistió á las gentes de la reina.

Lo prolongado de la lucha, consistía en que, antes de todo, Juan Diente había hecho que seis ballesteros se apoderasen de la reina y de las dos damas, y las alejasen del lugar del combate: se había quedado solo con seis hombres, contra una veintena de aventureros, y aunque ningun ballestero había muerto, sin embargo, sentían la desventaja y estaban cansados.

Men Rodríguez era uno de esos hombres que valen por diez, y su ayuda se hizo notar al momento; á las primeras estocadas cayeron por tierra tres de los contrarios; se animó Juan Diente, que arrojó otros tres por tierra, rugiendo como un leon hambriento; apretaron los ballesteros los dientes y los puños, y al fin, aterrados por aquel vendabal de golpes, viendo por otra parte que su jefe había desaparecido, empezaron á desconfiar, se aterraron despues, y luego huyeron, no sin dejarse ocho hombres sobre el campo.

Por una casualidad estraña los ballesteros no habían recibido mas que pequeñas heridas, y Juan Diente se rascaba un hombro que le habían rasgado de una estocada falsa.

—¡Oh! ¡oh! dijo á Men Rodríguez: ¡allá van! ¡vayan en buen hora! ¡á enemigo que huye puente de plata...! pero es necesario confesar que sin vos, señor, hubieran dado fin de nosotros... ¿y cómo está guardado ese castillo, vive Dios, que no han oido un combate á dos tiros de ballesta de él? ¡Aquí debe haber traición! marchemos, señor, marchemos al castillo, no sea que esas gentes tengan cerca quien les ayude, y vuelvan y sean tantos que no podamos defendernos.

—Sí, sí, pensais con prudencia, señor Juan Diente, dijo de una manera maquinaal Men Rodríguez: pero creo que no han quedado con ganas de volver. Veamos ahora donde se encuentra su señoría, y conduzcámosla con sus damas al castillo.

Juan Diente silbó de una manera prolongada y alla desde larga distancia en direccion al camino del castillo, contestó otro silbido semejante. Men Rodríguez, Juan Diente y los seis ballesteros, quejándose el uno y votando el otro, á causa de sus heridas, se encaminaron á campo traviesa al lugar donde había resonado el silbido.

Mientras llegaban, Juan Diente preguntó con un interés casi paternal á Men Rodriguez.

—¿Y á vos no os han herido, señor?

—No, por desgracia, dijo el jóven; creo que Dios ó el diablo me guardan para probarme, y cuanto mas busco la muerte, menos doy con ella.

Juan Diente conoció las razones de la desesperacion del jóven, y guardó silencio respetándolas.

Poco despues llegaron al camino.

Entonces, de entre el grupo de ballesteros, salió una mujer, y dijo con voz convulsa y trémula:

—¿Viene con vosotros el señor Men Rodriguez?

—Quella mujer era doña Isabel Nuñez de Lara.

—Héme aquí, señora, contestó temblando el jóven.

—Y... ¿estais herido?

—No, contestó Sanabria.

—¡Oh! ¡gracias Dios mio! ¡gracias! exclamó con un sublime acento de amor y de alegría doña Isabel.

—¡Y Andrés! ¡y Andrés! exclamó anhelante doña Sol.

—Andrés... ha huido.... contestó penosamente Men Rodriguez.

—¡Mentis...! gritó desesperada doña Sol... Andrés ha muerto... ó está preso... lo que viene á ser lo mismo.

—Muerto... preso... exclamó la reina, ¡y todo por mí! ¡oh, Dios mio!

—Pensemos en vuestra señoría, contestó Men Rodriguez: cuando se trata de reyes, la vida de los vasallos importa muy poco.

—¡Ah! ¡maldito seais vos! exclamó con acento desgarrador doña Sol, que en el acento de las últimas palabras de Men Rodriguez habia comprendido la muerte de Andrés. ¡Maldito seais vos! asesino, y que la sangre de mi esposo caiga continuamente sobre vuestra cabeza!

Y empezó á dar esos gritos horribles, que tanto lastiman el alma de quien los oye, y que parece deben escucharse en la eternidad.

Y como un nuevo incidente, que recargaba lo penoso de la situacion, doña Isabel se asió llorando á Men Rodriguez.

—No, no; ¡vos no entregareis á la reina! ¡no; ¡vos sabeis que su señoría está en peligro entre los miserables de que la rodea el rey...! ¡no! ¡no! ¡os lo pido en nombre del amor que me habeis tenido! ¡yo no creía volveros á ver, volveros á hablar! ¡en otra ocasion hubiera huido de vos! ¡pero ahora os busco! ¡salvad á la reina! ¡salvadla! ¡escuchad mi voz, que os habla desde la tumba!

—¡Ah! ¡señora! exclamó Men Rodriguez, ¡y cómo me desgarrar el alma el no poder obedeceros!

—¡Sí, sí! ¡vos me escuchareis! ¡vos sois bueno! ¡vos no permitiréis...!

—El rey, señora...

—¡Oh! vuestra lealtad es fatal... pero en estos momentos...

—¡Basta! no supliqueis mas, dijo doña Blanca con un orgullo indescribible. La reina se entrega tranquila á sus enemigos, pero no se arrastra á sus piés...

—Medité vuestra señoría... dijo ofendido en su orgullo Men Rodriguez.

—Nada hay que meditar, le interrumpió doña Blanca con altivez: nada hay aquí que me lastime, sino la valiente sangre que se ha derramado en mi defensa... ahora, señores, al castillo... la reina lo quiere... la reina lo manda.

No se habló una palabra mas: la reina, doña Isabel y doña Sol, rodeadas de los ballesteros, precedidas por Juan Diente y seguidas por Men Rodriguez emprendieron hácia el castillo su marcha que tenia mucho de lúgubre.

Antes de llegar á él, se abrió la poterna y aparecieron soldados con hachones á cuyo frente marchaba Juan Perez de Rebollo, que salia en busca de las fugitivas.

Juan Diente fue el primero que tropezó con él.

—¡Ah! ¡soberbio bribon! le dijo, vuélvete y haz venir al alcaide. Dile que le traemos las tórtolas que se le habian escapado de la jaula.

—El alcaide del castillo de Jerez está delante de vos, señor Juan Diente, dijo con acento brutal Rebollo.

—¿Y dónde está? dijo Juan Diente mirando en torno suyo: no veo aquí ningun caballero.

—Caballero ó no, dijo con insolencia Rebollo, yo soy el alcaide de órden del rey.

—¡Ah! ¡que tu eres el alcaide! exclamó con estrañeza Juan diente: pues mira, no podia haberse valido el rey de peor sugeto.

—Sea lo que quiera, exclamó con acento de amenaza Rebollo, alcaide soy, y si es preciso me haré respetar como tal.

—¿Sabes Rebollo que me están dando ganas de acogotarte como á un ternero? exclamó Juan Diente, que aun conservaba modismos de su antiguo oficio de cortador.

—Lo dejaremos eso para mas adelante, contestó sombríamente el balletero.

—Pues dejémoslo: ahora vamos á lo que mas importa: la reina y sus damas se acercan: pero para entregártelas necesito ver la órden en que el rey te ha conferido esta alcaldia.

—No sois vos persona á quien yo dé parte de las órdenes de su señoría.

—Se las darás, al primer rico-hombre del reino que viene conmigo: al señor Men Rodriguez de Sanabria.

—Solo se la mostraré á quien traiga otra órden del rey.

—¿Es este el alcaide? dijo Men Rodriguez llegando.

—Yo soy, contestó sin apearse de su brusca insolencia Rebollo.

—¡Habeis dejado escapar por descuido á presos de alta consideracion que se os habian confiado, dije severamente Men Rodriguez, y vuestro descuido ha producido fatales consecuencias!

—¿Os ha autorizado su señoría para que me reconveniais?

—El rey os diria acaso menos que yo os digo, pero haria mas.

—En conclusion: entregadme á su señoría, á doña Isabel Nuñez de Lara y á doña Sol de Vargas.

—No os las entregaré, sino que me quedaré yo mismo guardándolas en el castillo.

—Traeréis sin duda una órden que os autorize....

—¡Ira de Dios! exclamó Men Rodriguez. Despues de lo que he visto estoy bastantemente autorizado por mi lealtad.

—Siento que vuestra lealtad no sea bastante para mí: ¡ola! soldados apoderaos de su señoría, y si esa gente resiste apoderaos de ella tambien.

—Esperad un momento: ¿no puedo yo acompañar á su señoría? dijo Men Rodriguez.

—Su señoría el rey, me ha mandado espresamente que nadie, sino quien traiga una órden suya, entre en el castillo.

—Bien, os entrego la reina, y estas dos damas: pero ved lo que haceis, porque si vos sois alcaide ¡por el rey, del castillo, yo me declaro por mí mismo y en nombre del rey vuestro vigilante.

Y volviéndose á la reina la dijo:

—Id desconfiada, señora: creo conocer bien las intenciones del rey hácia vuestra señoría y nada teneis que temer: afortunadamente el rey me ha entregado cien valientes ballesteros de su guarda y con ellos, mientras viene una órden del rey, os guardaré desde el campo.

La reina altiva y severa, pero pálida, seguida de doña Isabel y de doña Sol, adelantó, se entregó al alcaide, y rodeada de los soldados se encaminó al castillo.

—¡Ah, Juan Perez de Rebolledo! exclamó colérico Juan Diente: juro á Dios que no tardarás mucho en pagarme la insolencia con que me has tratado esta noche.

—Si, si; pero al momento, Juan, vos mismo, reventando un caballo á Sevilla. Yo mismo iria, pero creo que mi presencia ha de ser necesaria aqui. Decid al rey lo que habeis visto... no sé por qué sospecho una traicion... afortunadamente con esos cien bravos ballesteros tengo lo bastante para poner cerco al castillo. ¡A Jerez! ¡A Jerez, sin perder momento; y vos á Sevilla!

Tras estas palabras Men Rodriguez, Juan Diente y los doce ballesteros se perdieron en la oscuridad á tiempo que se levantaba el puente del castillo, conteniendo de nuevo á su ilustre prisionera y sus dos compañeras de cautiverio.

CAPITULO III.

En que se relata lo que aconteció á doña Blanca de Borbon en poder de Juan Perez de Rebolledo.

Despues de haber encerrado á cada una de las tres cautivas en lugar separado, Rebolledo se presentó á Leila.

—Es necesario concluir cuanto antes, le dijo esta, despues de haberse informado de lo que habia acontecido entre Men Rodriguez y el balletero. Su señoría me ha enviado, para que sea testigo del cumplimiento que dais á sus órdenes.

—Estoy dispuesto á cumplirlas.

—Pues bien, conducid como os mandé antes, á la reina á la sala de honor.

Rebolledo giró sobre sus talones, y poco despues doña Blanca estaba en un tetrico salon gótico mal iluminado por una lámpara. En él no habia mas muebles que un sillón y una mesa.

Doña Blanca, que hasta entonces habia guardado un tenaz silencio por orgullo, al quedarse sola y encerrada en aquella sombría cámara, sintió miedo y un presentimiento oscuro la aterraba: parecia aquello una tumba, y miraba con terror una copa de oro que con una escudilla del mismo metal, estaba sobre la mesa, llena de un líquido dorado.

Los ojos de la reina se fijaban, como impulsados por una fascinacion horrible, en aquella copa, y su corazon latia violentamente, y una cruel ansiedad la hacia devorar el silencio que la rodeaba.

No duró mucho tiempo aquel silencio: oyéronse tardos pasos en direccion á la puerta, se abrió esta y entró un hombre que colmó el terror de doña Blanca: aquel hombre era un fraile ceniciento, de escasa estatura, grueso, y enteramente cubierto por su capuz.

En una palabra, aquel hombre era el agonizante Sancho.

Apenas estuvo dentro de la cámara, cuando de nuevo se cerró la puerta.

Maese Sancho se quedó temblando á alguna distancia de ella, y dirigiendo miradas recelosas á los tapices de otra puerta situada en un ángulo.

—Es necesario decidirse, dijo á media voz... es verdad que se trata de una reina... de una mujer... y de una mujer jóven y hermosa... pero... si yo no lo hago, lo hara otro...

Y lanzando una nueva mirada á la puerta que cubrian los tapices, adelantó hácia la reina, que instintivamente retrocedió dos pasos, pero conteniéndose por orgullo, permaneció inmóvil y silenciosa.

Maese Sancho llegó á alguna distancia de ella y se detuvo tambien.

—Señora! la dijo balbuceando, despues de un momento de silencio.

—¿Qué me queréis? contestó con altivez la reina.

—Yo... señora... en verdad... el rey lo manda...

—¿Que el rey lo manda.? ¿es decir, que siéndole enojosa mi vida, os envia para que me prepare á la muerte?

—¡Ah, señora! exclamó maese Sancho cayendo de rodillas: yo soy mandado... perdonadme.

Y como en aquel movimiento brusco se le cayese la capucha, doña Blanca retrocedió al ver su horrible semblante.

—¡Ah! exclamó: ¡no sois el sacerdote, sois el verdugo!

El agonizante quedó inmóvil, de rodillas, con la mirada atónita, aterrado.

—Si, si, hasta el verdugo se espanta del asesinato; exclamó la reina, á cuyos ojos brotaron dos amargas lágrimas: pero devorándolas su orgullo avanzó hácia Sancho.

—A todo el que ha de morir se le notifica su sentencia, dijo: vos traereis mi sentencia... mostrad y no tembleis... que la victima no tenga mas valor que el asesino.

—¡El rey lo manda! tartamudeó de nuevo Sancho.

—¡La orden! ¡la orden! exclamó impaciente la reina... acabemos pronto, muramos de una vez, ¡la orden!

—Tomad, señora; exclamó Sancho, dándole un pergamino con mano trémula.

La reina le tomó, fué con paso altivo, grave y magistoso á la mesa, y á la luz de la lámpara desarrolló aquel pergamino y le leyó.

Decia así:

«El rey: por cuanto conviene á nuestra seguridad, y á la salud de nuestros reinos, que la reina doña Blanca de Borbon, nuestra esposa, muera: vos Sancho Sanchez, nuestro ejecutor secreto, os trasladareis al castillo de Jerez, mostrareis esta orden á su balcaide, la notificareis á la reina y... la dareis muerte...»

La infeliz doña Blanca no pudo leer mas: su corazon se desgarró: aquel esposo á quien tanto amaba, que á pesar de sus desvios, habia representado hasta entonces para ella una dudosa esperanza de felicidad, encontraba enojosa y pesada su vida, y se la arrancaba.

Hubo un momento de indecible terror para doña Blanca, de dolor, de desesperacion: un momento de marasmo, en que nada vió, nada sintió, mas que la muerte que se acercaba á ella sonriendo de una manera diabólica; luego, por un misterio inesplicable del corazon, sintió brotar dentro de él, cuando iba á morir, un amor inmenso, deseos volcánicos, por aquel esposo que la asesinaba: despues la razon, luchando contra la pasion se sobrepuso á ella: acordóse que era la rama desgajada de un árbol de reyes, y que debia sostener su grandeza, recibiendo sin temblar la muerte, como la reciben los héroes.

Ni un solo músculo de su semblante se contrajo, ni el mas ligero temblor estremeció sus miembros; solo podia juzgarse de lo terrible de su situacion, por lo denso de su palidez, semejante á la de un cadáver, por lo convulso y lívido de sus labios y por lo intenso y lívido de su mirada, fija con una espresion indescribible en el verdugo.

—¡El rey quiere que muera! dijo con voz apagada... mi muerte conviene á la seguridad y á la paz de sus reinos... pues bien, muramos... concluyamos... concluid... añadió impaciente, adelantando hácia el verdugo, que se levantó aterrado y retrocedió temblando.

—¡No! ¡yo no puedo...! exclamó con voz trémula el agonizante... yo no puedo... el rey lo manda... y no puedo obedecerle, porque... me horroriza mataros señora... no... yo no...

Y retrocedió aun mas.

—¡Si vos no me matais, me matará otro menos experimentado que vos...! exclamó la reina con una an-

gustia terrible... y me hará sufrir mas... acabemos... heridme... prefiero el hierro al veneno... ¡oh! ¡Dios mio...! ¡Dios mio...!

Maese Sancho puso la mano en su puñal, y la reina creyendo llegada su última hora, se arrodilló, cerró los ojos estremecida y oró.

Pero Sancho, vaciló de nuevo; un temblor horrible agitó su cuerpo; embainó el puñal, y exclamó:

—¡No! ¡nunca! ¡jamás...! que me mate el rey en buen hora... pero la mano de Dios os protege... yo nunca he temblado delante de una víctima, y ahora tiemblo... no, no, imposible.

—¡Con que es decir, que el rey es mas feroz que el verdugo...! ¡con que es decir, que todos tienen compasión de mí menos él! exclamó la reina levantándose con energía... ¡oh! ¡esto es horrible! ¡horrible! ¿para qué quiero yo la vida, si él desea mi muerte...? y luego añadió con voz reconcentrada y dolorosa. Dios no ha querido que sea madre: si yo guardase un hijo suyo en mis entrañas, gritaría, me defendería... me arrastraría desesperada á los pies de los verdugos... les diría: el rey, matándome, mata á su hijo... y los verdugos no se atreverían á ser los instrumentos de un parricidio... ¡no, no hay hombres tan feroces...! ¡seria necesario que me matase él...! ¡pero, sola, abandonada... aborrecida... la existencia me pesa, me es horrible...! ¡la muerte! ¡la muerte es un descanso! ¡y tú, no te atrevas á dármele...! ¡pues bien, me la daré yo!

Y avanzó hacia la mesa, llegó á ella, y tomó la copa.

Doña Blanca se hallaba en una de esas terribles situaciones, en que, perdida la esperanza, el demonio del suicidio, dice al oído de los desdichados: sufres porque quieres: un cadáver no sufre, la tumba es un eterno lecho de paz: y doña Blanca oía aquella voz infernal, insinuante, dulce, brindándole descanso, á ella que tanto habia sufrido; y la reina sonrreía á aquella voz con una sonrisa de contento, pero de contento horrible, insensato; sonrisa, ante la cual debe plegar las alas, y llorar amargas lágrimas el ángel de la esperanza; una de esas sonrisas horribles que espantan y lastiman en su silencio mas que los gritos de dolor, y la resistencia del terror con que la víctima, antes de recibir el golpe, se revuelve entre los brazos del verdugo. Doña Blanca se encontraba en uno de esos supremos momentos, en que la esperanza se pierde, en que la vida se hace horrible, y se busca con ansia la muerte.

Su mirada fija como en un punto misterioso del espacio, permaneció inmóvil algunos momentos: mirada lúcida, para representar la cual, no hay pintor posible; mirada sobrenatural, á través de la cual podría verse un abismo de dolores, de recuerdos trágicos, de ilusiones marchitas, de amores sedientos: mirada que penetra en la eternidad y deja verla en su oscuro foco: agonía superior á todas las agonías porque es la agonía del alma.

Si don Pedro hubiera podido ver aquella mirada, si despues de verla no hubiera podido evitar la muerte, su recuerdo le hubiera puesto en el caso de morir para librarse de su horror. Pero don Pedro estaba muy lejos, la fatalidad se habia apoderado de su víctima, y doña Blanca, enloquecida al fin por el dolor, por el despecho, por la cólera, por sus terribles pasiones, levantó la copa y bebió... y se detuvo... y volvió á beber, y la apuró toda entera.

Maese Sancho lanzó un horrible grito, un grito salvaje de horror, tuvo miedo, un miedo cruel; se precipitó á la puerta de la cámara, que habian cerrado detrás de él, y la golpeó con entrambas manos furioso; la puerta se abrió y apareció Juan Perez de Rebolledo.

—¡Dejadme! ¡dejadme pasar! exclamó el agonizante.

—La reina... dijo con recelo el ballestero.

—¡La orden del rey está cumplida! exclamó Maese Sancho, y escapó.

Aun mismo tiempo entraron en la cámara por distintas puertas, Leila y Juan Perez de Rebolledo.

La reina se habia dejado caer en el sillón, y lloraba desconsoladamente. El ballestero se acercó pálido y sombrío á la reina. Leila se detuvo irresoluta á poca distancia de ella.

Al sentir junto á sí al ballestero, la reina alzó el pálido semblante y le dijo con dulzura.

—Voy á morir: enviadme un sacerdote.

—El ballestero por toda contestacion, miró de una manera cobarde á Leila.

—Cumplid la voluntad de su señoría, contestó está con acento opaco.

—Es que no hay ningun sacerdote en el castillo.

—¡Que no hay ningun sacerdote aquí! exclamó doña Blanca; ¿y el obispo Gudiel?

—Está en Jerez; contestó lúgubrementemente Rebolledo.

—Id á Jerez, buscad al obispo, y traedle de orden del rey, ¡dijo Leila.

—¡Oh! ¡quiero ver á doña Sol! ¡á doña Isabel! añadió la reina.

El ballestero interrogó por segunda vez con una mirada á Leila.

—Sí, sí, dijo esta: traed á doña Sol y á doña Isabel, id.

Rebolledo salió y Leila se acercó á doña Blanca.

—¡Oh! ¿quién sois? exclamó la reina.

—¿Qué os importa quien yo sea? contestó Leila, contemplando fijamente la mirada de doña Blanca.

—¡Oh! ¡cuanto tarda la muerte! exclamó doña Blanca: acaso se han engañado... acaso esa copa...

—¡No! ¡morirás! ¡morirás! exclamó Leila, tu destino era morir... y luego, sablevándose en su alma los instintos de piedad y de compasión, que solo estaban dominados en ellos por sus pasiones, exclamó con dulzura: ¡el rey te mata...! al enlazarte con él te enlazaste á una serpiente, ¡pobre mujer...! pero Dios te vengará, sí... ¡Dios! ¡Dios! añadió con acento desesperado.

Y luego separándose violentamente de la reina, huyó murmurando por los oscuros tramos del castillo.

—Necesitaba vengarme de tí, don Pedro, y al vengarme, me herido á mí misma: no, nunca podré olvidar á esa desdichada... su recuerdo me despedazará continuamente el corazón... pero necesitaba deshonorarte, rey, y te deshonoré... ahora necesito herirte en el corazón... y te heriré.

Y como á punto encontrase á Alvar Yañez, le dijo.

—¡Hemos concluido y nada tenemos que hacer aquí! ¡A Sevilla!

—¡A Sevilla! repitió Alvar Yañez con el acento resignado de una víctima, siguiendo á Leila.

Merced á sus falsos pergaminos, lograron salir del castillo, y antes de que hubiese tenido tiempo Men Rodríguez de rodearle con sus ballesteros, llegaron á Jerez y una hora despues acompañados de cuatro hermanos de Nuestra Señora de Rocamadour se dirigían á Sevilla.

CAPITULO IV.

La agonía de doña Blanca.

Un momento despues presentaba la cámara de honor del castillo de Jerez, que entonces podía llamarse patíbulo de la reina, un espectáculo desolador.

En el habia dos mujeres, por mejor decir, dos cadáveres: doña Blanca y doña Isabel Nuñez de Lara; doña Sol de Vargas no habia podido acudir al llamamiento de la reina, porque, á causa de la muerte de Andrés, se hallaba acometida en su encierro de un

delirio terrible. Yendo de acá para allá, buscando y trayendo remedios inútiles para la reina, estaban las damas de su servidumbre aterradas, pálidas, consternadas. La reina había caído en un estado de insensatez horroroso; la enorme cantidad de tósigo que había apurado, la aceleraba la muerte, pero sin dolor, sin esas crueles punzadas de los corrosivos, sin esas bascas, sin esas convulsiones que producen la mayor parte de los tósigos. El de Leila, era un verdadero *licor de príncipe*, uno de esos agentes de muerte, que matan, desesperando á la medicina, engañándola, estraviando su juicio; veneno terrible, que, como había dicho en cierta ocasion Leila á Pero Lope de Padilla, solo producía la muerte despues de haber producido la locura.

Doña Isabel Nuñez de Lara, envenenada por el mismo tósigo, solo debía la lentitud de su muerte á la pequeña cantidad que había bebido, á pesar de lo cual, su muerte era segura, por lo que hemos dicho que aquellas dos desdichadas eran dos cadáveres.

Llegó un momento en que la locura de la reina se hizo furiosa, y sus damas se vieron obligadas á sujetarla.

—No... no... no quiero estar presa... decia la reina revolviéndose entre los brazos de sus damas y de doña Isabel que lloraban: no me han traído de Francia para esto... no... yo soy la reina... la esposa legítima del rey... esa otra mujer que me roba mi tálamo y mi trono es una prostituta.... y él no la ama, no.... ha venido y me ha dicho que soy su vida... y me ha estrechado frenético de amor entre sus brazos... ¿Le veis? ¿le veis? ¡dicen que es cruel! ¡mienten! ¡mienten! ¡mirad: su mirada es dulce como la de una paloma! y su voz, su voz sonora, ¡amante como la de una tórtola enamorada! ¿no, oís? ¿no oís como me dice ¡yo te amo! ¡oh! ¡si, él me ama! él no quiere tenerme presa.... ¡es esa mujer, esa horrible mujer que le tiene hechizado! ¡maldita! ¡huye! tu aliento impuro me roba á mi esposo... y tú le deshonras separándole de mí... y le matas... porque mi primo, el delfín de Francia, y mi padre, el duque de Borbon, se cansarán un día de los ultrajes que sufro, y le harán una cruda guerra... ¡cobardes! ¡cobardes! ¡sufiris demasiado! ¡sufiris mis sufrimientos! ¡permittedis que una mancha pise las lises de Francia! ¡venid! ¡venid sino quereis cubriros de deshonra! ¡desplegad el oriflamo, y obligad á don Pedro á que arroje de sí á esa mujer impura!

La reina se detuvo, y cayó fatigada sobre el sillón, con la mirada fija, insensata, vaga, sin reconocer á las damas que la rodeaban.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡que horrible locura! exclamó sollozando doña Isabel.

—¡Locura! ¡quien habla de locura! dijo la reina: ¿quién está aquí loco? ¡Ah! sí, me acuerdo.... me acuerdo de que alguien me decia: es una locura amar á nuestro verdugo... el rey te sacrifica y tú amas al rey.... ¿y quién era el insensato que me decia estas cosas...? ¡ah! ¡si! ya me acuerdo.... era don Fadrique... el miserable, el traidor... queria... queria mi amor... ¡infame! queria robar su esposa á su hermano.... queria matarle... y el rey le mató á él... ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡y le llaman fratricida y cruel, porque mató á don Fadrique! ¡hizo bien en matarle! ¡don Fadrique era traidor!

La reina calló de nuevo, pero de repente se levantó, aplicó el oído como pretendiendo oír un ruido distante, y exclamó:

—¡Oís! ¡oís! ¡son las trompas de guerra de los valientes gendarmes franceses! ¿no lo oís? ¿no oís la carrera de los caballos, el crugir de las armaduras? no les oís gritar: ¡Borbon y San Dionisio! ¡oh! ¡van á lanzar á la Padilla de mi tálamo! ¡despedazada, valientes! pero no, no; azotada con los frenos de vuestros caballos; ponedla desnuda á la verguenza, como se pone

á las ramerás, poned sobre su cabeza un pergamino en que hayais escrito con su sangre ¡hé aqui la reina!

De repente y enquanto que sus damas pugnaban por sujetarla, gritó:

—¡Amparadme! ¡amparadme! ¡me van á matar! ¡ese fraile...! ¡ese fraile no es un ministro de Dios, es un verdugo! ¡ha traído una copa, y en su mano brilla un puñal...! ¡esa copa....! ¡oh! ¡apartad esa copa! yo no quiero morir... él me ama... y yo le siento venir... yo oigo sus pisadas... si me matais él os hará pedazos... porque es valiente y justiciero... ¡no! ¡no! ¡no quiero morir..!

La voz de la reina se apagaba rápidamente; ya apenas podian percibirse sus palabras: de improviso dejó de luchar con sus damas, su mirada vaga hasta entonces se fijó, dojóse caer desplomada sobre el sillón, y tendiendo su mano á doña Isabel Nuñez de Lara, exclamó.

—¡Ah! ¡yo muero..! ¡y el obispo no viene..! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡tened compasion de mí!

Despues de esto la reina cayó en un marasmo profundo.

Oyóse entonces ruido de armas fuera del castillo; una griteria horrible, tráfago de hombres que iban y venian: despues cesó el ruido de armas y se escucharon pasos precipitados en direccion á la puerta de la cámara. Doña Isabel miró cuidadosa hácia ella y lanzó un grito de placer: Men Rodriguez de Sanabria había aparecido en la puerta.

¿Cómo había podido llegar hasta allí, Men Rodriguez? Vamos á explicarlo en pocas palabras.

Cuando el agonizante Sancho salia del castillo, vagó á su alrededor, preocupado, ebrio, por decirlo así, de horror, aterrado con lo que acababa de presenciar: á despecho de sus costumbres y de su ferocidad, era hombre antes que verdugo: parecia que un poder fatal le atraia hacia el castillo, haciéndole girar en torno del, como ligando al crimen que se había cometido en su recinto el instrumento brutal de aquel crimen: maese Sancho fijaba con horror su mirada cobarde en la negra masa del castillo, y, como si para su vista no hubiesen sido un obstáculo material sus fuertes mallas, parecia ver á la reina, en aquel tétrico salón gótico, revolviéndose en unaagonia cruel, y cada vez el círculo vago que describia al rededor del castillo, se estrechaba mas y mas: al fin se encontró de nuevo y sin pensarlo junto á la poterna. Encuéntrase á cada paso en los procesos de los archivos de los tribunales, ejemplos de esa fascinacion del crimen, que obliga de una manera involuntaria al asesino, á volver hacia su victima: Maese Sancho se encontraba en este caso, y no tornó en sí, sino al escuchar un vigoroso ¿quién va? que su presencia junto á la poterna había arrancado á uno de los guardas del adarve.

—Verdaderamente soy un insensato, dijo maese Sancho, alejándose del castillo: verdaderamente no soy yo, sino el rey quien la ha matado: y luego... yo no he puesto las manos en ella... pero puse el tósigo al alcance de su mano... ¡oh! ¡oh! y es que tengo dudas... dudas que á cada momento crecen... aquella orden no estaba escrita por el rey... no... aunque estaba firmada por él: si la orden hubiera sido falsa...

Maese Sancho se estremeció y dió á correr en direccion á Jerez: entonces silvó junto á sus oidos un venabla, lanzado desde el adarve, lo que apresuró mas su fuga.

De repente se encontró contenido por otro ¿quién va? lanzado desde el camino, por gentes que avanzaban estendidas en ala hácia el castillo.

Aquellas gentes eran Men Rodriguez de Sanabria y los cien ballesteros de maza, que habían llegado tarde para impedir la huida á Leila y á Alvar Yanez, pero, que por causa de su detencion, llegaban á tiempo para detener al verdugo.

—¿Quién sois y á dónde vais? dijo con acento de autoridad, un hombre que adelantó de entre un grupo de ballesteros, y que no era otro que Men Rodríguez de Sanabria.

—Soy un religioso, que va su camino, contestó maese Sancho con voz humilde, calándose completamente su capucha, á pesar de que lo oscuro de la noche hacia supérflua esta precaución.

—Ah! ¡sois un religioso, que va por su camino! dijo Men Rodríguez: raro acaso: paréceme que os conozco, aunque nunca he tratado frailes.

—Es muy posible, caballero, dijo con alguna turbación el agonizante.

—¡Oh! ¡si! ¡os conozco demasiado! exclamó Men Rodríguez con horror; ¡y vos venis del castillo de Jerez! ¡vos el verdugo! ¡vos el agonizante..!

—Os engañais, señor, dijo Sancho que al sentir sobre sí á Men Rodríguez, al conocer el horror de sus palabras, al reconocerle, se afirmó en la sospecha de que había sido sorprendido, y le habían hecho cometer un crimen á nombre del rey.

—¡Oh! si, si; exclamó con mas horror el jóven: donde quiera que vais vos, va la muerte, y os encuentro en el camino del castillo de Jerez.

Y Men Rodríguez avanzó hácia el verdugo y le asió: este que estaba aterrado y preparado á todo, al sentirse asido, impulsado por su terror, descargó una furiosa puñalada sobre el pecho de Men Rodríguez; afortunadamente la punta del puñal se rompió contra la cota de mallas que llevaba bajo sus vestidos el jóven.

La certeza de que la reina había sido muerta, certeza que no se fundaba mas que en uno de esos presentimientos que nunca nos engañan, la cólera causada en Men Rodríguez por la cobarde agresión del verdugo, el estado febril en que se encontraba el jóven, fueron otras circunstancias fatales para maese Sancho, que cayó por tierra herido por la daga de Men Rodríguez.

El vaticinio de Pero Lope de Padilla, cuando el jóven y el verdugo se vieron por primera vez en la torre del Oro, se había cumplido: Men Rodríguez no había estrangulado al agonizante, pero con arreglo á las palabras del ballestero mayor del rey, *le habia abierto un ojal en el colete interior.*

—¡Oh! ¡me habeis muerto! exclamó el verdugo: ¡Dios! ¡Dios! ¡la mano de Dios! y sin embargo yo siempre he sido mandado.... y no he sido yo el que ha muerto á la reina...

—¡Que la reina ha muerto! exclamó lleno de horror Men Rodríguez.

—Si, el rey... Leila... Alvar Yañez...

Maese Sancho, no pudo hablar mas, su palabras sucesivas se hicieron ininteligibles, lanzó por último un grito ronco é inartculado y espiró.

Men Rodríguez se volvió á los ballesteros.

—¡Ola! ¡valientes! dijo, en círculo á mi alrededor.

Los ballesteros se estrecharon en torno de Men Rodríguez.

—Necesito vuestra sangre en servicio del rey.

—Tomadla toda, dijo respondiéndole por sus compañeros, un toledano llamado Pero Alvillo: ¿no es verdad que todos estais dispuestos á derramar vuestra sangre por su señoría, y por el noble y valiente señor Men Rodríguez de Sanabria?

—¡Si! ¡si! ¡si! contestaron todos.

—Amigos, continuó Men Rodríguez, ese hombre que acaba de morir, nos ha dicho que la reina ha sido asesinada.

Corrió un murmullo de horror entre aquellos rudos soldados, cuya ferocidad cedía al recuerdo de la desgracia de la reina.

—Si el rey la ha mandado ejecutar, el rey habrá tenido razones para ello; pero, si por el contrario, se ha sorprendido al alcaide, si el alcaide ha cometido

una traición, si la muerte de la reina es un crimen oscuro....

—¡Venganza...! ¡venganza entonces, y venganza cruel! exclamó Pero Alvillo, al mismo tiempo que los demás ballesteros rugían sordamente.

—Sucedá lo que quiera, ¡valientes del rey! exclamó Men Rodríguez, vamos á apoderarnos del castillo en nombre de su señoría.

—¡Al castillo! ¡al castillo! gritaron los ballesteros haciendo crujir sus armas.

—Oid: id en silencio, como sabeis hacerlo, vosotros tan diestros para una sorpresa, á colocaros á entrambos lados del rastrillo: la noche está densamente oscura... no pueden veros, procurad que no os sientan: yo, con diez de vosotros, adelantaré y haré que el alcaide salga á reconocerme; en el momento en que el alcaide esté fuera, precipitaos por la poterna... ocupad el castillo.. sois ciento que valeis por mil... ¡ea, Pero Alvillo, en marcha..! diez de vosotros quedaos conmigo.

Ochenta ballesteros, á cuyo frente iba Pero Alvillo, se separaron en silencio; al poco espacio sus pasos no se sentían ni se veían sus bultos: Men Rodríguez esperó el tiempo que creyó necesario para que los que precedían tomasen posicion, y luego se encaminó desembarazadamente al castillo y al llegar á la poterna gritó.

—¡Ah de la guarda!

—¿Quién va? preguntaron desde el adarve.

—Por el rey, contestó Men Rodríguez: avisad al alcaide.

Poco despues Juan Perez de Rebolledo, receloso por lo que antes le habia acontecido, dijo desde el adarve:

—¿Qué queris?

—Bajad á informarnos de una orden del rey.

A poco se abrió la poterna, y adelantaron algunos hombres alumbrados por una linterna; pero antes de que pudiesen calar el rastrillo, los ochenta ballesteros se precipitaron dentro.

Todo fue cosa de un momento: por mas que los soldados, que defendían la entrada, quisieron oponerse á la irrupción, fueron atropellados por los ballesteros, y Men Rodríguez, posesionándose á nombre del rey del castillo, entró en la sala de honor.

Con la antecedente esposicion hemos anudado nuestro relato: dijimos que doña Isabel Nuñez de Lara habia lanzado un grito de placer al ver en la puerta de la cámara á Men Rodríguez de Sanabria.

Este midió, de una sola ojeada, el triste espectáculo que se presentó á sus ojos, y se estremeció: la reina luchaba con las convulsiones de la agonía.

Men Rodríguez corrió á ella, la asió las manos y gritó, volviéndose á los ballesteros, que espada en mano habian quedado en la puerta.

—¡Un médico! ¡pronto! ¡buscad un médico! ¡su señoría se muere!

—¡Oh! ¡no! ¡no! es inútil, dijo la reina con voz desfallecida... si el rey os ha enviado, para certificarse de mi muerte, decide que su voluntad se ha cumplido... y que... muero perdonándole.

—¡Oh! ¡no! ¡no! ¡señora! ¡vivid! yo vengo á salvaros....

—¡A salvarme!

—Si, exclamó Men Rodríguez.

—¿Y os envía el rey...?

—El rey no sabe, señora, que se haya hecho tan horrible traición.

—Que el rey... no... lo sabe... yo he visto la órden....

—De algun tiempo á esta parte, señora, circulan órdenes falsas del rey....

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó la reina... es verdad... recuerdo... ¡oh! mi memoria huye... si... la órden no estaba escrita por el rey....

—El rey quiere que vivais... el rey jamás ha pensado en vuestra muerte....

— ¡Oh! ¡mi esperanza! ¿por qué resucitais mi esperanza?... yo no quiero morir si él no me mata. ¡No! ¡no! ¡yo no quiero morir...! ¡y muero! ¡muero! exclamó la reina cayendo de nuevo, parte sobre el sillón parte en los brazos de doña Isabel.

— No, no moriréis : sería horrible... exclamó Men Rodríguez, con acento de horror.

— Sí... sí... muero... tomad... dijo la reina, sacando con un trabajo infinito un medallón de su seno, y después de haberle llevado á su boca y de haber es-

tampado sobre él débiles besos... es su retrato... llevádselo... como una prenda... de mi amor... decidle... que muero... amándole....

Y estendió su brazo trémulo hácia Men Rodríguez, que tomó el retrato con la misma veneración que hubiera tomado la reliquia de un santo... y en verdad, en verdad, aquella era una reliquia de amor de una mártir.

Luego doña Blanca quiso hablar en vano; se agitó debilmente algunos instantes en los brazos de doña Isa-



Beltran Dugueschn.

bel, y al fin cayó inerte sin vida, desplomada sobre el pavimento.

— ¡Horror! ¡horror! exclamó Men Rodríguez pálido de espanto; ¡la cólera de Dios está suspendida sobre la cabeza del rey don Pedro!

— ¡Dios castiga las iniquidades de los padres en los hijos, hasta la cuarta generacion! exclamó doña Isabel, que se había arrodillado junto al cadáver de la reina.

Men Rodríguez sintió miedo, un miedo sordo, horrible, un miedo que jamás había sentido, dentro de aquella cámara y huyó de ella : por algun tiempo vagó

como un loco por el castillo, en medio de los balles-teros de maza, asombrados y doloridos con el dolor de aquel buen caballero, á quien todos los leales al rey amaban : de repente, en las habitaciones del alcaide, Men Rodríguez se detuvo junto á una mesa donde había recado de escribir y algunos pergaminos; tomó una pluma y escribió estas solas palabras, que iban dirigidas al rey:

— «¡Señor! ¡señor! ¡rogad á Dios por el alma de la reina doña Blanca!»

CAPITULO V.

De cómo recibió el rey la noticia de que era viudo de su segunda mujer.

JUAN Diente se trasladó en pocas horas á Sevilla, llegó al alcázar y se fué en derechura á la cámara del rey.

Don Pedro se paseaba á lo largo de ella, en paso

desigual, contraído el semblante, hosco, pálido, con la palidez de su sombría cólera, y su mirada era á veces la de un loco, á veces la de un tigre hambriento: de tiempo en tiempo murmuraba estas palabras que no habia cesado de repetir desde la muerte de Juan Tenorio:

—¡Ella, mi esposa! ¡él, mi hermano!

Desde aquella muerte ni habia visto á la Padilla, ni habia salido de su cámara, ni habia dormido, ni to-



Muerte de la reina doña Blanca.

mado mas alimento que el necesario para no morir: Pero Lope de Padilla, Hinestrosa, todos sus allegados, todos sus caballeros habian sido rechazados, y los camareros hacian temblar á la córte refiriéndoles el estado del rey, porque de aquel estado se temia que emanase una cosa terrible.

A pesar de la rigorosa incomunicacion en que se habia constituido el rey, nadie se atrevió á impedir á Juan Diente que llegase hasta él, porque sabian que jamás habia sido comprendido el rudo balletero en el extrañamiento general. Así, pues, el leal Juan, entró en un momento en que el rey, creyéndose solo, se

entregaba á uno de sus accesos de furor, de aquel furor, que segun el dicho del balletero era una locura.

—¡Ah! señor, exclamó Juan Diente: ¿qué haceis? ¡oh! ¡cómo se conoce que yo estoy lejos de vuestra señoría!

Y lanzándose al rey le sujetó con sus fuerzas de toro, á pesar de que don Pedro era escesivamente forzado.

—Suelta, traidor, suelta, exclamó el rey retorciéndose inútilmente entre sus brazos.

—¡Soltar! ¡soltar! seria necesario que me hicieran pedazos, exclamó el balletero... y no vuelvo á sepa-

rame de vos... no, aunque me lo mandeis... ¡Dios mio! ¡si tardo un momento, vos mismo os hubierais hecho pedazos!

—¡Ah! ¡eres tú, Juan! exclamó el rey dejando de forcejar: suéltame, suéltame... y no temas... no... ¡matarme yo...! ¡matarme, cuando en vez de sangre corre miel por mis venas...! ¡cuando necesito mas que nunca vengarme...! ¡no! ¡no! cuando los haya esterminado á todos... entonces... entonces, si... será preciso morir porque... porque no se puede vivir con el corazón seco... abrasado... reducido á cenizas ardientes... ¡oh! ¡oh! ¡todos! ¡todos! ¡y ella! ¡y él!

—¿Pero qué sucede, señor...? exclamó Juan Diente aterrado.

—¡Qué sucede...! yo no se lo he dicho á nadie... pero á tí... tú eres mi conciencia... y luego... tú no eres ambicioso... tú no eres infame... eres mi mejor vasallo... mi único amigo... los demás, los demás... todos, son traidores... y ella tambien... y él tambien.

—¿Pero quiénes son esa ella y ese él?

—Ella... escucha ella, hace algunos años era una simple hidalga, pobre, reducida á servir como dama á la mujer de Alburquerque... pero era hermosa y falaz... yo muy jóven... y... me casaron con ella.

—¡Doña Marial! ¡la reina! exclamó asombrado y trémulo Juan Diente.

—No; no es la reina, no es mi esposa... porque Dios y yo, sabemos tan solo que lo es, y algunos testigos, pues bien: quemaré los pergaminos que prueban mi matrimonio con ella, mataré á los testigos que lo presenciaron, la mataré á ella, diré á mis reinos: esa mujer que he muerto, era una manceba vil que me ha hecho traicion... que me tenia hechizado... ¡oh! si, si; me tenia hechizado... por ella he condenado á la desgracia á una reina noble y pura que me ama... pues bien: esa reina infeliz ocupará mi lecho y mi trono... y la haré tan dichosa que me perdone bien su cautiverio. Mira Juan: vé y trae á la reina... tú eres bastante para ello; y si pareciere poca tu afeurnia, te ennobleceré y te haré rico-hombre, como he hecho con ese miserable Sanabria.

Juan Diente, miraba atónito al rey sin comprender una palabra de cuanto decia.

—¡Que vuestra esposa, y vuestro mas leal vasallo os han hecho traicion! dijo al fin con acento de asombro.

—Si, si; todos me hacen traicion; y mira, mira, añadió el rey yendo á una mesa y sacando de uno de sus cajones un pergamino: he aquí lo que me avisan.

—¡La gran compañía ha pasado los montes Pirineos! exclamó ferozmente Juan: ¡es decir, que el Bastardo mal escarmentado vuelve!

—¿Y en qué circunstancias? exclamó el rey.

—No pueden ser mejores: teneis sujeto á Aragon, las arcas llenas, restablecido en el trono de Granada Mojanmet V, tratado el casamento de vuestra hija la infanta doña Beatriz, con un hijo de vuestro primo el rey de Portugal: contenida la nobleza...

—Y mi corazón... ¿crees tú que yo aprecio ahora en algo la corona? ¿no te he dicho que doña María, y Men Rodriguez se aman?

—¡Locura! ¡locura! exclamó enteramente escandalizado Juan Diente: sin duda señor, os han dado algun bebedizo que os perturba la razon.

—No, no: doña María huye de mí...

—Doña María se ve duramente tratada.

—Men Rodriguez...

—Men Rodriguez os es mas leal que nunca, y lo que está haciendo ahora mismo en Jerez...

—¿Cómo! ¿ha encontrado á esa Leida, á esa judía, cristiana ó mora, cuya venganza misteriosa siento por todas partes?

—Lo que hemos encontrado señor, es un suceso que está en discordancia con algunas de las palabras

que acabo de oiros... la reina, esa reina que pensais traer á vuestro lado, ha sido trasladada del alcázar de Jerez al castillo.

—Que ha sido trasladada la reina...

—Si señor, y el alcaide del castillo Íñigo Ortiz de Zúñiga, ha sido relevado por el ballestero de maza, Juan Perez de Rebolledo.

—¿Y quién ha hecho todo eso? exclamó con cólera el rey.

—¡Ah! ¡ya sabia yo que debian jugar en el negocio órdenes falsas!

—¿Cómo!

—Todos esos hechos se han llevado á cabo, por medio de órdenes de vuestra señoría.

—¡Ira de Dios! exclamó el rey, cuyos ojos centellearon: he aquí, he aquí los frutos de tu descuido... he aquí que de nuevo asoman las cédulas en blanco que te dí en mal hora.

—No ha sido mia la culpa, señor, sino vuestra.

—¡Mia! exclamó el rey.

—Nadie está libre de un robo, y pergaminos en blanco, autorizados como aquellos... además señor, ¿no os robaron en vuestra misma cámara, que vos habiais dejado cerrada, un tesoro?

Meditó el rey un momento, y luego dijo volviéndose bruscamte al ballestero.

—Es necesario partir hoy mismo á Jerez: es necesario averiguar, poner en claro, concluir de una vez.

—Pues bien, señor, partamos cuanto antes: á pesar de que se ha quedado allí Men Rodriguez resuelto á todo trance á proteger á la reina...

—¡A proteger á la reina! ¿pues qué peligro la amenaza? exclamó el rey palideciendo intensamente.

—¿Que peligro? ¿no decis señor que no habeis dado orden alguna para que se traslade á la reina del alcázar al castillo?

—No... yo no he dado esas órdenes... por el contrario pensaba...

—Y para qué quieren aislar á la reina de los leales servidores de que la habiais rodeado.

—¡Oh, Juan Juan! ¡tu prespicacia es una prespicacia horrible...!

—Pero probable... y un presentimiento siniestro...

—Pues bien, partamos al momento, al momento: no necesitamos á nadie... iremos solos: allá con Men Rodriguez hay cien ballesteros de mi guarda: ¡ola, camareros; escuderos; mis ropas de viaje, mis armas y dos caballos!

Inmediatamente fueron cumplidas las órdenes del rey, que un momento despues cabalgaba con Juan Diente en el corral del Apeadero y salia del alcázar y de Sevilla por el postigo del Carbon, y se lanzaron al galope hácia el camino de Jerez, por el que adelantaron con una velocidad maravillosa.

A poca distancia de Sevilla, Juan Diente exclamó viendo venir á un jinete á rienda suelta.

—He ahí que se acerca uno de vuestros ballesteros señor.

—¡Un ballestero! Detente, exclamó el rey, conteniendo su caballo.

—¡Ola, Gabriel de Luque! exclamó Juan Diente, lanzando su caballo hácia el ballestero, á quien habia reconocido.

El ballestero se detuvo y lanzó una mirada al rey que estaba envuelto en su tabardo, y se cubria el rostro con una parte de él.

—¿Es aquel caballero su señoría el rey? dijo.

—¿Buscas al rey? preguntó con acento trémulo por el cuidado Juan Diente.

—Si por cierto.

—¿Quién te envía?

—El señor Men Rodriguez de Sanabria.

—¿Y con que mensaje?

—Con una carta para el rey.

—Dámela.

—El señor Men Rodríguez me ha mandado, so pena de traición que no entregue esta carta á otro persona que á su señoría.

—Señor, dijo Juan Diente, volviéndose al rey: vuestro balletero Gabriel de Luque, trae una carta del señor Men Rodríguez para vuestra señoría.

—Adelante, mi bravo Gabriel, mi buen balletero, dijo el rey descubriéndose y adelantando hácia el mensajero.

Este se arrojó precipitadamente del caballo y doblando una rodilla en el polvo del camino delante del estribo derecho del rey, le entregó un pergamino.

El rey le leyó de una ojeada, lanzó un grito indescrutable, de indignación, de rabia, de cólera: un grito semejante al rugir de un león irritado, y luego alzó los ojos y los puños al cielo en un ademán que equivalía á cien blasfemias.

—¡Señor! ¡señor! exclamó aterrado Juan Diente.

—Toma y lee, dijo el rey con acento ronco y lúgubre, entregando con una mano temblorosa el pergamino á Juan Diente, que al leerle lanzó un rugido semejante aunque mas salvaje que el del rey y volviéndose de todo temor á Dios y de todo respeto al rey, soltó un voto horroroso.

—¡Pronto! ¡pronto! exclamó el rey; tú Gabriel, ve á Sevilla, que doblen todas las campanas de la ciudad durante tres días: que se armen mis escuadrones y que hasta que yo vuelva, no se deje entrar ni salir á nadie en la ciudad, sino á los que lleven mantenimientos.

—¡La órden! señor, dijo temblando el balletero.

—¡La órden! yo te la doy, dala tú en mi nombre, y advierte á los que han de cumplirla que si faltan á ella, se den por muertos... ira de Dios... ¡tú, Gabriel, á Sevilla! ¡nosotros, Juan, á Jerez!

Y como si una legión de demonios le hubiera entrado en el cuerpo, lanzó su caballo, le desgarró los hijares y partió como una exhalación camino de Jerez, con el semblante fatal, sombrío, amenazador, y la mirada tenazmente fija á lo largo del camino, como si hubiera querido atraer á Jerez.

La carta que tal había puesto al rey y á Juan Diente, contenía aquellas terribles frases escritas en un momento de desesperación por Men Rodríguez:

—«¡Señor! ¡señor! ¡rogad á Dios por el alma de la reina doña Blanca!»

LIBRO VIGESIMOPRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo entretanto Leila no se dormía en las pajas.

Cox no menos velocidad que el rey se dirigía á Jerez, se había dirigido, una hora antes, un ginete encubierto á Santiponce á la torre del astrólogo Jonathambí-Arum-ebn-Sina.

Después de algunas precauciones tomadas por el prudentísimo judío, el ginete descabalgó, metió su caballo en la torre, cerróse la puerta, y judío y visitante subieron al laboratorio.

Allí el recién llegado se descubrió:

Era Leila.

—Ha llegado la hora de obrar, le dijo; la hora de que te vengues.

—¡Que ha sonado la hora de la venganza!

—Si, y todo, todo, la gran compañía que, acudida por Beltran Duguesclin ha pasado los Pirineos, la peste negra, que avanza rápidamente hácia Sevilla, y el hambre que empieza á sentirse, todo, todo nos ayuda: ha llegado la hora de que vengues á tu hija.

—Pero para vengarme...

—¡Necesitas dinero! ¡toma!

—¿Y qué es esto?

—Una libranza de veinte mil doblas contra David el Rummy.

—¡Ah! ¡el infame esposo de mi hija es quien me ha de procurar los medios para mi venganza!

—Si, si, pero al momento: prepáralo todo.

—¿Y qué he de hacer?

—Es necesario que los judíos se subleven; que no vendan un solo grano de trigo, aunque por cada uno les dieran un tesoro.

—Pero los judíos solos, abandonados....

—¿Y quién te ha dicho que están solos...? ¿qué no me apoyaría yo mas que en esa raza miserable y envilecida? no, no, ellos me ayudarán es cierto, contribuyendo á que el pueblo de Sevilla sienta la rabia del hambre... pero yo les ayudaré con todo mi ejército.

—¿Y qué ejército es ese?

—Primero el pueblo irritado por el hambre y por la peste: luego la canalla comprada á cuyo frente irán mis trescientos valientes hermanos de Nuestra Señora de Rocamador.

—Jugamos la cabeza, dijo temblando el judío.

—¿Acaso no la tienes jugada ya? ¿acaso no has hecho tú el filtro que ha matado á doña Blanca de Borbon? El judío palideció y tembló.

—¡Oh! ¡qué venganza tan horrible! dijo.

—Si, si, horrible, infernal... pero era preciso herirle, herirle en el alma, en el corazón, en la cabeza; ¿y qué importa? el mundo incendiaría yo por vengarme: ese rey me lo ha robado todo: padres, hermanos, amor, nombre... libertad... porque yo al fin no soy mas que una esclava fugitiva... y á ti, á tí te ha robado tu hija.

—Si, venguémonos, exclamó con acento profundo el judío.

—Pues pronto, deja este nido de grajos, y vente conmigo á Sevilla.

—¿Y para qué?

—Podrá suceder que el rey avisado de la muerte de la reina doña Blanca, cierre las puertas de Sevilla para asegurarse algunas cabezas, y es necesario que nosotros nos encerremos con él.

—Vamos, pues, dijo el judío comprendiendo á Leila, que por su parte había adivinado las intenciones del rey.

Bajaron entrambos del laboratorio, sacaron el caballo, cerró el judío la puerta de hierro y cabalgó á la grupa. Una hora después entraban en la judería. Jonatham, que había desmontado á alguna distancia de la puerta de Adohar, entró en el barrio de sus compatriotas por distinta puerta que Leila, se encaminó á casa de David el Rummy, cobró la libranza y empezó á recorrer las casas de los judíos que tenían graneros.

Leila entretanto se encaminó á la casa de don Simuel Levi donde encontró al tesorero, que al verla palideció y se echó á temblar.

—¿Que quieres de mí vivira humana, la dijo, no estas satisfecha aun?

—Aun no hemos concluido, dijo Leila: pero nos encontramos en el último paso. Entretanto observo que ya no está guardada tu casa.

—Es que ya nada hay en ella que guardar.

—Si, si, ya sé que anoche, el rey Bermejo, sus reyes y sus emires, fueron infamemente presos faltando á las leyes de la hospitalidad, casa del maestro de Santiago don Garcia de Toledo, que por órden del rey los había convidado á cenar; sé que el rey con una vergonzosa avaricia, se ha apoderado de sus tesoros que ha guardado estos con los que tiene enterrados en Carmona, y al rey y á los suyos en las mazmorras de las Atarazanas (1); todo eso lo sabia pero creía que el rey seguía guardándote preso en tu casa.

(1) He aquí como refiere este hecho un historiador mo-

—Si, si, el rey me ha dejado libre para mi mal, puesto que me deja entregado á tí.

—¿Acaso lo estabas antes menos? ¿no te tengo en mis manos?

—Y ¿que quieres?

—Es necesario que salgas al momento de Sevilla.

—¿Que salga de Sevilla...? ¿y para qué?

—Mañana no ha de entrar un solo pan, ni un solo saco de trigo en Sevilla, ni carnes, ni legumbres, ni mantenimientos de ningun género.

—¡Pero eso costará un tesoro!

—Gasta, gasta y da en tierra con el rey, por que de otro modo el rey dará en tierra contigo.

—¿Es decir que me pides mi última traicion?

—Pero traicion decisiva: si triunfamos, estás asegurado de todo punto; don Enrique que avanza por los Pirineos, te recompensará, si le ayudas á vencer á su enemigo.

—¡Oh! no hay remedio; no hay remedio, murmuró don Simuel, paseándose agitado á lo largo de su cámara; si resisto... esta mujer infernal que me tiene en sus manos, me entregará al rey... pues bien apuremos la copa y sirvámosla por la última vez. Dios quiera que aunque demos al traste con don Pedro no encuentre medios de sujetarme despues á su voluntad. Estoy pronto dijo deteniéndose de repente delante de Leila, pálido como un difunto y con la mirada vaga y estraviada: ¿que hay que hacer?

—Impedir que desde mañana entren en Sevilla, mantenimientos, y además.....

—Además que.....

—Las campanas parece que se unen á mi pensamiento dijo Leila.

En aquel punto oyóse, semejante á una explosion de sonidos vibrantes, el clamor de todas las campanas de Sevilla, que doblaban á muerto, sobre el cual retumbaba, como la voz de un gigante, la campana mayor de la iglesia de Santa Maria de la Sede.

—¡Oh! ¿qué es esto? exclamó el judío: ¿quién ha muerto que así retumban todas las campanas de la ciudad? ¡santo Dios de Israel!

—La reina doña Blanca de Borbon, contestó con acento lúgubre Leila.

—¡La reina doña Blanca! exclamó aterrado el judío... y tú, tú...

—Si, la he matado yo... pero es preciso que todo el mundo crea en Sevilla que la ha matado el rey.

—¡Y yo...!

—Tú puedes hacerlo.

—¿Que puedo yo hacer que se crea que el rey ha asesinado á su esposa?

—Si por cierto; todo se reduce á que gastes algun oro entre la canalla, de modo que en todas las tabernas, en todos los burdeles, en todas las calles, corra ese rumor siniestro.

—Que saliendo de las bocas de la hez del pueblo, no tendrá crédito.

—De la hez pasará á los mecánicos, á los trabajadores, á los mercaderes: de estos á los hidalgos; de los mendigos á los nobles... junto esto con la carestía primero, despues con la falta total de alimentos y

derno: Algunos dias despues (hace referencia á la ida del rey Bermejo á Sevilla) Abou'l-Sayd y los principales emires granadinos, fueron convidados á una comida de ceremonia, casa del maestro Santiago. Aun estaban en la mesa, cuando vieron entrar en la sala, á la cabeza de los balleros de la guardia, á Martin Lopez, camarero del rey y ejecutor ordinario de sus mas rigurosas órdenes. Prendió al rey moro y á los principales de sus consejeros, y al mismo tiempo se aseguraron en la judería de los de su séquito, y se apoderaron de sus bagajes. Todos juntos fueron conducidos á la *Tarazona*, despues de haberlos despojado de las magnificas pederías con que se adornaban ó que habian ocultado en sus vestidos, y confundidos en un calabozo, esperaron dos dias la sentencia del rey.

(Mr. Prospero Merimee, historia de don Pedro de Castilla.)

al fin con la peste negra, que se nos echará encima de un momento á otro, será bastante para que el pueblo se amotine y haga pedazos al rey.

—Eres un demonio Leila.

—Si lo soy me han obligado á serlo. Cuento pues contigo, Simuel; y como hago falta en otra parte, te dejo; pero no sin aconsejarte que no pierdas un momento para poner en práctica lo que te he ordenado, por que creo que antes de mucho han de estar cerradas las puertas de Sevilla.

—¡Y te quedas!

—Me quedo.

—¡Oh! pues yo... nó... nó... ahora mismo voy á disponer mi viaje.

—¿Y donde podré encontrarte?

—¿Donde? en Toledo, dijo don Simuel despues de meditar un momento.

—En ese caso adios: y ten presente que si te me pierdes, sabré encontrarte aunque te escondas en el fondo de los mares.

Dicho esto Leila salió dejando aterrado al judío.

Una vez en la calle, lo mismo en la judería que en la ciudad, notó una agitacion sorda; las menestrales salian á las puertas de sus tiendas, el vecindario hablaba de ventana á ventana, y era frecuente ver un caballero armado, que corria hácia el alcázar, sin cuidarse de si atropellaba ó no á los transeuntes.

—¿Qué es esto? decian unos; ¿á qué tanto doble? ¿á qué tanta gente armada? si tocasen á rebato, lo entenderiamos, pero tocando á muerto.....

—Es que doblan, por la peste negra que ya está en Jerez, decia otro, y sin duda para espantarla se arman los caballeros del rey.

—No, no; reponian: es que van á matar al rey Bermejo.

—Pero eso no puede ser, enmendaba otro interlocutor, solo se dobla por los cristianos, y los moros adoran el zancarron de Mahoma.

—Es que el rey es mas mero que cristiano, decia un atrevido, y quiere sin duda dar ruido y pompa á la venganza que va á liacer en el enemigo de su aliado el rey de Granada... pero debia en ese caso haber mandado repicar.

—No es nada de eso, saltaba un nuevo hablador: es que el rey cansado de cortar cabezas se va á meter fraile.

—Bien, nada de eso es, dijo Leila al oido de una vieja: es que el rey ha dado muerte á la reina doña Blanca.

Y antes de que la vieja pudiera reparar en quién la habia dado una noticia de tanto bulto, desapareció Leila.

Pero el golpe estaba dado: la vieja trasmitió con gran misterio este noticia á sus vecinas, y el conocimiento de aquel hecho terrible, estendiéndose de calle en calle, como se estiende una mancha de aceite sobre un papel de estraza, invadió á Sevilla.

—Y ¡la reina doña Blanca ha muerto! se decia en voz alta y ¡la ha asesinado el rey por casarse con la Padilla! corria de oido en oido.

El pueblo siempre obra impulsado por un sentimiento generoso, y esta noticia le indignó y le predispuso en contra del rey.

La primera chispa del incendio que debia estallar entre las masas, habia prendido en ella arrojado por Leila, y esta antes de llegar á su casa, habia notado con placer, la profunda indignacion que habia causado la noticia de aquel crimen.

Cuando entró Leila en su casa, encontró sentada en un ángulo de la habitacion mas opuesta á Isabel-la-Liebre, inmóvil, sombría, fija la mirada, en que habia algo de insensato.

—¡Oh! esto es demasiado, dijo Leila; será necesario á pesar de todo y despues de que hayamos concluido averiguar el paradero de Pedro-el-Negro.

CAPITULO II.

En que se ve que no era todo pedernal el corazon del rey don Pedro.

Horrible fue lo que aconteció en Jerez.

El rey sin dejar de correr un solo momento, llegó á aquella ciudad en muy pocas horas, y sin entrar en ella se encaminó al castillo.

Salióle al encuentro Men Rodriguez de Sanabria pálido, aterrado, mudo: el rey lanzó sobre él una mirada hosca, y sin desmontar le mostró la brevísima carta que el jóven le habia enviado.

—¿Has escrito esto? le dijo.

Men Rodriguez reconoció la carta sin leerla, y contestó con voz ronca:

—Si señor.

—¿Con que es cierto? ¿con que la reina ha muerto?

—La reina ha muerto, repitió lúgubrementé Men Rodriguez.

—¿Y qué has hecho tu, el mas leal de mis vasallos? dijo con un duro acento de sarcasmo el rey.

—Sin considerar á lo que me esponia, pensando solo en vuestro servicio, me apoderé del castillo con los cien ballesteros que me habiais dado, y llegué á tiempo de ver morir á su señoría.

El rey desmontó, y arrojó las riendas de su caballo á Juan Diente.

—¿Y no has hecho mas? dijo el rey.

—Si, por cierto, señor, he preso al antiguo alcaide Inigo Ortiz de Zúñiga, y á Juan Perez de Rebolledo que le habia sustituido: he detenido al obispo Gudiel, y al despensero Tel Gonzalez Palomeque, y he esperado ansioso la venida de vuestra señoría.

—Precédeme, Juan, dijo el rey, y que dispongan un dosel de justicia en la sala-rica del castillo.

—¡En la sala-rica! ¡en ella ha espirado la reina, señor! ¡en ella yace sobre paños negros entre cuatro blandos!

Al escuchar esto Juan Diente, se detuvo.

—¿Qué esperas? gritó colérico el rey: ¿no oyes que quiero que se disponga mi dosel de justicia en la sala-rica del castillo de Jerez?

Juan Diente partió, llevando consigo los caballos y desapareció por la poterna.

—Y tú, traidor, dijo el rey volviéndose á Men Rodriguez, ¿cómo no has impedido esa muerte?

—¡Me llamais traidor! exclamó Men Rodriguez deteniéndose pálido y conmovido, y fijando en el rey una suprema mirada de queja.

—¿Por qué no has impedido la muerte de la reina? dijo con menos dureza el rey.

—Cuando llegué no habia remedio en lo humano, contestó tristemente el jóven.

—¡Infeliz! ¡infeliz! exclamó conmovido el rey.

—Pero llegué á tiempo, continuó Men Rodriguez, de encargarme de cumplir la última voluntad de la reina.

—Y esa voluntad...

—Tomad, señor, dijo Men Rodriguez, sacando con un religioso respeto de su escarcela y envuelto en un paño de seda, el medallon que le habia entregado la reina al morir.

—¡Mi retrato! exclamó el rey conmovido.

—Doña Blanca, continuó Men Rodriguez, cuya voz era trémula, le sacó de su seno, de sobre su corazon, y le besó espirante antes de entregármele.

—¡Ah! exclamó el rey cuya colérica palidez se hacia cada vez mas densa.

Men Rodriguez respetando lo profundo, lo desgarrador de la exclamacion del rey, guardó silencio.

—Sigue, sigue, Sanabria, dijo el rey; quiero apurar el tósigo hasta las heces; quiero saber uno á uno todos los pormenores... ¿que importa...? esto me dará todas las fuerzas que necesito porque quiero hacer

mucho, mucho... y tanto, que cause horror á las gentes venideras.

Y el acento del rey al pronunciar estas palabras era el de un insensato.

—La reina me dijo, espirante ya, estas palabras, que están zumbando continuamente en mis oídos «tomad: es su retrato: llevádselo como una prenda de mi amor: decidle que muero amándole.»

La palidez del rey al escuchar estas palabras se hizo sobrenatural; era una palidez azulada tras la cual se veia temblar la cólera; sus labios contraídos y blancos se agitaban en una convulsion continua, y sus ojos lúcidos, terribles, mostraban una sombría mirada en que estaba pintada la muerte.

Men Rodriguez se estremeció, ante el intenso, sin igual dolor que representaba el aspecto del rey y olvidándose de su posicion de vasallo, de lo fatal que habia sido á sus afectos el rey, le asió una mano.

—Cuánto sufris, señor, le dijo.

—¿Y tu me compadece! exclamó el rey con una intencion que, como conocen nuestros lectores, no podia comprender Men Rodriguez.

—¡Compadeceos yo señor...! dijo el jóven admirado por la entonacion particular de las últimas palabras del rey; pues bien, si, os compadezco porque...

—¿Por qué?

—La situacion en que os encontráis...

—¿Y quién te ha dicho que esta situacion me aflija? ¿por qué te atreves á interpretar segun tu corazon mis palabras? tu corazon nada tiene de semejante al mio: yo soy rey, tu es hombre. Adelante, Sanabria, adelante: entremos en el castillo: ya debe estar preparado nuestro dosel de justicia; adelante, Sanabria, adelante.

Y partió hácia el castillo, seguido de Men Rodriguez, através con paso firme el puente, y pasó bajo la chata bóveda de la poterna, con la cabeza erguida y amenazadora, por entre los ballesteros de maza, que al pasar el rey, chocaron en señal de honor sus partesanas contra sus escudos.

En las galerias encontró el rey á Juan Diente.

—¿Está dispuesto todo? le dijo.

—Si, señor, contestó el balletero.

—Y tu, Sanabria, ¿dices que tienes detenidos en el castillo al obispo Gudiel, á Gonzalez Palomeque, á Inigo Ortiz de Zúñiga, y á Juan Perez de Rebolledo?

—Si, señor.

—Pues bien, vé por ellos, y tráelos á la sala-rica: despues asegura la puerta con una guarda de diez ballesteros y avisame: sígueme, Juan.

Y el rey seguido de su confidente se metió en una cámara inmediata.

El balletero permaneció á algunos pasos de la puerta en una actitud respetuosa, mientras don Pedro se paseaba agitado á lo largo de la cámara.

De improviso se detuvo delante de Juan Diente.

—¿Has observado, Juan, le dijo, hasta dónde puede llegar el disimulo de un traidor?

—Sino me decis quien es el traidor, contestó Juan Diente, no podré contestar como quisiera á vuestra señoría.

—Te has obstinado en no creer traidor á Men Rodriguez, y sin embargo se ha atrevido á decirme: os compadezco, señor.

—Sino os ha dicho mas que eso y por ello le creis traidor, tenedme por tal tambien, porque me causais compasion.

—Yo comprendo que tu me compadezcas, Juan, porque conoces cuanto sufro: ¡pero que me compadezca él, el, el miserable...! ¡oh! su compasion es una burla cruel, un horrible insulto... necesito la cabeza de ese hombre, Juan.

—Si la necesitais, tomadla vos, pero no me la pidais á mi; no, de ningun modo; no os la daria.

—¡Que no me la darías! exclamó el rey mirándole fijamente.

—No, porque yo no asesino: yo he cumplido, cumplo y cumpliré la justicia de vuestra señoría pero un asesinato, ciego, á sangre fría, miserable, cruel... no, eso no.

—¿Y crees tú, dijo el rey mirando fijamente al ballestero, que la muerte de Men Rodríguez sería un asesinato?

—No solo un asesinato, sino una imprudencia.

—¡Una imprudencia!

—Si señor: si matais á Men Rodríguez, ¿dónde encontraréis un vasallo que valga mas que él, ni tanto como él?

—Es verdad, dijo el rey, no me queda al lado nadie; nadie de quien me pueda fiar.

Y adoptando un silencio sombrío, volvió á pasear por la cámara pálido y escitado.

Juan Diente no se atrevió á romper aquel silencio, porque conocía claro que el rey se hallaba en una de las situaciones tan comunes en él, y que era necesario dejar pasar.

Poco despues apareció en la puerta de la cámara Men Rodríguez de Sanabria, no menós sombrío que el rey, y dijo:

—Señor, las personas que me habeis mandado llevar á la sala-rica, están en ella.

El rey salió violentamente de la cámara y entró poco despues en la sala-rica. Men Rodríguez y Juan Diente entraron tambien, pero no pasaron de la puerta. El ballestero quedó algo mas atrás que Men Rodríguez, entre los tapiques, por respeto.

El espectáculo que se presentó á los ojos de don Pedro era terrible: en medio de la sala que era estensa, sobre un lecho mortuorio, cubierto por un reposero de terciopelo negro, en cuyos cuatro lados se veían bordadas en oro y colores los blasones de Leon y de Castilla con un cirio encendido en cada ángulo, estaba el cadáver de la reina, vestido de blanco y ceñidos los cabellos por una corona de rosas encarnadas.

Al frente del lecho fúnebre había un dosel rojo, y en él, sobre las gradas, una silla real: delante del dosel y á alguna distancia de él, había cuatro hombres pálidos, consternados, temblorosos, en los cuales se fijó la iracunda é inmóvil mirada del rey, que sin apartarla de ellos, atravesó con el paso lento y marcado del tigre que se acerca á su presa, hasta el dosel, cuyas gradas subió con la misma lentitud.

Luego se sentó en el sillón, se replegó, apoyó su rostro en una de sus manos, cuyas uñas se clavaban en su carne, y con la mirada siempre lúcida permaneció por algunos momentos mirando aquellos cuatro hombres, diferentes en condicion, pero que igualmente aterrados clavaban en el suelo su cobarde mirada.

Aquellos hombres eran don Pero Gomez Gudiel, obispo de Segovia, Tel Gonzalez Palomeque, despensero mayor del rey, Íñigo Ortiz de Zúñiga y Juan Perez de Rebolledo, su ballestero de maza.

Por algun tiempo, como hemos dicho, la mirada del rey devoró á aquellas cuatro personas, intensa, terrible, amenazadora, letal; y lo dominó todo: el mas profundo silencio que solo rompian de cuando en cuando, de una manera lúgubre, el chascarar de los cirios amarillos que alumbraban el cadáver.

Al fin la voz del rey, lenta, grave y gutural, rompió aquel silencio.

—Reverend padre en Cristo, obispo de Segovia, don Pero Gomez Gudiel, nuestro leal vasallo, dijo el rey estremeciendo con el timbre particular de cada una de sus palabras, al obispo.

—¿Que me mandais, señor? dijo el prelado, con voz apenas inteligible.

—¿Quien es esa, que tenemos muerta ante nos? preguntó el rey con acento nervioso y vibrante.

—Es la reina doña Blanca de Borbon, señor, contestó, alentando apenas el obispo.

—¿Y tú que dices Tel Gonzalez Palomeque, mi leal vasallo? añadió, recargando mas su acento el rey.

—Digo señor... que... es la reina, respondió enternamente aterrado el noble.

—¿Y os entregamos así nuestra noble y desventurada esposa? continuó el rey, arrojando una cobarde mirada al cadáver, y con un acento amenazador al principio, y profundamente conmovido al fin.

—No, no señor, contestó el obispo, atreviéndose á mirar al rey: nos la entregasteis jóven, hermosa, llena de vida y de esperanza....

—¡Poder de Dios! exclamó el rey: y ahora que os pido á mi esposa ¿como me la entregareis, traidores?

—Nosotros la entregamos sana y salva, casi contenta, á quien vuestra señoría nos mandó que la entregásemos, y nos disponiamos á salir de Jerez para nuestras tierras, obedeciendo tambien vuestro real mandato, cuando el señor Men Rodríguez de Sanabria, nos detuvo, prendiéndonos, sin que supiesemos por qué, en nombre de vuestra señoría.

—¿Que os he mandado entregar á la reina? ¡mentis! ¿que os he mandado ir á vuestras tierras? ¡mentis tambien! exclamó con voz tonante el rey.

—Conservamos vuestras órdenes en nuestro poder para descargo, contestó ya con mas ánimo el obispo.

—Pues bien, mostrad esas órdenes, dijo el rey.

Aun mismo tiempo y apretadamente, sacaron el obispo y el despensero mayor unos pergaminos de sus escarcelas, se acercaron al dosel, hincaron una rodilla y entregaron los pergaminos al rey.

Don Pedro los leyó rápidamente, y buscando en el fondo de la sala á Juan Diente, desplomó sobre él una mirada terrible, que queria decir:

—He aquí los resultados de tu descuido: he aquí que al fin encontramos teñidas en sangre aquellas fatales cédulas.

Gudiel y Palomeque permanecian aun de rodillas.

—Alzad, dijo el rey, y contestadme en verdad. ¿Quien os presentó estas órdenes?

—El alcaide del castillo Íñigo Ortiz de Zúñiga, contestó el obispo.

—¡Ah! ¿con que tú fuiste? exclamó el rey, volviéndose ferozmente al alcaide.

—Yo fui señor, pero obraba tambien por orden vuestra.

Y adelantando hasta el dosel hincó una rodilla, y presentó al rey un pergamino del cual, como de los otros, pendia el sello real.

El rey leyó rápidamente aquel escrito y le arrugó furioso entre sus manos.

—Y tú, Rebolledo, tú, que fuiste el último que te encargaste de la reina, ¿lienes tambien otra orden mia para descargo?

—No una, sino dos, dijo roncamente el ballestero; una encargándome la guarda de su señoría, otra prescribiéndome la entregase al agonizante Sancho, para que hiciese de ella lo que mandase el rey.

—Yo me negué á matar á la reina, señor, porque no me inspiraba confianza la orden que habia recibido, dijo Íñigo Ortiz de Zúñiga, y la misma observacion hice á Juan Perez de Rebolledo, cuando se me presentó con otra orden en que se me mandaba entregar la alcaldía, y que os he entregado señor.

—¿Y la orden en que te se mandaba entregar la reina al verdugo?

—Me la recogieron señor y me prendieron.

—Y tú miserable, dijo el rey, volviéndose á Rebolledo, ¿por qué no seguiste el ejemplo de mi leal Zúñiga?

—Yo he obedecido ciegamente siempre las órdenes de vuestra señoría, contestó con un tanto de audacia Rebolledo.

—Pues quien ciegamente obra, exclamó el rey, ya sea para el bien ó para el mal se espone á dar en un abismo.

—¿Y porqué, dijo Juan Diente adelantando, te negaste Rebolledo á recibir en el castillo y en tan graves circunstancias al señor Men-Rodriguez de Sanabria? ¿porque le obligaste á que, presintiendo una desdicha, tomara el castillo á viva fuerza, como si se hubiera tratado de un castillo aragonés? ¿Porque no preguntaste al menos al señor Men-Rodriguez, á que le enviaba el rey? entonces te hubiera dicho...

El rey interrumpió á Juan Diente.

—Adelantad, señor Men-Rodriguez, dijo, y deponed ante nos lo que sepais.

Men-Rodriguez adelantó y pasó, estremeciéndose, junto al cadáver de la reina para llegar al trono.

Entonces, de una manera clara y precisa, refirió cuanto le habia acontecido aquella noche funesta, desde que al ir al alcázar, habia sabido que la reina estaba en el castillo: la prision en el campo de la reina y su entrega violenta á Juan-Perez de Rebolledo.

—Yo, continuó el jóven, no la hubiera entregado señor, porque veia mucho de extraño en la traslacion de su señoría del alcázar al castillo; porque además, un presentimiento funesto me comprimía el corazon anunciándome una desdicha: si ese hombre (y señalaba á Rebolledo), hubiera sido mas respetuoso con un rico-hombre honrado por el rey y que goza fama de leal, nos hubieramos entendido, se habria obrado con calma, se hubiera avisado á vuestra señoría, y no nos hallariamos en el doloroso caso en que nos encontramos.

—¡Es decir, Rebolledo, que tu te has creído mas espermentado, mas sabio, no solo que lüigo Ortiz de Zúñiga, superior á tí en calidad, oficio, lealtad y prudencia; que un rico-hombre, que vive á mi lado, que conoce mis proyectos, y que hubiera podido servirte de guía!

—¡Señor! ¡señor! exclamó Rebolledo dejándose caer despojado de rodillas.

—Haces bien de arrodillarte, traidor, exclamó don Pedro, echando mano de una manera furiosa á su puñal; pero no te arrodilles para pedir gracia al rey, sino perden á Dios, porque vas á morir.

Rebolledo, asustado se levantó de un salto y retrocedió; el rey se levantó fuera de sí, bajó las gradas del dosel, y avanzó un paso, pero se contuvo, quitó la mano de sobre el pomo de su puñal, y volvió á sentarse en el sillón.

—Acércate, Rebolledo, y responde, le dijo.

Rebolledo se acercó pálido como un cadáver.

—¿Quién te presentó esas órdenes? dijo el rey.

—Un paje de vuestra señoría, á quien acompañaba el secretario Alvar Yañez.

—¡Un paje como de diez y seis á diez y ocho años, hermoso, muy hermosos!

—Si señor, tan hermoso como una mujer.

—¡Y no te inspiró sospechas, como á Zúñiga, el que yo me valiese de un paje para estos asuntos!

—Yo señor creí...

—Pues creiste mal... ¡ola Juan Diente! apodérate de ese hombre y hazle colgar de una almena.

—¡Señor! ¡señor! exclamó Rebolledo.

—Pero Juan Diente no le dió lugar á concluir: sabemos que el brabo ballestero se las habia jurado, ofendido por la insolencia de Rebolledo, y aprovechaba con placer la ocasion, que tan limpiamente se le venia á las manos. Así es que arroyó bajo sus puños de hierro á Juan-Perez, le arrastró consigo y desapareció con él murmurando:

—¡Era preciso que alguna vez te las entendieses conmigo, y ha llegado la hora!

—Y vosotros, añadió el rey, volviéndose al obispo y al dispensero mayor, vosotros torpes é imbéciles,

que no habeis sabido evitar el horroroso crimen, que la traicion, el odio y la astucia han perpetrado en la infeliz doña Blanca, salid desterrados de mis reinos para siempre jamás, sin sacar de ellos mas que lo que podais llevar encima. Lo demás me pertenece.

Estraño carácter de aquel rey, en cuyas mas solemnes situaciones, asomaba siempre la avaricia.

Gudiel y Tel-Gonzalez, quedaron absortos inmóviles y mudos al sentir sobre sí un castigo, cuya conciencia no les decia habian merecido.

—¡Y pronto! ¡pronto! exclamó colérico el rey, si no quereis ya que me arrepienta y os haga ahorcar como villanos.

—Haced lo que podeis de nosotros y de lo nuestro, señor, dijo el obispo; pero para que sepamos que no nos teneis por traidores, permitidnos besar por la última vez vuestra mano.

—¡Partid! dijo el rey con acento ronco.

—Adios señor, dijo el obispo, profundamente conmovido: que el Señor no os tome en cuenta la injusticia que haceis con vuestros servidores. Que os proteja Dios, señor.

Una llamarada de cólera brilló en el semblante del rey, que se contuvo sin embargo; y el obispo y el dispensero mayor se retiraron lentamente, se detuvieron junto á la reina, y besaron sus heladas manos á falta de las del rey.

Después el obispo, bendijo el cadáver, y exclamó con la voz alterada por el llanto:

—¡Adios, reina y señora: los que te han amado en la tierra, te ruegan que pidas á Dios por ellos en el cielo!

Después de estas solemnes palabras que penetraron á pesar de su furor en el corazon del rey, el obispo y el noble, salieron en paso lento.

—Y tú, dijo el rey á Zúñiga, que le escuchaba temblando, tú, que no has hecho mas que lo que has podido hacer, continúa en esta alcaidía, y sigue siéndome leal, sino quieres que haga contigo lo que hago con los traidores.

Zúñiga abrazó en su alegría, alegría inesperada, las rodillas del rey.

—Vete, le dijo don Pedro.

El alcaide salió, y quedaron solos el rey y Men-Rodriguez.

—¡Ha sido ella! ¡ella! ¡esa terrible mujer, esa Leila! y miraba y remiraba las funestas cédulas que habian causado la muerte de la reina: ella, esa Leila á quien te habia mandado que prendieras.

—No he podido haberla á las manos, señor, contestó Men-Rodriguez: á esa mujer debe ayudarla Satanás.

—Pues guárdate de ella, Men-Rodriguez, porque esa mujer es tu enemigo personal y te matará ó te perderá.

—¡Mi enemigo personal, señor!

—Si, esa mujer te ama.

—¡Que me ama...! yo creia que solo una mujer me habia amado.

Nublóse el semblante del rey.

—¡Y quien es esa mujer...! dijo posando una mirada profundamente observadora en el semblante del jóven... ¡es acaso mi hermana doña Beatriz!

—Doña Beatriz y yo somos hermanos, no mas que hermanos.

—Pues si no es doña Beatriz, no comprendo, dijo el rey con acento receloso: ¡acaso doña Aldonza Coronel!

—¡Ignoro si doña Aldonza me ha amado: yo solo me referia...

—¿A quién?

A la desdichada doña Isabel Nuñez de Lara.

Dijo estas palabras Men-Rodriguez con tal sinceridad, con tal pasion, que el semblante del rey se esclareció.

—Yo pensaba que tenías otros amores, Sanabria, dijo, insistiendo aun en los horribles zelos que le causaba el jóven.

—Os habeis engañado, señor.

—No tengo yo la culpa, si conocia algunos indicios.

—¿Indicios de que yo ame á otra mujer, que no sea doña Isabel? dijo con tristísima estrañeza Men Rodríguez.

—Sí, indicios que consisten en una carta que se ha encontrado perdida en el alcázar, es decir, que he encontrado yo mismo por acaso.

—Pues os juro, señor, que no puede ser mia esa carta, porque jamás he escrito cartas de amor.

Don Pedro observador por carácter y por costumbre, ducho en el arte de conocer la mentira ó la verdad en el semblante de los que observaba, solo vió lealtad y franqueza en el de Men Rodríguez y se desarmó enteramente.

—Pues mira, dijo: es una carta muy bien escrita, y que como á galanteador te habria honrado: sino la he perdido, te la mostraré, á ver si adivinas de quien sea.

—¿Pero esa carta, no tiene firma?

—No, ¡vive Dios! es misteriosa como la pasion de quien la ha escrito... pero estamos hablando de amores delante de la muerte.

—¡Ah! ¡señor...! ¡señor! salgamos de aquí.

—¡Salir, salir sin que yo vea por última vez á esa desdichada, á quien he visto tan poco cuando vivia! ¡Oh! ¡no! quiero verla, contemplarla, para que se robusteza en mí la memoria de este crimen, para no olvidarle jamás, á fin de que mi venganza... mi justicia, si descubro al infame asesino, sea mas terrible.

Y don Pedro, en un arranque violento, se acercó al lecho mortuorio, apoyó en él sus manos y contempló de hito en hito á la reina doña Blanca.

Estaba hermosa, no solo hermosa, hermosísima; mas que muerta parecia dormida, solo que al rededor de sus ojos se marcaba una ancha aureola negra, orlada de azul, amarillo y verde, y por su boca asomaba una ligera espuma sanguinolenta.

—¡Oh! ¡que horror! exclamó el rey, estremeciéndose como á impulso de una aguda impresion de frío, y conociendo por los vestigios, el género de muerte de la reina: ¡envenenada...!

—Sí, envenenada con el mismo tósigo que matará á doña Isabel Nuñez de Lara.

—Segun eso, ¿crees que sea esa infame Leila....?

—Lo sospecho, señor.

—Pues bien, lo sabremos, y lo sabremos pronto... yo vengaré á doña Isabel, á la reina... ¿pero quién ha mandado vestir de este modo á doña Blanca?

—Doña Isabel Nuñez de Lara.

—¡Ah! ¡doña Isabel! la ha puesto túnica de vírgen y corona de mártir... la corona de flores rojas, si... para la túnica de vírgen... ¡no!

—¡Señor! dicen que jamás...

—¡Dicen! ¡dicen tantas cosas! exclamó el rey profundamente... ¡se engañan acerca de tantas cosas...! escucha, una noche... el recuerdo de aquella noche, junto á este cadáver, es horrible... estaba hermosa, hermosísima... era una niña dulce, inocente, enamorada, feliz... hubo un momento en que lo olvidé todo... no, no; doña Isabel se ha engañado al vestir á esa desdichada una túnica blanca... que la pongan una túnica roja.

—¡Ah! ¡señor! si el mundo, que cree que siempre habeis aborrecido á doña Blanca, no ve un momento sobre ella ese cándido vestido... creerá que la acusais... ¡que la acusais de adúltera!

—¡Adúltera! no, no; la fatalidad nos ha separado, pero ha llevado con honra y dignidad mi corona sobre su cabeza... y bien, que conserve ese cándido color, puesto que el mundo se paga de colores: pero broca-

dos y joyas: la mortaja de una reina no debe ser tan pobre (y el rey sonreía de una manera insensata, horrosa) que la quiten tambien ese emblema de mártir; que se diga que la ha matado la peste negra, ¡caso no está la peste negra en Jerez! fuera, fuera esa corona roja, y puesto que de colores y relumbrones se paga el mundo, ponadle mi corona en la cabeza: mi mas rica corona: ha vivido como reina; que baje á la tumba como reina.

—Hubo un momento de solemne silencio, durante el cual el rey pugnó por contener sus lágrimas, consiguiéndolo solo á medias.

—Escucha, Sanabria, le dijo el rey: ¿tú la has visto morir...?

—Si señor contestó Men Rodríguez.

—Y... ¿pareció mucho?

Las lágrimas del rey reventaron entonces, tanto mas copiosas cuanto mas tiempo habian sido contenidas.

—No, no señor: su vida se apagaba... contestó aturrido por la situacion Men Rodríguez.

El rey, al que jamás nadie habia visto llorar, se arrojó sollozando en los brazos de Men Rodríguez.

—Llorad, llorad, señor, dijo el jóven, las lágrimas son un tósigo, que si no le arrojamós del corazón, le rompen.

—He llorado muchas veces de cólera, dijo el rey, levantando al cabo de algunos instantes su cabeza de sobre el pecho de Men Rodríguez; pero jamás de dolor, de sentimiento: perdí á mi padre y no lloré, maté á mi hermano, al mas querido de mis hermanos, y no vertí una lágrima: he perdido cuanto he amado y sin embargo mis ojos han permanecido enjutos; parecianme rudos golpes que me asestaba el destino para aterrarne, y contestaba á cada uno de esos golpes del destino con una carcajada de reto: pero Doña Blanca... doña Blanca, á quien no he amado, doña Blanca, á quien he tenido constantemente separada de mí, me hace sentir con su muerte un dolor agudo... terrible... cruel... una desesperacion profunda: por levantarla de ese negro lecho, por volverla á la vida, seria capaz de todo... y sin embargo, no viviria con ella, no la veria... no es amor lo que siento por ella... es... compasion.

Don Pedro hizo un poderoso esfuerzo y se enjugó las lágrimas.

—Y esto es natural, dijo, dejando á su orgullo que justificase sus lágrimas: esa mujer jamás me ha ofendido... esa mujer me ha amado con toda su alma: en ese momento en que se creyó amada por mí, se arrojó en mis brazos, moribunda de felicidad, y su último pensamiento ha sido para mí... y esto me contrista, me conmueve: dicen que soy cruel, semejante á una fiera, sin sentimiento humano y... mienten... mienten... es que el mundo ciego y apasionado no me ha comprendido... lo que sobra al rey don Pedro, es corazón.

Y volviéndose de repente al cadáver y arrancándole la gorra de sobre los rubios y sedosos cabellos, dijo con acento febril:

—Tú no sabes Blanca, tú, que estás en la eterna region donde la verdad resplandece: yo no podia amar-te... la fatalidad, mi amor hácia doña María, tu orgullo de reina, nos separaron: si Doña María no hubiese absorbido mi alma entera en la suya, yo te hubiese adorado, porque eras una esposa digna de mí... Dios ó el infierno no lo han querido: pero tú lo sabes, Blanca: yo nunca pensé en matarte... nunca te hubiera muerto... tú lo sabes y esto basta... poco importa que los hombres, la tradicion y la historia digan que he sido tu verdugo... yo no me humillaré, justificandome ante ellos... ¡caso el mundo la tradicion, y la historia han dicho nunca la verdad?

Y luego en un movimiento irreflexivo, se inclinó sobre el cadáver y cubrió de besos su frente.

—A Dios, exclamó levantándose de repente, como se había indicado: á Dios, hasta la eternidad.

Y luego en paso rápido como quien huye, salió de la sala rica.

—Cuando estuvo en las galerías pareció reanimarle el aire exterior; sus lágrimas se habían secado y únicamente habían quedado sus ojos un tanto rojos. Detúvose y se volvió á Men Rodriguez, que le seguía.

—Escucha, Sanabria, le dijo, ha habido un momento en que no he sido muy tu amigo.

—¿Señor!

—Basta, no me preguntes; ni una palabra mas: estoy mas satisfecho de tí que nunca, en todo caso (y la frente del rey se nubló) tú no tenias la culpa. No hablemos mas de esto. Quedate aquí. Haz embalsamar á la reina. Yo te embiaré al momento cuanto sea necesario para la pompa fúnebre: unas exequias magníficas, Sanabria; gasta aunque gastes la mitad de mi tesoro. Los funerales en la Iglesia mayor; la sepultura en el convento de San Francisco: que doblen por espacio de nueve dias todas las campanas de la ciudad, como se acostumbra en los funerales de los reyes, que se vista á los pobres y que se les dé de comer durante tres dias: quiero tambien que se doten cien doncellas: hazlo tu todo esto. Cuando todo esté corriente y preparado, pasado mañana, te espero en Sevilla; te necesito. Cuando vengas, llévate contigo á Doña Isabel Núñez de Lara; yo te enviaré las órdenes necesarias.

—¿Y vais á partir sin descansar, señor? dijo, el joven notando que el rey se dirigia hácia las escaleras, en las cuales habia aparecido Juan Diente.

—¡Descansar! ¡descansar! yo no descansaré mas que en la tumba. A dios.

—El os proteja, señor, contestó Men Rodriguez, siguiendo al rey.

—Quédate, quedate, Sanabria, y ve á consolar á Doña Isabel, que necesita mas tu compañía que yo.

—¡Ah, señor! seme olvidaba: en el alcázar hay otra dama presa.

—Y... ¿quién es?

—Doña Sol de Vargas, camarera mayor de la reina.

—Pónla en libertad y que se vaya con su amante si le tiene.

—Su amante ha muerto, señor, y la infeliz está loca.

—¡Ah! pues llevatela á Sevilla con Doña Isabel. A Dios.

Y el rey se alejó y bajó las escaleras.

—A caballo, Juan Diente, á caballo, y como una exaltación á Sevilla!

—¿Sin descansar, señor? no lo digo por mí, pero vos...

—A caballo, Juan... no tenemos tiempo que perder... ya sé quien te robó los pergaminos.

—¿Quién señor?

—Una mujer... y es necesario buscar á esa muger, que á estas horas de seguro está en Sevilla. A mas... á mas... necesito sangre... mucha sangre, para calmar la sed que me aboga y voy por ella. Afortunadamente no es sangre de cristiano.

Un momento despues el rey y Juan Diente galopaban en sus poderosos corceles hácia Sevilla.

CAPITULO III.

En que se sabe en lo que vino á parar el rey Bermejo de Granada.

Dos dias despues el populacho de Sevilla, agolpado en el campo de la Tablada cerca de los muros, se preguntaba á que efecto se clavaban estacas acá y allá, y por qué los ballesteros del rey, estendidos en una ancha zona y á caballo, se habian convertido en un muro viviente mas allá del cual no se permitia pasar á nadie.

Esto significaba que la ciudad continuaba cerrada, y que si se habia abierto la puerta de Jeréz, habia sido transitoriamente y sin duda para algun auto público, puesto que los ballesteros impedian la salida de una manera algo peor que las cerradas puertas, por que al menos estas no daban espaldarazos ni golpes de partasana.

Una coincidencia terrible habia hecho que el pueblo no. estrañase esta especie de prision en masa, ni la muerte de la reina doña Blanca, ni la carestía de los mantenimientos, que aunque escasos, seguian viniendo de fuera y entraban en la ciudad con muchas precauciones; esta coincidencia era la aparicion de la peste negra que habia descargado de una manera formidable en Andalucía.

Singularmente hacia algunos dias que se ensangrentaba en Jeréz; así es que, aunque se sabia que la reina habia muerto, se atribuía aquella muerte á la peste, á pesar de los rumores de asesinato que habia hecho correr Leila. Esto consistia en que el pueblo de Sevilla amaba al rey don Pedro.

En cuanto á la clausura absoluta de las puertas, atribuía el pueblo á celo del rey por su córte, y á que aislándola, pretendia defenderla en cuanto le era posible, del contagio. En lo relativo á la carestía y á la escasez de los artículos de primera necesidad, se atribuía á la peste.

Sin embargo, el pueblo estaba aterrado por la cercana vecindad de este azote; empezaba á sentirse el hambre, y Leila comprendia perfectamente que á pesar del amor que profesaba al rey los sevillanos, habia hacinado hartos combustibles, para que no estallase un incendio á la primera chispa.

Además de esto, Leila, que conocia bastante, educada entre moros, las ciencias naturales, no habia reparado sin placer, que aquel día habia amanecido cubierto por una espesa niebla, caliginosa y de color impuro: para ella era indudable que, infiltrada en aquella niebla la peste negra, se desplomaba sobre Sevilla.

Pero aunque las nieblas no sean muy frecuentes en aquella parte de Andalucía, nadie vió en ella mas que un accidente natural, á pesar de que, á medida que avanzaba el día, la niebla tomaba un aspecto mas estraño y exhalaba de sí un olor nauseabundo, aunque leve y muy semejante al que produce el gas carbónico.

Entretanto, ociosos la mayor parte de los jornaleros del campo residentes en la ciudad, y siendo esta estremadamente populosa, una multitud inmensa recorria el campo de la Tablada preguntandose siempre unos á otros:

—¿Para qué son esas estacas?

Nadie lo sabia, y nadie osaba preguntarlo á los ballesteros del rey, porque de antiguo se miraba á aquellos terribles soldados con un respeto muy parecido en sus efectos al miedo.

Resolviéronse, pues, los desocupados á esperar para saber por sí mismos lo que allí sucediese, y los grupos se engrosaron, se condensaron, llenaron casi, al fin, aquel espacio.

Entre esta multitud habia una persona que nos es muy conocida: aquella persona era Isabel-la-Liebre; iba distraidamente, triste, pero sin embargo miraba en torno suyo con atencion, como si hubiera deseado encontrar á alguno: acompañabala la vieja Berta en traje de duena, y las resguardaba, á guisa de escudero, un hermano de Nuestra Señora de Rocamadour.

Ya hacia algun tiempo que Isabel vagaba por la Tablada, recibiendo á su paso miradas ardientes y exagerados requiebros, cuando en una de las apreturas, que eran muy frecuentes, encontró delante de sí un hombre.

Al verle, los ojos de Isabel destellaron un relámpago, palideció profundamente, y haciendo un esfuerzo

penetró por entre la multitud para acercarse á aquel hombre, separándose un tanto de Berta y del hermano de Nuestra Señora de Rocamador, que la seguían.

—¿Teneis alguna noticia que darne, la dijo aquel hombre?

—Si por cierto, dijo Isabel con la voz trémula de emoción; pero de una emoción lúgubre. Doña Ana está en casa, y no saldrá de ella en algun tiempo. Id, pues, y avisad al rey.

—Que Dios os guarde, señora, dijo aquel hombre que era el balletero Rodrigo Perez de Castro; y en el momento desapareció entre los grupos.

Berta y el hermano de Nuestra Señora de Rocamador, no habian podido escuchar estas palabras, ni vieron á Isabel hablar con el balletero.

El hermano de la santa cofradía hizo un esfuerzo, se abrió paso entre los que les separaban de Isabel, y él y Berta pudieron incorporarse con ella.

En aquel momento el ronco son de un atabal se dejó oír en la puerta de Jerez, y como aquello era ya el principio la de esplicacion, todavía misteriosa de las estacas, la multitud se conmovió, agolpándose hacia la puerta de Jerez, y envolviendo en sus grupos á Isabel, á Berta y á su acompañante, que quedaron perdidos entre las masas.

Entretanto salía por la puerta de Jerez un extraño cortejo, y se encaminaba en paso lento al campo de la Tablada.

Marchaban delante cuatro atabaleros á caballo, y detrás de ellos, á caballo tambien, cuatro maceros reales con las dalmáticas de gala y las mazas de plata al hombro: en pos, flanqueados por algunos ginetes, iban el secretario del rey Mateos Ferrandez y el pregonero de la ciudad; tras estos, montados en asnos, entre dos hileras de hombres de armas, vestidos con túnicas de escarlata, venian el rey Bermejo de Granada y sus treinta y siete emires, pintada en el semblante la cólera, por el ultraje que se les hacia, enviándoles de aquel modo entre la corte de un rey, á quien habian pedido amparo y hospitalidad, al que se habian entregado de buena fe y no habian pedido seguridad alguna, confiados en su honor.

Sin embargo, el rey los habia sacado á la vergüenza, y el cortejo, cuya marcha cerraba un fuerte escuadron, se detenía de tiempo en tiempo, y el pregonero relatando lo que le apuntaba Mateos Ferrandez, gritaba:

«Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor en este rey y sus caballeros, por cuanto ellos se rebelaron contra el rey su señor, y le despojaron y le tuvieron muchos dias fugitivo de su reino, con menoscabo de su honra y de su hacienda, sin mirar en la alianza que aquel señor rey tenia con el de Castilla; por todo lo cual el rey nuestro señor quiere que mueran como traidores. Quien tal hace, que tal pague.»

Cuyo pregon terminados, volvian á retumbar los atabales, y el cortejo se ponía de nuevo lentamente en marcha.

La niebla continuaba pesando y condensándose sobre Sevilla; pero el misterio de las estacas estaba aclarado; es verdad que habia algo que el populacho no se esplicaba aun: esto es: si aquellos caballeros iban á morir, ¿quién los habia de matar? En el acompañamiento faltaba el famoso Pero de Chiclana, personaje demasiado conocido del populacho para que este no le echase de menos cuando se trataba de hacer una justicia.

Al fin los sentenciados llegaron á las estacas, entraron en un círculo determinado por balleteros de maza, y el señor Pero Lope de Padilla, investido de sus insignias de balletero mayor, mandó al rey Bermejo y á los caballeros granadinos que descabalgasen de los asnos, hecho lo cual, algunos balleteros los fueron atando á las estacas.

Quando esto estuvo hecho y poco tiempo despues,

resonó una ruidosa trompetería en la puerta de Jerez, y apareció en plena corte el rey, á caballo, armado de todas armas, con corona en la cabeza y manto real sobre los hombros, acompañado de los altos y bajos oficiales de su casa, y de cuantos ricos-hombres, caballeros y mesnaderos se encontraban en Sevilla, todos cubiertos de gala, todos armados, todos ginetes en poderosos caballos.

Detrás de esta brillante cabalgata venian algunas acémilas cargadas con lanzas.

—¿Qué será esto? se decian unos á otros: ¿para qué viene el señor rey con tanta pompa y aparato? ¿para qué son esas lanzas y esos escuderos que conducen las acémilas?

Pero como nadie mas que el rey podia contestar á esta pregunta, todo el mundo se vió obligado á esperar para saber.

Quando la cabalgata estuvo dentro del círculo marcado por los balleteros, se vió con asombro que los escuderos descargaban las lanzas y que proveian de ellas desde el rey hasta el último mesnadero.

Entonces los mas cercanos oyeron que el rey dijo á su corte:

—Ved lo que va á suceder, caballeros, y haced con esos perros lo que yo haré con su señor.

Y volviéndose á Pero Lope de Padilla y blandiendo ferozmente su lanza, le dijo:

—¿Dónde está ese que se llama rey de Granada?

—¡Ahí, señor! contestó Pero Lope, señalando al desdichado Abou 'l-Sayd, que estaba atado á una estaca á corta distancia.

El rey fijó una mirada feroz que tenia mucho de incesante en el moro, que vió aquella mirada y se estremeció: luego don Pedro rodeó su caballo, tomó campo y partió con la lanza baja en direccion á Abou 'l-Sayd, que cerró los ojos y palideció, esperando la muerte. Pero al llegar cerca de él, don Pedro levantó la lanza y pasó.

Por tres veces se repitió esta carrera: era una crueldad refinada el prolongar la agonía de aquel desdichado, que si segun las prácticas de aquel tiempo merecia la muerte, tenia derecho para protestar de que se le diese de una manera tan desapiadada, tan brutal.

Al fin á la cuarta carrera el rey no levantó la lanza, sino que atravesó con ella de parte á parte á Abou 'l-Sayd, exclamando con voz ronca al herirle:

—Toma, traidor, el pago de las paces que me obligaste á hacer con Aragón.

Y el rey Bermejo al sentirse herido, revolviéndose, sujeto por sus ligaduras á la estaca, respondió entre las bascas de la muerte.

—¡Ah, rey don Pedro, qué mala caballería hiciste! (1)

Y apenas pronunciadas estas palabras, espiró.

La muerte del rey Bermejo fue la señal de la manzana de los suyos: cada caballero castellano hizo con los emires granadinos lo que don Pedro habia hecho con Abou 'l-Sayd; pero no faltó quien notase y quien lo dijera, que entre aquella corte de verdugos nobles, no estaba Men Rodriguez de Sanabria.

Apenas se concibe que el rey don Pedro se dejara llevar á tanto, sino por el estado de irritacion de demencia, de cólera, de que le habia puesto sobre tantos acontecimientos funestos la muerte de doña Blanca. Este es el único é indisculpable borron que se encuentra en su historia; porque si mató á su hermano, razon tuvo para ello (atendiendo siempre el carácter de su época) y si se ensangrantó en la nobleza fue en una nobleza rebelde y turbulenta. Solo un acceso de aquella fatal locura de que hemos oído hablar mas de una vez á Juan Diente, pudo hacer que incurriese en tomanlo olvido de sí mismo.

Por ende, nosotros dejamos á nuestros lectores en libertad de calificar este horrible hecho que, á fuer de narradores imparciales, no hemos querido omitir por mas que nos hubiera sido fácil; pero debemos advertirles que aun en su tiempo, se tuvo esta accion por fea y reprobada, tantomas, que se atribuyó, sin razon, á codicia del rey por apoderarse de las riquezas de los moros, y el pueblo de Sevilla, se retiró á sus casas cabizbajo y molino, avergonzado y pesaroso por la primera vez de un rey á quien siempre habia nombrado con entusiasmo.

Algunos dias despues las cabezas de Abou'l Sayd y de sus caballeros, canforadas y dentro de sendas cajas, fueron remitidas por el rey don Pedro á su aliado Mojanmet V, quien en correspondencia le volvió libres los cautivos cristianos que le habian hecho en la batalla de Guadix.

CAPITULO IV.

Leon y pantera.

AQUELLA tarde paseábase el rey don Pedro en una de las cámaras del alcázar; el sol poniente, pasando á través de los vidrios de colores de un ajimez, teñia su semblante con un color fantástico, pero descartando aquel color de reflexion se notaba que el rey estaba sumamente pálido: su mirada erraba vaga y sombría, como la de un loco furioso, y una de sus manos introducida en su seno por la abertura del sayo, ensangrentaba sus uñas en la carne; de tiempo en tiempo retumbaba en la cercana torre de la iglesia Mayor el clamor uniforme de las campanas que doblaban por la reina doña Blanca, y cada vez que este clamor vibraba en el espacio, el rey se estremecía, y su mirada se hacia mas vaga, mas insensata.

Pasó así algun tiempo: notabase que el rey estaba impaciente y que se contenia á duras penas: al fin fué á la mampara de cuero de Córdoba y dijo con acento acre á sus camareros:

—¿Aun no ha venido Juan Diente?

—Héme aquí señor, contestó el ballestero, que asomaba á la sazón á la puerta de la cámara.

—Entra le dijo el rey.

El ballestero entró.

—Cuéntame, añadió el rey.

—El aviso era exacto: esa doña Ana, vivia en la calle del Granado, dijo Juan Diente.

—¿Y bien!

—Cerqué el cuartel con ballesteros de la guarda.

—¿Y ha habido resistencia?

—En la puerta se nos atravesaron dos hombres, pero pasamos sobre ellos: subimos y esa misma doña Ana, endemoniada, de la batalla de Nájera, nos salió al encuentro.—¿Qué quereis? me dijo con altivez.—Yo por contestacion cerré con ella, y saqué algunos arañazos; por que habeis de saber señor, que la gata tiene uñas y uñas de acero.

—No es gata, Juan, sino pantera.

—Sea en buen hora; pero lo cierto es que yo desarmé á la tal pantera, la aseguré bien, y cargué con ella, á pesar de su furor y de su resistencia y la meti en una litera que habia llevado conmigo. Abajo la teneis señor en el corral del Apeadero.

—¿Ha hablado con alguien?

—Con nadie.

—Súbela.

—¿Dentro de la litera?

—Dentro de la litera.

Juan Diente salió, el rey volvió á su paseo murmurando roncamente:

—Dicen que esa mujer es terrible: una pantera en fin: un pensamiento infernal un alma, en fin, de demonio; pues bien no importa; vamos á encontrarlos leon contra pantera y veremos; veremos si ante mí se presenta esa doña Ana tan feroz como cuentan.

Pasó algun tiempo y al fin se overon los pasos de los ballesteros que conducian la litera, se abrió de par en par la mampara y la litera entró.

—Idos, dijo el rey á los ballesteros.

—Los ballesteros salieron. Solo quedó Juan Diente.

—Abre la litera, dijo el rey.

Juan Diente abrió la litera y Leila salió con una dignidad y una altivez que maravillaron á don Pedro.

—¡Ah, eres tú! dijo Leila, posando una profunda mirada en el rey ¡estoy en tu alcázar, traída como pudiera traerse una fiera!

—Sígueme, la dijo el rey, despues de haberla contemplado un momento.

Leila le siguió con paso firme.

—Señor, dijo Juan Diente á tiempo que el rey abria la puerta de la recámara. ¿Hago sacar la litera?

—No, vive Dios, exclamó el rey con acento lúgubre y amenazador: esa litera no saldrá vacía.

Leila se sonrió con desden al percibir la amenaza del rey, y entró en la recámara, cuya puerta habia abierto don Pedro.

Cuando Leila estuvo dentro, el rey cerró la puerta y guardó la llave en su bolsillo.

Leila vió con inquietud que no habia mas puerta que aquella en la recámara, pero de repente su semblante se iluminó con una espresion de alegría, y arrojó al rey una mirada de reto.

Habia reparado que estaba en la misma estancia, en que, algunos meses antes, le habia introducido don Simuel Levi, por una comunicacion secreta, y de la cual habia robado al rey cuatro cajas de riquisimas joyas, como dejamos relatado en otro lugar.

A no haber sido Leila lo que era, se hubiera estremecido de espanto ante la mirada fija, terrible y colérica del rey: pero Leila no se aterraba ante nada; por el contrario, su valor, su audacia, su serenidad acrecian en las situaciones dificiles.

Por algun tiempo el rey mudo de cólera la contempló en silencio: en la situacion en que se encontraba Leila, con su palidez nerviosa, su mirada altiva y serena y su ademán soberbio, estaba mas hermosa que nunca, brotaba de ella una magestad salvaje, resplandecian sus encantos que eran entonces tan terribles como los del ángel de las tinieblas, considerado en todo el esplendor de su siniestra hermosura.

Estaban, pues, frente á frente dos espíritus terribles, dos almas dominadas por violentas pasiones, valientes, jóvenes, crueles ambas, ambas sedientas de venganza: estaban al fin uno ante otro el leon y la pantera.

Irritado el rey por la profunda y provocativa calma de Leila, sus primeras palabras fueron una amenaza.

—¿Sabes que la nobleza de mis reinos me llama el cruel, y el estado llano el justiciero?

Leila guardó un silencio de indiferencia, tal como si no hubiera oído aquellas palabras.

—¿Quién eres? añadió el rey, cuya voz temblaba de cólera.

—Creo que no me preguntarás mi nombre, rey de Castilla, contestó Leila: mi nombre debe serte conocido cuando de una manera tan cobarde me has preso: yo comprendo de otra manera tu pregunta, y tal cual la comprendo voy á contestar á ella. Soy tu enemiga, tu enemiga á muerte: ¿lo entiendes?

—¿Mi enemiga tú! ¿eres acaso manceba de alguno de los traidores, y ansias tu triunfo para llegar á tu ambicion.

—Tus pensamientos son miserables como tú... pero no; no es eso: comprendes demasiado la justicia de mi venganza, y tu el rey justiciero no te atreves á reconocerla.

—Por grande que sea tu venganza, tu audacia es mayor... estás delante de mí entregada á mi merced, sabes quien soy... porque lo sabe todo el mundo... y sin embargo te atreves...

—Yo desprecio tu poder, rey de Castilla, dijo Leila, porque tengo mas poder que tú.

Pronunció ella de tal manera estas palabras, que el rey á quien habia llegado la fama de hechicera de que, como sabemos, estaba en posesion Leila, el rey que era supersticioso, sintió en su alma un terror vago y glacial. Pero Leila, que sabia demasiado que su poder no pasaba de los límites naturales, retrocedió lentamente y como al descuido hacía el sitio donde recordaba existia la puerta secreta por donde habia entrado en otra ocasion en aquella misma cámara, guiada por don Simuel Leví. El rey instintivamente, como al impulso de una atraccion misteriosa, avanzaba hácia Leila á medida que esta retrocedia.

—Es la primera vez que te hablo, la primera vez que te veo, dijo don Pedro, y como sera la última, porque morirás, quiero conocerte bien: así pues habla, habla cuanto quieras, exhala todo tu odio contra mí, tratémosnos como dos enemigos iguales; quiero saber cuanto vales, para saciar en tí mi cólera de una manera digna de tu valor.

—Yo podria matarte rey, antes de que pudieran acudir en tu socorro tus esclavos, dijo Leila apoderándose rápidamente de la daga del rey que estaba por acaso en un sillón inmediato, pero mi venganza vá mas allá: no se satisface con la muerte: la muerte espoco... morirás mas tarde y á mis manos, ó por causa mia: te lo juro: pero necesito completar mi obra... has muerto á tu hermano... y lo sé bien... nunca hubieras llegado á ese caso, por mas traidor que fuese don Fadrique, sino te hubiera incitado cierto falso horóscopo...

—¿Un horóscopo?

—Sí, el que fuiste á buscar á Santiponce casa del judío Jonatham.

—¿Con que no fueron los astros...! no fue la voluntad de Dios la que dictó aquel horóscopo...

—No, fue mi odio, rey: necesitaba deshonrarte ante la historia... necesitaba que matases á tu hermano y á tu esposa: en cuanto á tu hermano, no fue difícil conseguirlo, te hacia traicion, y tu cólera cayó sobre él: en cuanto á tu esposa era mas difícil... jamás hubieras encontrado en aquella mártir motivos bastantes para matarla... pero la maté yo en tu nombre... con tu firma con tu sello, por medio de tus esclavos... hé aqui uno de los hermosos frutos de la tiranía, he aqui los resultados de hacerse obedecer ciegamente, por medio de un escrito que puede ser falso... ¡oh! ¡oh! es que el mal tarde ó temprano se vuelve contra el que le usa, es que la tiranía cae á veces con todo su terrible peso sobre la cabeza de los tiranos.

El rostro de Leila se mostraba radiante, pero radiante de una manera lúgubre, con la feroz alegría que fulguraba en sus ojos.

El rey mudo, contenido por su asombro y por lo intenso de su furor, ante la inaudita audacia de Leila, guardó silencio un momento. Leila callaba tambien devorando con una ávida mirada el estado de excitacion y de sufrimiento de don Pedro que al fin exclamó con voz cavernosa, con una voz mas terrible que cien amagos de muerte.

—¿Con que fuiste tú!

Leila retrocedió hácia la pared creyendo llegado el momento decisivo y apoyó en ella su espalda; entonces sintió crugir levemente aquella pared en que se apoyaba; aquella era indudablemente la puerta secreta. Leila volvió como maquinalmente la mano atrás, la apoyó en la pared y buscó como á la aventura un resorte, mirando en tanto fijamente al rey que con los puños crispados y los ojos inyectados de sangre, dió un paso hácia ella.

—¡Oh! ¡y no poder completar mi venganza...! ¡morir... y dejarle vida! pensé Leila no encontrando el medio de abrir aquella puerta.

—¿Con que fuiste tú! repitió con voz mas sombría el rey.

—Si, yo fui; yo soy, contestó ferozmente Leila.

—¿Y has sido tú tambien la que escribió los pergaminos?

—Si, yo.

—De modo que tú tambien fuiste, la que escribió al monje negro que Tenorio amenazaba mi honra.

—Yo fui.

—¿Y el aviso fue cierto...? sin duda tú y el infame, los dos, conspirabais á un tiempo contra mi honra.

—Tenorio obraba por sí mismo.

—¿Y cómo pudiste tú saber...?

—¿Ignoras que soy hechicera?

Crispó de nuevo un frio intenso y momentáneo los miembros del rey, pero reponiéndose exclamó.

—Si eres hechicera, ¿á qué valerte de los hombres?

—Harto hago en hechizarlos para que me sirvan.

—Y sin duda has hechizado á Simuel Leví.

—No; he sabido aprovechar su codicia y envolverte en ella.

—¡Ah! y te sirve.

—Me sirve.

—¿Y me hace traicion?

—Si, él fue quien robó los pergaminos en blanco á tu feroz Juan Diente, y por cierto que los he aprovechado bien: ya no me queda ninguno.

—¡Ah! ¿fue don Simuel quien...! y ¿acaso don Simuel era tambien quien dejaba cartas como esta, en la habitacion de doña María?

—Si, contestó Leila, sosteniendo una segunda mentira para desorientar mas al rey, y vengarse al propio tiempo de don Simuel, á quien atribuia su prision.

—¿Y por qué escribiste esa carta? dijo el rey: ¿acaso para comprometer á Men Rodriguez de Sanabria, que ha cometido el delito de no reparar en tí, de no amarte?

Palideció mas densamente que lo estaba Leila, y dijo al rey:

—Nunca he pensado en hacer daño á Men Rodriguez, dijo: si hubiera sido así, á mis piés le tuve en la batalla de Nájera, rendido, desarmado, y no le maté: no, no; de quien queria vengarme era de tí: doña María, tu esposa, la esposa de tu amor, la única mujer que has amado, ama á Men Rodriguez.

—¿Otra vez! ¡otra vez! ¿que doña María ama á Men Rodriguez! gritó fuera de sí el rey... ¡mientes, mientes, infame! te encuentras perdida entre mis manos, y quieres envenenarme el corazon...! no, no; eso no puede ser: acaso quieres tambien que yo... ¡que vierta la sangre de Sanabria...!

—¿Qué yo quiero que viertas la sangre del hombre que amo! ¡oh! y cuán mal me comprendes, rey! el amor en mí es tan intenso como mi odio: ¡mi odio se venga! ¡mi amor se sacrifica! ¡matar yo á Men Rodriguez...! á los que me le han robado, á los que le han casado con mi hermana Beatriz, con mi pobre hermana Beatriz... á los que me han provocado, á esos, sí... los mataré... los deshonraré, los desgarraré el alma... ¡oh! sí, aunque haya de perder la mia.

—Una palabra... una palabra no mas, exclamó el rey cambiando de tono... pruébame que me has engañado... pruébame que doña María no ha amado á nadie, y... te perdono, lo olvido todo... el asesinato de la reina... tus traiciones... lo olvido todo, y te perdono... y reparo la injusticia de mi padre, y te hago cuanto feliz pueda hacerte la riqueza y el poder.

—¿Reparar las infamias que tu padre, el buen rey don Alonso, cometió contra el mio! es ya tarde, rey. Mi padre murió esclavo, sediento de venganza, y me la legó al morir; yo he sido tambien esclava, y solo la mano de Dios me ha libertado para que sea tu castigo: ¡oh! y tú sabias bien que faltaba en tu córte uno de tus nobles: tú sabias bien que tu padre habia sido traidor, infame, miserable para con Alfonso Tellez: don Pedro el Justiciero debió haberse apresurado á

libertar al noble infortunado y á su hija: á su inocente hija: pero antes que el rey justiciero estaba el rey avaro, que no se atrevió á hacer justicia á un caballero injustamente ultrajado por su padre, porque para hacerle justicia, se hubiera visto obligado á restituirle sus ricos estados. ¡Oh! si tú hubieras salvado á mi padre, si me hubieras vuelto al suelo patrio, te hubiera amado tanto como te aborrezco.

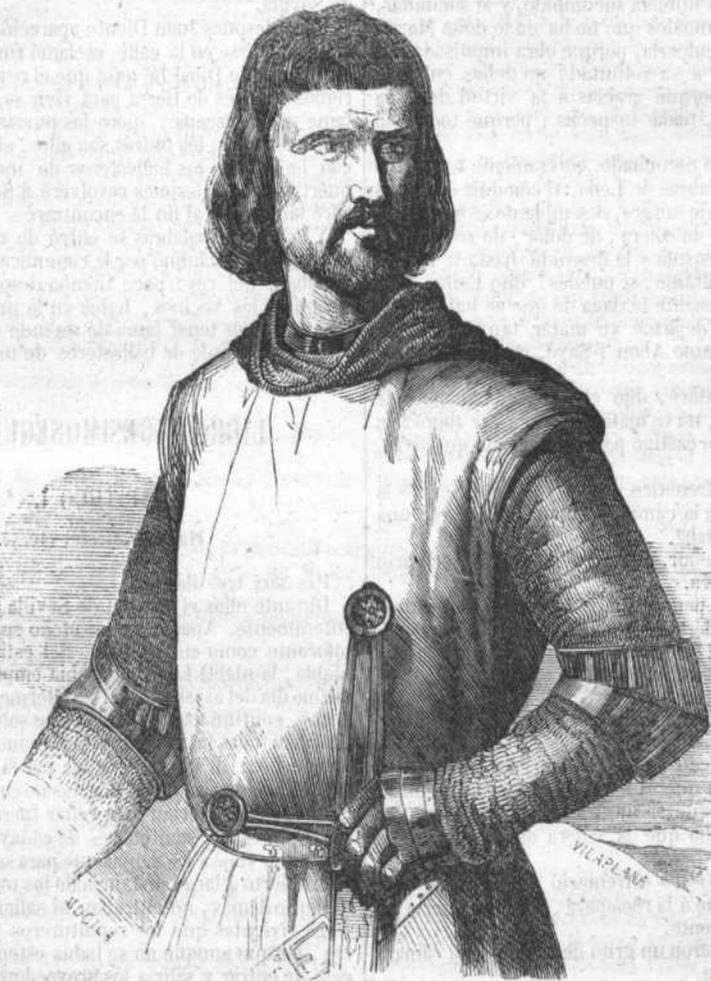
—¿Con qué es decir que en mi poder, aun insistes

en tu venganza, y quieres dejarme el alma envenenada por la duda?

—Doña María ama á Men Rodriguez, repitió con doble firmeza Leila, y tanto puedo asegurártelo, como que yo he sido la causa de esos amores.

—¿Tú!

—Sí, yo: cuando pasaba en la corte por paje de doña Isabel Nuñez de Lara, de esa otra desgraciada á quien tú has matado, mi fama de hechicero (porque



Juan-sin-Alma.

entonces se me creía hombre), había llegado á doña María, que quiso saber su destino: en la conversacion que tuve con ella, adiviné que doña María amaba á otro que tú, observé mas, y conocí que amaba á Men Rodriguez.

—¡Y Men Rodriguez...! exclamó el rey alentando apenas...

—Men Rodriguez no lo sabe, ni aun lo sospecha... el sospecharlo solo hubiera sido una desgracia para él, porque es el vasallo mas leal que tienes.

—Y mi vasallo mas leal se hace amar de mi esposa! exclamó frenético de dolor el rey.

—Si se ha hecho amar de mi, exclamó con un desden indescribible Leila; ¿qué tiene de extraño que se haya hecho amar de doña María?

—¡Mientes! ¡mientes! gritó el rey: tu lengua es la lengua mortífera de un demonio; es imposible... no puede ser...

—Si; hubiera sido imposible, imposible de todo punto, continuó Leila: en sus principios el amor de

doña María era una de esas aficiones que la razón domina, y la razón de doña María la hubiera dominado... pero estaba yo para impedirlo... yo, el espíritu tentador... y doña María concibió una pasión desenfrenada por Men Rodríguez.

—¡Inflame! esclamó el rey, avanzando mas hácia Leila.

—Y no podía menos de acontecer así: ¿crees tú que una mujer que se siente arrastrada hácia un hombre, si encuentra todas las noches en su reclinatorio, en su lecho, en sus libros de devoción billetes de amor escritos por una mujer, tan sedienta como yo de amor y de venganza: crees tú que si la mujer que tales escritos lee, los atribuye al hombre en quien piensa, no acabará por sucumbir á la doble fuerza del amor y del misterio? y doña María ha luchado como una heroína de los antiguos tiempos: la mas fuerte, la mas casta, la mas pura hubiera sucumbido, y al sucumbir, hubiera dado escándalos que no ha dado doña María. No debes, pues, culparla, porque obra impulsada por un poder superior á su voluntad; no debes culpar á Men Rodríguez, porque gracias á la virtud de doña María, nada sabe, nada sospecha; porque todo esto es obra mia.

El rey que habia escuchado, enteramente trastornado, las últimas palabras de Leila, al concluir esta, sus ojos se inyectaron de sangre, su semblante se desencajó, y mudo, transido de cólera, de dolor, de zelos, empuñó furioso su espada y la desnudó hasta la mitad.

—¡Mátame! ¡Mátame, si puedes! dijo Leila, desnudando enérgicamente la daga de que se habia apoderado: no he de dejarme yo matar tan fácilmente como mi antiguo amo Abou 'l-Sayd, cuya sangre tiene aun tus manos!

—No, no te mataré, dijo el rey, envainando de nuevo su espada: no te mataré como á ese moro: la muerte es pequeño castigo para tí: necesito que vivas, y vivirás.

Y el rey salió frenético de su recámara, cerró la puerta, y buscó en la cámara á Juan Diente, con una mirada que espantaba.

—Aquí estoy, señor, dijo el ballestero: es necesario aplastar á esa víbora.

—Es necesario pensar un castigo horrible: entra, entra Juan, apodérate de ella, y ponla á buen recaudo... entra tú solo... temo verla... su vista me embrabece, la mataré, y no quiero matarla.

Y el rey fue á salir.

—Perdonad, señor, acompañadme.

—¿Tienes miedo?

—Si tengo miedo de que se me escurra de entre las manos... dicen que es hechicera; entrad, entrad conmigo, señor, que si vuestra voluntad es que no muera, por mucho que la cólera os ciegue, yo lo evitaré.

La palabra *hechicera* estremeció de nuevo al rey, que en silencio fue á la recámara, abrió su puerta, y entró con Juan Diente.

Entrambos lanzaron un grito de asombro: la cámara estaba abandonada.

El rey se precipitó á los tapices, los alzó, miró por todas partes: pero en vano, Leila habia desaparecido.

Nuestros lectores recordarán que el rey no conocia las comunicaciones secretas que don Juan Alfonso de Alburquerque habia hecho durante sus ausencias de Sevilla, para espiarle en su propio alcázar.

—¡Hechicera! ¡hechicera! exclamó el rey enteramente preocupado: esa mujer no se la he dejado prender sino para insultarme: ¡hechicera! ¡oh!

—No hay hechicería que valga, dijo Juan Diente, que habia reparado una pequeña abertura en la puerta, en razon á no haber cerrado bien Leila: es que aquí hay una puerta oculta.

—¡Una puerta oculta en mi recámara! exclamó el rey.

—Si, si, mirad, señor, contestó Juan Diente, empujando aquella puerta.

El rey fue á precipitarse por ella.

—No, no, señor: este pasadizo es oscuro, revuelto y estrecho; nosotros no le conocemos: antes que todo mandad cercar los jardines... entretanto yo penetraré solo... pero vos, señor, no, no.

—Y bien: debe haberse salvado: solo don Simuel puede haber manifestado á esa mujer estos secretos del alcázar: será necesario que venga de Toledo don Simuel.

Entretanto Leila llegaba á un casucho situado en la calle de las Doncellas por donde tenia salida la mina, forzando la puerta, se salvaba atravesando las callejas de Sevilla.

Poco despues Juan Diente apareció en la puerta, y al encontrarse en la calle, exclamó furioso.

—¡Dios de Dios! hé aquí que el rey no tiene en sus reinos dos piés de tierra para vivir seguro... y esa infame se nos escapa... pero las puertas de la ciudad están cerradas, los muros son altos, ella no tiene alas: con hacer que los ballesteros de maza guarden las puertas... ¡oh! despues revolveré á Sevilla, y la buscaré tanto, que al fin la encontraré.

Y trás estas palabras se entró de nuevo en la casucha, y se encaminó por la comunicacion secreta á la recámara del rey: poco tiempo despues, con admiracion de los vecinos, habia en la puerta de aquella casa, que por tener fama de duende estaba deshabitada, una guarda de ballesteros de maza del rey.

LIBRO VIGESIMOSEGUNDO.

CAPITULO I.

Hambre, peste, etc.....

PASARON tres dias.

Durante ellos el aspecto de Sevilla habia cambiado enteramente. Apesar de ser otoño se sentia un calor sofocante como en la fuerza del estio, y la terrible niebla, la niebla fatal que habia empañado el cielo el mismo dia del asesinato del rey Bermejo y de sus caballeros, continuaba desplomándose sobre Sevilla. Continuaban todas las campanas de la ciudad doblando de hora en hora, de dia y de noche, por la reina doña Blanca, y si la clausura de las puertas no continuaba rígidamente, sólo se abrian para echar fuera terribles viajeros. Eran estos, centenares de cadáveres que hacian su último viaje á las zanjas que para sepultarlos se habian abierto á larga distancia de los muros.

Por lo demás, no entraban ni salian de Sevilla mas seres vivientes que los sepultureros y las gentes del rey, porque aunque no se habia estendido la prohibicion de entrar y salir á los proveedores de víveres como estos desde el dia antes de nuestra accion, no se habian presentado, era inútil aquella franquicia.

En resumen, la peste negra, desoladora y terrible como nunca, habia empezado á cebarse en Sevilla desde la aparicion de aquella niebla fatal, diezmando los habitantes de una manera espantosa; dos dias despues habian empezado á faltar enteramente los mantenimientos.

Las calamidades, son los primeros y mas poderosos jefes de las insurrecciones populares: entonces una opinion sola, única, esclusiva, domina á las masas, mas que opinion debe llamarse el móvil que en tales casos les impulsa, padecimiento: todos sienten del mismo modo, y esto da unidad, fuerza, la fuerza de la desesperacion, que al fin viene á revelarse en una insurreccion.

Siempre que aparece una calamidad, el pueblo que la siente acusa de ella al poder que le manda: por mas que la peste sea un azote de Dios, del cual es siempre una consecuencia la retirada de los capitales en circulacion, la paralización de la industria y por ello la falta de trabajo y de dinero para el pobre, siempre y algunas veces con justicia, se acusa de estos males á los gobiernos; se cree en su falta de prevision para evitar el contagio, en su ineptitud ó su malicia para no evitar el hambre: y el hambre y la peste unidos, terribles, ensañándose indistintamente en la clase pobre, mas espuesta á la crudeza del mal por su condicion y su miseria, acaban por lanzarla á la insurreccion, no sin haber rugido antes lo suficiente para que se presienta el conflicto á la manera que ruge sordamente el mar, algunos momentos antes de la tempestad.

Este aspecto de insubordinacion, de amenaza, de ferocidad, era el que presentaba Sevilla tres dias despues de la muerte del rey Bermejo.

La agitacion era terrible: cruzándose con las carretas hacinadas de cadáveres, que rechinaban por todas partes, mujeres hambrientas con hijos moribundos en los brazos, trabajadores de aspecto amenazador, jóvenes, niños, ancianos, todos desolados, todos sombríos, todos desesperados, se encaminaban al alcázar, delante de cuyo pórtico se veia de continuo una multitud miserable cubierta de harapos, marcada en su semblante la desesperacion, tendiendo los brazos al alcázar y pidiendo, á voces heridas, pan al rey.

Con mucha frecuencia se escuchaban acá y allá diálogos como el siguiente:

—Este es un castigo que Dios nos envia, por las atrocidades del rey.

—Pero el rey no puede evitar la peste, observaba alguno mas templado.

A lo que respondia otro:

—Sí, pero que no se nos encierre, como pudiera encerrárenos en un horno caldeado: ¡que abran las puertas!

—Sí, que abran las puertas, y al menos podremos comer yerbas en el campo.

—Y pescar en el río.

—El río no tiene peces: el rey quiere que muramos todos, y ha envenenado las aguas.

—El rey, sin embargo, está dentro de la ciudad y afronta el contagio con nosotros.

—¡El contagio! ¡ningun rey muere de peste!

—Murió su padre de esta misma peste negra del infierno, en el cerco de Gibraltar.

—Pero el rey don Alonso fue un buen rey, por cuya razon la peste no le perdonó.

—De todo tenia la viña del señor: si el rey don Alonso viviera en estos tiempos, sería peor que su hijo.

—¿Y quién duda que el rey quiere matarnos? En horabuena que no se le acusé de la peste, pero del hambre sí: á buen seguro que su señoría habrá hoy comido á punto su gigote, y caliente y tierno su pan.

—Esto clama al cielo, no se encierra así para que se muera de hambre á todo un pueblo; nos obligarán á que comamos carne de los apostados.

—¡Que nos den pan! ¡pan! ¡los judíos tienen trigo, y le están guardando para venderle á peso de oro! ¡que se ahorque á los judíos! ¡que se reparta su trigo á los pobres!

Cuando este alarido desesperado de la miseria retumbaba atronador junto al alcázar, se abria la puerta y solian acontecer una de estas dos cosas: ó aparecia el obispo limosnero mayor, acompañado de sus sirvientes cargados de talegos, y revestido de pontifical para imponer respeto á las masas, y repartir á todo el que se presentaba algunos maravedises, ó por la an-

cha puerta, salia un escuadron de lanzas y dispersaba á cintarazos y á veces á cuchilladas á la multitud: esto acontecia alternativamente segun la disposicion de ánimo en que aquellos clamores furiosos encontraban al rey: en el primer caso, esto es: cuando se daba dinero, los que le recibian se desbandaban recorriendo á Sevilla inutilmente en busca de alimento; los primeros, los mas afortunados solian encontrar víveres repugnantes, infectos, averiados, la sentina, en fin, de los almacenes: los demás, nada hallaban mas que puertas cerradas, excepto las de las tabernas que siempre estaban abiertas y en las cuales no faltaba nunca vino: á falta de comida, la multitud bebia y se embriagaba, y esto producía funestos resultados: la embriaguez, aumentando los horrores de tantas desdichas, lanzaba á la multitud á excesos que á duras penas podian reprimirse: cuando acontecia lo segundo, esto es: cuando las lanzas reales ó los ballesteros de la guarda, zurraban y maltrataban al pueblo, este se retiraba con aspecto amenazador y si bien en la plaza del alcázar no se oian por el momento gritos sediciosos, algunas calles mas allá, los lastimados, los heridos, ponian el grito en el cielo; las turbas predisuestas de una manera terrible por el hambre y por la peste, se condensaban, y los motines surgian atronadores, aunque sin fuerza, por el temor que inspiraba á su pueblo la terrible energia de don Pedro; pero en ninguno de aquellos motines se habia gritado muera el rey, ni aun habian tenido lugar demostraciones hostiles al trono.

El rey veia todo esto: hacia esfuerzos desesperados para contener el mal; habia procurado á costa de los mayores sacrificios y desplegando una severidad infinita, que, aunque escasos y caros, no faltasen mantenimientos: habia recogido todo el trigo, todas las carnes, todas las legumbres que habian podido encontrarse á algunas leguas á la redonda de Sevilla, y merced á estos esfuerzos, se habia podido sostener mal á la ciudad durante tres dias: pero como entonces Sevilla era la poblacion mas populosa de España, igualando en poblacion á Granada, que contaba dentro de sus muros seiscientos mil habitantes, no tardó en aparecer un dia en que ni aun para el rey hubo pan. Don Pedro hizo el último esfuerzo, montó á caballo, y rodeado de algunos ballesteros y de una inmensa multitud hambrienta, se encaminó á la judería.

Esto era extraño en el rey, que protegía á los judíos y á los moriscos, que en realidad le era mas leales que sus vasallos cristianos, y esto era así que solia decir con mucha frecuencia que su corona no estaria segura en sus sienes hasta que todos sus vasallos no imitasen la fidelidad de sus tributarios moros y judíos, y aun por su estrecha alianza con el rey de Granada, no faltaba quien sospechase, sin tener para ello mas fundamento que un recelo injusto que don Pedro acabará por renegar de la fe de Cristo, é imitar la conducta del conde don Julian, volviendo á establecer á los musulmanes en España y proclamándose su califa.

Sin embargo, la proteccion del rey á los judíos y á los moriscos, nada tenia de extraño si se considera que siempre encontraba prontos á auxiliarse con su oro á estos vasallos extranjeros, los mas ricos por su carácter industrial y los menos dispuestos, por lo tanto, á turbulencias y trastornos que siempre afectan de una manera mas ó menos grave al comercio.

Viéronse, pues, con asombro las medidas de rigor que el rey adoptó con los judíos, haciéndoles desocupar los graneros, confiscando á unos sus bienes y aun ejecutando á otros. Con estas medidas enérgicas, aterrados los judíos, se apresuraron á comprometerse de una manera solemne, entregando rehenes y prendas, á que no faltasen mantenimientos y el rey se retiró á su alcázar aclamado por el pueblo, que se creia salvado, merced á la firmeza de su rey, de uno de los azotes que le afligian.

Pero esto no era más que un paliativo, y Leila al saber, en el retiro donde se había ocultado, el género de recurso á que había echado mano el rey, dijo con una alegría que nada tenía de aventurada.

—Los judíos se han obligado con sus vidas y sus haciendas á mantener á Sevilla; pues bien, no tardará en llegar un día en que no puedan cumplir su obligación, y entonces el terror les hará sublevarse de una manera mucho más segura que mis sugestiones. ¡Oh! y ese día está próximo: ese día el rey caerá en mis manos, y mi venganza se cumplirá.

CAPIULO II.

De la desgracia que por causa de Leila aconteció á don Simuel Levi.

ENBRETANTO el pueblo de Sevilla fue testigo de una de esas caídas inesperadas y sangrientas, que por recaer en personas para quienes se cree haber fijado su rueda la fortuna, maravillan y espantan, viniendo á demostrar que nada hay estable en la tierra, ni que no dependa inmediatamente de los hombres y de los acontecimientos.

Esta desgracia recayó sobre don Simuel Levi.

Irritado contra el don Pedro, por las revelaciones de Leila, envió á Juan Diente á Toledo, con algunos ballesteros de maça, con orden de prender á su tesoro, y conducirlo á Sevilla.

Juan Diente no dilató mucho su jornada; presentóse de repente en la casa que ocupaba en la judería de Toledo don Simuel, y arrancándole del lecho, le intimó de orden del rey su prision, mandándole cabalgar en una mula que se le tenía dispuesta.

En vano don Simuel recurrió á las seducciones, á los más incitantes ofrecimientos. Juan Diente era un servidor incorruptible y leal para el que la voluntad de don Pedro era sagrada, y don Simuel, sujeto entre sus garras, se vió con terror conducido á Sevilla y encerrado en un lóbrego calabozo de las Atarazanas, donde no tardó mucho en presentarse Mateos Ferrandez secretario y canciller del rey.

—Su señoría, le dijo el canciller, me manda á vos contando con vuestra docilidad y vuestro arrepentimiento; su señoría sabe que le habeis hecho traicion; pero contando con vuestros largos y antiguos servicios de otro tiempo, quiere trataros con misericordia.

—El rey, señor Mateos Ferrandez, dijo cobrando algun aliento el judío, está sin duda necesitado de dinero, y apela conmigo al terror para sacarme nuevas sumas. Yo siempre he sido leal al rey, lo soy y lo seré: pero mis tesoros no eran por cierto inagotables: el rey consume el oro con más rapidez que el fuego la riadera menuda y seca, y me ha empobrecido de manera que entre lo que yo tengo y lo que poseen mis parientes, quedándonos reducidos á la miseria, apenas podríamos procurarle cien mil doblas, cantidad insuficiente para los gastos que le amenazan, si es verdad, como he oido decir en Toledo, que el conde de Trastámara está á punto de pasar la frontera de España con Francia, auxiliado por la gran compañía, á cuyo frente viene ese maldito dogo de Bretaña Beltran Duguesclin.

Y así era la verdad; Enrique de Trastámara habia logrado, en fin, que el regente de Francia, ofendido y lastimado por las desgracias de su prima la reina doña Blanca, y deseoso por otra parte de echar fuera de Francia las hordas de aventureros que la devastaban y que ya eran inútiles por la tregua tratada con los ingleses, las pusiese bajo las órdenes de Duguesclin á su disposición, y le reconociese como rey de España: la tempestad se acercaba, y Castilla veía con terror acercarse aquella nueva plaga, con la cual venían todos los horrores de la guerra.

—El rey, dijo Mateos Ferrandez, después de haber mirado con compasión al tesoro algunos momentos, el rey sabe que le habeis hecho traicion, ayudando los manejos de cierta doña Ana Tellez de Ulloa, á quien habeis servido contra su señoría hasta el punto de introducir por ciertas comunicaciones, que vos solo conociais, á esa mujer en el alcázar: mediante vos esa mujer ha podido apoderarse de cédulas en blanco autorizadas en forma, de alhajas de gran precio y de secretos importantes: los resultados han sido funestos: doña Blanca ha sido tenebrosamente asesinada, el rey se ha visto acometido de una manera sorda, por una mano invisible, y cuando ha logrado descubrir y asir esa mano, se le ha escapado, dejando burlada su justicia, merced á vuestras traiciones, que habian puesto en el caso á esa mujer de conocer mejor que el rey los secretos de su alcázar.

—¡Que el rey ha tenido entre sus manos á Leila y la ha dejado escapar! exclamó convulso el tesoro.

—Vuestra traicion está manifiesta dijo Mateos Ferrandez: aunque no se tuvieren pruebas, vos mismo nos las suministrais, pronunciando el nombre árabe de esa mujer. Conocéis bien al rey, y sabeis que no perdona facilmente á los traidores. Sin embargo.....

—¡Qué! dijo don Simuel alentando una esperanza.

—El rey os dejará la vida, con una condicion.

—¿Y que condicion es esa?

—Que le entregueis vuestros tesoros.

—¡Mis tesoros, poderos Dios de Israel! mis tesoros estan en poder del rey, que me debe sumas considerables: lo que me queda no merece el nombre de tesoro.

—Tened en cuenta que el rey está resuelto á poner á prueba vuestra avaricia.

—Yo quiero ver al rey, hablarle: el rey comprenderá, si me escucha, que estoy pobre, casi arruinado: el rey me creerá cuando le diga, que todo mi haber consiste en sesenta mil doblas, cuatro mil marcos de plata, y como otras cuarenta mil doblas en joyas y telas de brocado. Si el rey desea apropiarse esos miserables restos de mi fortuna, suyos son: pero aunque me esprima, aunque me estruge, como una naranja, no podrá sacarme ni un maravedí más. En cuanto á esas traiciones de que me acusa, yo haré entender á don Pedro, y no solo se lo haré entender, sino que se lo probaré, que me he visto en las manos de un demonio, y que si alguna cosa he hecho en su deservicio, la culpa no es mia: si no de la severidad, de la exagerada severidad del rey, que tan terrible le hace. Yo hubiera atajado el mal en su origen si hubiera contado con hallar al rey razonable. Pero primero temí, después, esa mujer funesta me ha envuelto como la araña envuelve en sus telas á una mosca... y el rey... el rey con su crueldad ha tenido la culpa de todo.

Don Simuel hablaba sinceramente, pero ya no era tiempo. El canciller le miró de nuevo con una más profunda espresion de lástima, y le dijo:

—Dueleme, don Simuel, que hayais acordado tan tarde á hacer vuestras revelaciones: acaso antes de la muerte de la reina, si hubierais entregado esa mujer al rey... ¿quién sabe? el rey os apreciaba en mucho; estaba acostumbrado á vos; erais su favorito... pero ahora... conocéis al rey, y sabeis que jamás perdona ciertas traiciones... yo le conozco tambien y sé que no os queda más medio de salvacion, que revelar el lugar donde se encuentran vuestros tesoros.

—¡Pero si ya os he dicho que esos tesoros son imaginarios!

—Y os creo don Simuel, os creo; pero no sucede así con el rey, que me ha dicho terminantemente: si se niega á entregarnos el oro que nos ha robado (son palabras del rey no mias), al tormento... al tormento con él.

—¡Al tormento! exclamó, lanzando un grito de terror don Simuel.

—Os repito, que me duele el veros reducido á tal estado, dijo el canciller: si pudiera salvaros os salvaría... no puedo, y, á mas, una simple vacilacion en mí bastaría para que el rey me hiciese sufrir todas las consecuencias de su cólera.

—¡Que venga el rey! ¡que me lleven á su presencia! ¡que me escuche! exclamó desesperado don Simuel.

—Vuestra peticion es inútil, dijo Mateos Ferrandez y me veo en la dura necesidad de intimaros por última vez la voluntad del rey.

—¿Pero el rey quiere asesinaros? demasiado sabes que... nada poseo... que estoy empobrecido; y luego, esa infame mujer me ha condenado, aterrándome, á gastos que han acabado de arruinarme.

—¿Insistís, pues?

—Insisto en la verdad, exclamó con una angustia indefinible el juilío.

—En ese caso, y por mas que me pese al deciroslo, seguidme don Simuel.

—¿Qué os siga yo, resignado, como un buey á quien llevan al matadero...! no, no lo esperéis de mí. Que me arrastren al tormento, que me lleven; pero seguidme yo... no, no, no...

Mateos Ferrandez abrió entonces la puerta, llamó, y entraron cuatro ballesteros.

Lo que sucedió despues, fue repugnante: don Simuel se defendió cuanto pudo, pero inútilmente; gritó, lloró, se retorció entre los brazos de los ballesteros, les moriló, y solo logró con sus esfuerzos impotentes, que su tormento empezase en el calabozo, porque los ballesteros le arrancaron de él, golpeándole, sujetándole, de una manera dolorosa y brutal.

Mateos Ferrandez, mudo, sombrío, disgustado, pero sujeto á la voluntad del rey, como una rueda al movimiento de un mecanismo de que forma parte, siguió á los ballesteros que conducian á don Simuel, como hubieran podido conducir un fardo.

Despues de muchas vueltas y revueltas pararon al fin de una lóbrega cruzía delante de una gran puerta: abrióse aquella puerta, y desaparecieron por ella preso, ballesteros y canciller: al poco tiempo de haberse cerrado aquella puerta, se oyeron terribles alaridos que al fin cesaron.

Media hora despues Mateos Ferrandez, pálido y sombrío, salía de las Atarazanas y se encaminaba al alcázar, llevando un pergamino enrollado en la mano.

CAPITULO III.

De cómo el rey dió un banquete que podía llamarse diplomático á Men Rodriguez y á su mujer, en la cámara de doña María de Padilla.

En aquellos momentos el rey comía en el alcázar, en la cámara de doña María de Padilla.

Acompañándole en la mesa, que estaba ostentosamente cubierta con una riquísima vajilla de oro y los mas suculentos manjares, á la derecha doña María de Padilla, frente á ella en el costado de la izquierda Men Rodriguez de Sanabria, y frente al rey Beatriz la hermosa.

Cuatro camareros con trajes de córte servían la mesa, llevando á ella los platos que les entregaban, en la puerta hermosos pajes maravillosamente vestidos. Pero de Rivera, con traje asimismo de córte, servía la escudilla, primero al rey, despues á doña María, y luego á Men Rodriguez y á Beatriz, aunque doblegando su orgullo de infanzon cuando se trataba de estos últimos; y del mismo modo violento aunque disimulado, cuando se trataba de servir á los dos jóvenes, escanciaba vino en grandes copas de oro el copero mayor Martin Yañez.

De tiempo en tiempo y cuando no podian ser vistos este último y Pero de Rivera, cruzaban una rápida mirada que podía traducirse por:

—¿Adivináis vos lo que significa esto?

Y en efecto habia tantas cosas estrañas en aquel banquete oficial, al que eran admitidos dos vasallos, que nada tenia de estraña la perplejidad de los dos nobles.

El rey y doña María de Padilla estaban rigidamente enlutados por la muerte de doña Blanca; y el mismo luto llevaban, aunque menos rígido, Men Rodriguez, Beatriz, Rivera, Yañez, los camareros y los pajes.

La córte estaba de riguroso luto por nueve dias, y no habiéndose cumplido aquel plazo, y retumbando aun el doble de las campanas de Sevilla por la reina muerta, un banquete en aquellas circunstancias no podía menos de parecer estraño, y tanto mas, cuando el hambre y la peste afligian á Sevilla.

No podía atribuirse aquello mas que á una de las escenticidades del rey, y como las escenticidades de don Pedro eran generalmente de mal agüero, todos callaban esperando el fin de aquello.

Hacia algun tiempo que entre el rey y doña María de Padilla habia reyertas sordas, causadas por la sombría tristeza que mostraba la primera, tristeza que no bastaban á disipar las caricias, los halagos, ni las razones del rey. Cuando despues de haber luchado en vano por conocer la causa de aquella tristeza, el rey se encolerizaba, la Padilla se retiraba llorando, y el rey iba á encerrarse furioso en su cámara y á entregarse á uno de aquellos accesos que Juan Diente calificaba, no sin razon, de locura.

Desde el dia de la terrible escena acontecida entre el rey y Leila, el aspecto de don Pedro se habia regularizado, aparentando una calma y una paz profunda: apenas salía del alcázar, habia hecho que Men Rodriguez y Beatriz se trasladasen á él desde la casa que por órden del rey les habia procurado don Simuel Levi, y pasaba su tiempo ora hablando con el jóven montañés, ora con su hermana, ora largas horas en la cámara de doña María.

Todos los dias al oscurecer se le presentaba Juan Diente, y le decia estas solas palabras.

—El infierno debe haberse tragado á esa mujer: todo cuanto me afano en su busca es inútil; empiezo á creer que se nos ha escapado.

—Ella se nos presentará cuando menos lo pensemos, contestaba el rey.

—Pues si se me presenta á mí, antes que á vuestra señoría, no la vereis sino muerta, contestaba el balletero.

Cuando Juan Diente dejaba al rey, este entraba en su recámara y se encerraba en ella durante una hora con su consejo, con el que trataba los negocios públicos, que eran entonces gravísimos, puesto que se tenían encima la peste, el hambre y la guerra representada por Enrique de Trastámara, que con Beltran Dugesclin, con los desterrados castellanos y la gran compañía, se acercaba al Pirineo.

Don Pedro miraba todas estas plagas desde la altura de su valor: no las despreciaba, pero no las temía; para él la peste era un azote de período fijo y transitorio; el hambre, un mal que, sino de momentáneo remedio, podía combatirse, y aquel bastardo, aquellos traidores, aquel ejército de aventureros, un excelente cebo para dar á su estandarte y á sus soldados un glorioso dia de matanza y de victoria.

Don Pedro, pues, dejaba correr la peste, combatía el hambre con sabias medidas administrativas, y en medio de esto hacia aprestos de guerra tan formidables como los que habia hecho para la campaña de Aragón.

Don Pedro necesitaba las situaciones difíciles para dar á conocer su valor sereno, inmenso, sin limites: una traicion aislada, una pequeña contrariedad, un

inconveniente cualquiera, bastaba para hacer estallar su cólera: cuando el peligro era grande, cuando la tormenta se acercaba rugiente y amenazadora, la razón del rey se concentraba, su valor crecía, y sereno, pálido y altivo, presentaba su rostro á la tempestad y la desafiaba.

Después del consejo, el rey buscaba á Men Rodríguez, y embozados ambos en sus capas, salían del alcázar por un postigo de los jardines y recorrían la ciudad: el rey observaba el espíritu público, espíaba, conocía por sí mismo las necesidades de su pueblo, y en alta hora se retiraba al alcázar, despedía á Men Rodríguez, y poco después él solo, á oscuras se dedicaba á espíar su propia casa.

Nada, sin embargo, notó de extraño en el palacio: la Padilla oraba hasta una hora muy avanzada, acostábase después, y todo su departamento quedaba entregado al sueño y al silencio. En cuanto á Men Rodríguez y á Beatriz, el rey podía observarlos también, merced á los pasadizos secretos del alcázar: Beatriz hablaba algun tiempo con Men Rodríguez, como con un hermano, y Men Rodríguez la trataba con el cariño y la solicitud con que hubiera tratado á sus hermanas: después, y como el rey no hubiese mandado poner en sus habitaciones mas que un lecho nupcial, Beatriz se entraba sola en la ancha alcoba, y cerraba la puerta: Men Rodríguez leía ó se paseaba durante algun tiempo; y en general se acostaba en un diván.

Otras veces, después que Beatriz se habia dormido, Men Rodríguez abría silenciosamente la puerta de la cámara, después de haberse ceñido una cota de maila y una fuerte espada, y envuelto en una capa salía; el rey le tomaba la vuelta por un callejon secreto, le esperaba al paso, le seguía, le veía bajar al patio, llegar á la poterna, hacerse abrir y salir del alcázar. El rey salía tras él: la primer noche atravesó á Sevilla, y fué á pararse junto á un postigo de la casa de doña Isabel Nuñez de Lara, abrió con una llave y entró.

Lo mismo aconteció las noches sucesivas.

Sin embargo, como no hay nada tan difícil de vencer como un zeloso, el rey no perdió por esto su prevención para con Men Rodríguez: por el contrario, aquellas nocturnas visitas á doña Isabel, que era muy amiga de la Padilla, le hicieron recelar mas. ¿Acaso la viuda del infante don Juan no podia ser la intermediaria entre Men Rodríguez y su esposa?

¿Acaso un hombre que siendo esposo de una mujer tan hermosa como Beatriz, no procuraba su posesion, no daba bastantes señales de estar dominado por otra pasión ardiente, esclusiva é intensísima? ¿Y si hubiera amado de tal modo á doña Isabel Nuñez de Lara, no la hubiera salvado de la prision; no se hubiera alejado de Castilla con ella, siendo así que doña Isabel poseía riquezas bastantes para hacer que su amante no necesitase para ser en cualquier reino extraño un poderoso caballero, de la proteccion de un rey? Don Pedro buscaba sutilezas para convencerse de lo que no quería creer; esto es, de que Men Rodríguez le hacia traicion y doña María le engañaba, y buscando estas sutilezas acogía los pensamientos mas descabellados y absurdos.

No satisfaciéndose, pues, con las nocturnas y misteriosas citas de Men Rodríguez con doña Isabel Nuñez de Lara, quiso penetrar su misterio, y á fuerza de oro logró ser introducido y escondido por una de las dueñas en el dormitorio de la noble viuda.

Vióse obligado el rey á estar mucho tiempo encogido, sofocado, sudando dentro de un armario, que á tales situaciones suelen verse reducidos los zelosos, y solo después de haberse dado treinta veces al diablo, y de haberse tragado y devorado una espantosa dosis de cólera, llegó el momento de que se abriese la escena por él tan anhelada. Oyéronse pasos en una habitacion inmediata, levantóse al fin un tapiz, y entraron doña Isabel, pálida, débil, demudada, pero

hermosísima, apoyándose lánguidamente en el brazo de Men Rodríguez, que la sostenía con la solicitud que pudiera sostener una madre á un hijo moribundo.

Porque doña Isabel Nuñez de Lara era un moribundo que sostiene en pié una larga agonía, una lámpara que se apaga, un perfume que se evapora. Y esto mismo, esta languidez de la materia, esta expansion del espíritu, cereano á verse libre de la cárcel mortal; la grandeza que da el sufrimiento aceptado, hacían de doña Isabel un trasunto divino de sí misma, una hermosura purificada, el ángel, en fin, del sufrimiento y de los dolores.

No era una criatura, era un espíritu en el cual no habia mas materia que la indispensable para que tuviese formas sensibles; la turgente morvidez que tan incitante la hacia algunos meses antes, habia desaparecido, su alto seno se habia deprimido, sus manos eran transparentes casi, y su blancura se habia hecho diáfana. Y sin embargo, su hermosura habia acrecido de una manera maravillosa, espiritualizándose, y sus negros ojos parecían haber aumentado en tamaño, en brillo, en expresion: eran dos objetos lúcidos en los cuales se habia concentrado su alma con toda su grandeza, todo su amor, toda su pureza é inmaculada castidad. Y decimos castidad de una manera moral, porque sabido es que hay muchas vírgenes con el alma prostituida, muchas prostitutas con el alma virgen, ó aplicándolo mejor á la situacion, muchas doncellas que parecen casadas, y muchas casadas que parecen doncellas.

En el aspecto de Men Rodríguez se notaba la profunda impresion que causaban en él aquellos encantos por decirlo así, fantásticos; el dolor intenso por aquel padecimiento sordo, roedor, mortal; los deseos volcánicos que le inspiraba aquella hermosura, que parecia tocar apenas con los piés á la tierra, y le elevaba con una aspiracion divina al cielo. Don Pedro comprendió que Men Rodríguez amaba, cuanto podia amar, á doña Isabel: la sombría tristeza del jóven, su desesperacion silenciosa, que en sus zelos habia atribuido á la conciencia de luchar contra un imposible enamorando á doña María. Conoció que un hombre que amaba como Men Rodríguez no podia amar mas que á la mujer que le inspiraba su amor: que aquella mujer era su ambicion, su orgullo, su esperanza, su desesperacion. Sintió remordimientos al conocerse la causa primera de la desgracia de aquellos dos seres tan nobles, tan grandes, tan entusiastas, tan á propósito el uno para el otro; y si hubiera podido salvar de la muerte á doña Isabel, y Beatriz no hubiera sido su hermana, el rey rompiendo por todo, hubiera dejado viudo á Men Rodríguez, y le hubiera arrojado como esposo en los brazos de doña Isabel.

Porque el rey avezado á la sangre, no se espantaba ante ella ni dejaba de derramarla si era necesario, para poder llegar á un objeto cualquiera, ya fuera la venganza, ya, como entonces, el deseo de hacer felices á dos seres dignos de la felicidad.

Men Rodríguez llevó á doña Isabel á un diván y se sentó junto á ella; por algun tiempo permaneció mirándola estasiado, y ella sostuvo en los ojos de su amante, su intensa, dulce y ardiente mirada.

— ¡Oh! ¡cuán criminales somos! dijo al fin doña Isabel.

— Pluguiera á Dios que lo fuésemos, dijo Men Rodríguez: al menos hubiéramos gozado en la tierra algunos momentos en intensa felicidad.

— ¿Por qué ese amor voraz, inquieto, é impuro, amigo mio? acaso creéis que valga mas el placer grosero de los sentidos, que la dulcísima fruicion de dos almas que se sobreponen á la materia y se confunden en una sola, y se comprenden, y se adoran, y se abrazan en un fuego instiguable, creado por ellas mismas, hijo suyo, puro y ardiente como la caridad, hija de Dios? ¿creéis, que á pesar de la pureza de esta union,

no es criminal? ¡Oh! si; vos os debéis todo entero en cuerpo y en alma á la mujer con quien os habeis casado.

—Es que yo al casarme con ella, señora, violenté mi corazón...

—Al violentaros debisteis aceptar enteramente el sacrificio...

—¿Y cómo lanzaros del alma, señora? ¿cómo separarla de vos que la habeis absorbido en la vuestra, que erais y sois su luz, su esperanza, su vida...? ¿Creeis que el hombre puede algo contra Dios? ¿creeis que todos los esfuerzos humanos podrian hacer que un cuerpo grave se elevase, en vez de caer...? No, no, el hombre, por mas que se revele, no puede nada contra Dios, se ve obligado á cumplir su destino, y mi destino es amaros.

—¿Y sabiais eso cuando os casasteis?

—Sí.

—Entonces no debisteis casaros por un triple motivo.

—¡Ah señora!

—Sí, por un triple motivo, por vos, por ella, por mí.

—No os comprendo, señora.

—Si vos, al casaros, hubierais amado á vuestra esposa; sino me hubierais dejado oír mas vuestro amor, sino me hubierais mostrado vuestra desesperacion, yo que al enviudar habia concebido esperanzas, yo que al verme libre habia dado suelta rienda á mi amor, que entonces era legítimo; yo que no habia merecido un abandono, hubiera sufrido, no os lo niego, pero mi dignidad hubiera dominado á mi amor, le hubiera escluido lentamente, porque no debemos amar á quien nos desprecia, y vos abandonándose por otra mujer me hubierais despreciado: en último caso solo me hubiera quedado de vos un recuerdo desventajoso, y vos enamorado de vuestra mujer hubierais sido feliz, porque vuestra mujer os ama, porque habeis nacido para hacerlos amar de todo el mundo. ¿Y qué sucede ahora? Al sacrificaros fanáticamente á la voluntad del rey don Pedro, siguiendo los consejos de vuestra exagerada lealtad, no os habeis sacrificado vos solo, habeis sacrificado á dos infelices que ningun mal os habian hecho y que os adoran: esas dos mujeres, somos doña Beatriz vuestra esposa, y yo. Yo no tengo celos, porque sé que no la amais, que no amais á nadie mas que á mí. Sé que sois mio, enteramente mio: pero yo no soy mala: he adivinado que robo vuestro amor á vuestra esposa que sufre, calla, y os trata como hermano...

—Y si doña Beatriz me ama, no me ama de otro modo.

—Os engañais: solo la he visto algunas veces en la cámara de doña María y la he comprendido: doña María, además me ha confiado el secreto de su nacimiento: doña Beatriz ha heredado la hermosura, la pureza, la dignidad de su madre, de la cual, aunque no he podido conocerla, tengo muchas noticias, y el carácter enérgico, dominador, orgulloso y noble, de su padre el rey don Alonso el XI: doña Beatriz, nacida para amar, requerida de amores por un escudero, cuando solo era conocida en el mundo como la hija de un zapatero, abrió su alma al amor, se fingió en Andrés el ser que su alma necesitaba, y amó un sueño: pero á Andrés le faltaban muchas cualidades para ser el hombre de doña Beatriz: vos os cruzasteis en su camino, y la casualidad la ha hecho vuestra esposa: Beatriz ha encontrado en vos su sueño, su ser, su hombre: el mancebo hermoso, el rico-hombre activo, el caballero valiente y leal, el espíritu que sueña grandezas y sabe practicarlas, la lealtad que se sacrifica al heroísmo que lucha y triunfa ó muere. Ha visto en vos el hermano, pero no ha visto el amante. Activa, ha callado, ha disimulado, os ha ocultado su sufrimiento: mujer, y mujer de una voluntad enérgica, como su padre, y como el rey, se ha propuesto inspiraros amor, y os lo inspirará un día, porque yo moriré muy pronto, y á los muer-

tos, cuando se les ama, se les llora mucho, por mucho tiempo, pero al fin se les olvida...

—¡Oh! ¿porque ese tenaz pensamiento de muerte? dijo Men Rodriguez, para quien no existia nada mas que doña Isabel.

—No nos engañemos, amigo mio: mi vida se estingue de una manera dulce y muy lenta como una fuente que se seca. Hoy creí que todo se concluía, que no os volvía á ver.

—¡Hoy! exclamó con espanto Men Rodriguez.

—Si; sentime blandamente trasportada á un sueño profundo: mi respiracion era difícil, mis párpados pesaban como plomo, mi sangre crecía lentamente en calor, y aquel calor me atargaba; un sudor copioso empapaba mis cabellos y corría en abundancia por mi frente. En aquel momento una de mis doncellas abrió un balcon, y una fria ráfaga de viento, me hirió de una manera punzante: mi sudor se heló, mis ojos se abrieron, resucité.

—Os engañais, os engañais, habeis confundido un vértigo con la muerte.

—No, no; aunque el paroxismo pasó, hoy me siento mas débil, mas enlanguidecida que ayer; esta noche debo haber pesado mas en vuestro brazo... no soñemos... ¿quién sabe si estamos en nuestra última despedida?

—Me estais despedizando el corazón, señora, exclamó Men Rodriguez: sois conmigo mas cruel que lo ha sido el rey, casándose con su hermana.

—¿Y por qué? dijo dulcemente doña Isabel: ¿no es preferible morir á vivir en esta vida de agonía luchando con un amor imposible, y como ya os he dicho criminal? No, no; la muerte es un bien que Dios me retarda demasiado, y mi muerte será para vuestra esposa la felicidad... porque... al fin... como os decía, mellorareis mucho, pero vuestro dolor irá calmándose á medida que el tiempo corra: al fin no os quedará mas que un dulce recuerdo, que no tendrá bastante fuerza para resistir el amor que doña Beatriz sabrá inspiraros... la amareis y seréis feliz... y esa felicidad, que ya lo es para vos en el porvenir, hace que la muerte no me sea dolorosa... ¿caso no gozaré yo vuestra felicidad en el cielo?

Era ya tan débil la voz de doña Isabel al pronunciar sus últimas palabras, tan fatigosa su respiracion, tan tumecida su mirada, tan febril el color de sus mejillas, que Men Rodriguez al apercibirse de ello lanzó un grito de horror.

—¡Oh! dijo doña Isabel con voz ininteligible casi; es la muerte, es la muerte... tirad de esa campanilla, para que acuda mi servidumbre... vos no podeis ausiliarme... necesito de mis últimos momentos para volverme á Dios.

—¡Oh! es otro horrible vértigo, exclamó Men Rodriguez, el aire os hizo bien esta tarde, ahora os le hará tambien.

Y asíó á doña Isabel.

—¡Ah! os ven desde la calle, apagad, apagad la luz, no me desoureis ante los ojos del mundo.

Men Rodriguez apagó la luz; poco despues el rey sintió abrir un balcon y protegido por la oscuridad salió del armario y se aproximó á los amantes con paso lento, para evitar el sonido de sus canillas.

—¡Oh! creo que os sentís mejor, Isabel, Isabel mia: vuestro corazón late con mas libertad.

—¡Oh! ¡dejadme! ¡dejadme! exclamó doña Isabel con un acento tal de pudor ofendido, que don Pedro comprendió que Men Rodriguez la estrechaba entre sus brazos.

El rey percibió algunas palabras ardientes y entrecortadas pronunciadas por Men Rodriguez, y despues un llanto dulce, uno de esos llantos de consuelo, que acompañan á la felicidad en ciertas organizaciones, luego sintió que Men Rodriguez se separaba del balcon llevando á doña Isabel entre sus brazos, y escuchó es-

las palabras pronunciadas con pasión por Men Rodríguez.

— ¡Oh! ¡la muerte! ¡mi amor la curará!

— ¡Pero si vuestro amor me vuelve á la vida, me habrá arrebatado la honra!

El rey no quiso escuchar mas, deslizo rápidamente por la estancia, llegó á tientas á una puerta á través otra habitación y dijo en voz contenida.

— ¿Estais ahí?

— Sí, señor, contestó una voz de vieja.

— Llévame á la calle, repuso el rey.

— Venid, señor.

Poco despues se abria un postigo.

— Tomad, dijo el rey á la vieja, y mañana en la próxima iglesia de San Juan de la Palma, donde encontrareis un paje á la hora de misa mayor, junto á la pila del agua bendita, decidle sin nombrarla, en qué estado de salud ha amanecido vuestra señora.

— Iré, dijo la dueña, y cerró.

El rey se separó entonces del postigo, y espada en mano, porque los tiempos no eran para menos, y cruzándose acá y allá con carros de apestados, que se trasladaban de noche de los depósitos al cementerio, se encaminó al alcázar, no sin entregarse á graves pensamientos por el camino.

— Los hombres me han puesto en la terrible situación de dudar de todo, se decía, y he desconfiado de Men Rodríguez. ¡De Men Rodríguez! ¡del mas leal, del mas valiente, del mas generoso, del mas noble de mis vasallos! ¡oh! ¡aunque no amase como ama á esa desdichada, jamás se hubiera atrevido, ¿qué digo, atrevido...? ¡jamás hubiera puesto los ojos en la esposa de su señor! ¡Un nombre que sacrifica su amor, su felicidad, á la voluntad de su rey! ¡vamos, Juan Diente tiene mas perspicacia, piensa mejor que yo! ¡pero ella! ¡sí, ella le ama, y será muy posible...! ¿No ha dicho doña Isabel que Men Rodríguez ha nacido para hacerse amar de todo el mundo? ¿no le ama aunque en silencio mi hermana? ¡Oh! pronto sabré si doña María le ama ó no.

Y como llegase entonces al alcázar, entró por la porterna, y dijo al alfez de la guarda.

— Vigilad, ved á qué hora entra en el alcázar el señor Men Rodríguez, y avisadme.

El rey subió, se metió en su cámara y se acostó.

Ya entrado el día se le presentó el alfez de la guarda.

— Señor, le dijo, el señor Men Rodríguez de Sanabria, ha entrado en el alcázar poco antes de amanecer.

— ¡Oh! ha estado con ella cuatro horas; dijo el rey: jamás ha estado tanto. ¡Pobre hermana mía!

A las nueve se le presentó el paje que había enviado á San Juan de la Palma.

— ¿Qué te ha dicho la vieja? le preguntó el rey.

— Que su señora ha amanecido tan mejorada que el médico ha concebido esperanzas de salvarla.

— ¡Oh! murmuró el rey para sí, el amor hace milagros.

Y despidió al paje.

— Estoy seguro, continuó pensando el rey, de la lealtad de Sanabria: su primer amor soy yo; yo su rey... yo su señor natural... despues doña Isabel Nuñez de Lara: yo y ella somos su pensamiento: pero no estoy seguro del mismo modo de María... si María hubiese concebido por Men Rodríguez una pasión profunda... si fuese cierto lo que me ha dicho, esa infame mujer, esa Leila, esa doña Ana... si esa mujer fuese verdaderamente hechicera...

El rey que era, como hemos dicho otras veces, supersticioso, acaso por la influencia de su tiempo, se estremeció.

— Pero eso no puede ser, si fuera hechicera su venganza no hubiera esperado tanto, hubiera puesto en práctica todos sus medios... se valdria de artes sobrenaturales... y sin embargo ella ha desaparecido... to-

do mi poder ha sido inútil para prenderla... aquí debe haber algo de misterioso... pero yo estoy avisado... y... desafío á esa terrible mujer... sí, la desafío, y veremos... veremos si yo, que he vencido tantos formidables enemigos; yo, que he hecho que una nobleza bravia se estremezca al sonido de mi nombre, logro vencerla... ¡oh! sí, lo quiero, y la venceré... la venceré, aunque Satanás la proteja... y es necesario acabar... sabré á qué atenerme respecto á doña María, y lo sabré hoy mismo... los pondré frente á frente, la observaré: oh, si... si...!

Y en aquel punto dió las órdenes necesarias para el banquete en el cual al principio de este capítulo hemos presentado á los cuatro personajes.

Al fin aquellas cuatro personas estaban frente á frente: doña María habia escuchado de una manera estóica el anuncio de aquel banquete y Men Rodríguez y Beatriz con sorpresa. El rey se mostraba grave, pero no serio, pudiendo atribuirse su gravedad á los lamentables sucesos que á la sazón tenían lugar y á la reciente muerte de la reina. Doña María de Padilla, visiblemente enferma y apurada, aparentaba una calma que no sentia, y miraba de una manera indiferente é igual á Men Rodríguez y Beatriz; Men Rodríguez estaba notablemente distraído hasta el punto de cometer torpezas tomando un objeto por otro en la mesa, y Beatriz se mostraba satisfecha, feliz, descuidada aunque en armonía con la gravedad general.

La conversacion era lenta, cortada, indiferente: no se pronunciaba una palabra acerca de la peste ni del hambre, ni de la guerra: parecia que todos huían de aquellos asuntos, y, como el luto de la corte prohibiese el tratar materias frívolas ó alegres, todo se reducía á palabras inútiles, á observaciones sobre el tiempo, á esas mil insulces vacías de sentido que se aventuran cuando nada se tiene de que hablar: sin embargo cada uno de los tres personajes que acompañaban al rey sabian, conociendo el carácter de don Pedro, que se habian reunido allí para algo, pero no adivinaban en qué podia consistir aquel algo: era la escentricidad mas rara, mas imotivada que hasta entonces habia tenido el rey.

Don Pedro entretanto observaba á doña María, pero oculto por aquella profunda reserva que le hacia parecer indiferente y descuidado cuanto mas árido era el empeño que se revolvía en su pensamiento. Sin embargo, pasó mucho tiempo y el rey no pudo notar ni la mas leve señal de amor, de cuidado por Men Rodríguez, en doña María. Se acababa la comida y el rey estaba ya desesperado de aclarar sus dudas, cuando se abrió la puerta de la cámara y un paje dijo desde ella.

— ¡Señor! ¡el canciller Mateos Ferrandez!

— ¡Oh! mi buen canceller, dijo don Pedro: me habia olvidado de que le di órden de que viniese á verme en el momento que concluyese cierto asunto, sin respetar cualquiera ocupacion en que me encontrase. ¡Que entre el canceller!

Poco despues entró Mateos Ferrandez vestido con un ropón talar negro, pálido y sombrío y con un pergamino arrollado en la mano.

Al ver el pergamino ardió en los ojos del rey una mirada estraña.

— ¡Oh! murmuró para sí: es un pretexto excelente y al menos por esta vez saldré de dudas.

El canceller se detuvo al llegar á la distancia á que el ceremonial prescribia quedasen los vasallos delante de los reyes, y dobló una rodilla en tierra al pronunciar la palabra:

— ¡Señor!

Men Rodríguez y Beatriz se pusieron de pié, tambien por ceremonia, pero doña María de Padilla permaneció sentada, lo cual era demostrarse reina.

— Alza, mi buen canceller, dijo el rey, alza y habla.

Mateos Ferrandez se levantó, y Men Rodríguez y Beatriz se sentaron.

—Don Simuel, señor... dijo el canceller, y se detuvo.

—¿Ha declarado?

—Sí, y no: ha declarado algunas traiciones...

—Pero el tesoro... el tesoro que ha hecho robando nuestras rentas reales...

—Ha negado tenazmente, señor.

—No importa que un acusado á quien se pregunta niegue: creo y no me engaño al creerlo, que en nuestro castillo de Atarazanas hay una cámara de tormento.

—Y don Simuel ha sido puesto en la rueda pero...

—¿Pero qué!

—¿Ha muerto!

—¿Ha muerto! exclamó palideciendo doña María.

—No ha podido resistir al tormento, señora, contestó profundamente el canceller.

—Páreceme que la muerte de un traidor te constrieta demasiado, canceller, dijo el rey poniéndose de pie y con el acento breve incisivo y duro, que era siempre precursor de su cólera.

—¿Yo... señor! exclamó asustado Matcos Ferrandez.

—Y... ¡ay del día en que yo me decida á concluir de una vez! continuó el rey con acento mas duro: no me rodean mas que traidores y cobardes.

—Había mucho de verdad en la irritación del rey, porque le contrariaba que don Simuel Levi hubiera tenido valor para morir antes que revelar el lugar donde tenía escondidos sus tesoros y en cuya existencia creía el rey, pero aquella irritación estaba muy lejos de llegar á su terrible cólera: sin embargo lo fingió admirablemente y todos se levantaron.

—Si, repitió el rey: no me rodean mas que cobardes y traidores.

—¿Señor! se atrevió á decir Men Rodriguez...

—¿Cómo! ¿quién se atreve á hablar delante de mí, cuando yo no le pregunté...? ¿eres tú acaso, Men Rodriguez...? ¿tú, á quien yo he sacado de tu oscuridad y cuya soberbia ha crecido tanto con mis mercedes, quien se atreve á reprocharnos?

—¿Señor! ¿señor! pensad lo que queráis; pero ved lo que decis.

—¿Oh! ¡bien! ¡muy bien! dijo el rey dejándose arrastrar de una cólera que llamaremos artificial. ¡He aquí! ¡he aquí á mis buenos á mis leales vasallos! tan escasos andamos de ellos que los que se deciden á servirnos creen hacernos una merced, y tanto se engrían, tan quisquillosos se hacen, que es preciso que el rey, que el señor de sus vidas y de sus haciendas, cuide de no pronunciar junto á ellos una palabra mas alta que otra. ¡Oh! ¡oh! ¡á mis ballesteros, á mis ballesteros con todos!

—Mi cabeza es vuestra, dijo el indomable Men Rodriguez, como lo son mi corazón y mi brazo, y yo puedo hacer de ella lo que os plazca...

—Lealtad que arguye y disputa, es una lealtad que está muy cerca de la rebeldía.

—¿Rebelde yo! exclamó todo trémulo Men Rodriguez.

—Sino que os habeis vuelto loco, señor guarda mayor de mi casa, señor de la Puebla de Sanabria, ricónombre caballero y mesnadero: creo que á ciertas gentes honrarlas es esperarlas, quitaos de ante mi vista, idos á vuestros aposentos en mi alcázar, y esperad en ellos órdenes mías.

—¿Puedo seguir á mi esposo, señor? dijo con dignidad y firmeza aunque muy pálida Beatriz.

—Sí, sí, id: no pretendo separaros de él en vida, dijo con voz intencionada el rey.

Beatriz salió; á duras penas había contenido las lágrimas delante del rey, que sin reparar en ello tenía la mirada fija, atónita, aterrada, muda, en doña María de Padilla, que sin ver nada de lo que la rodeaba, pálida como un cadáver, convulsa, fijaba una mirada inesplicable en la puerta por donde había salido Men Rodriguez.

—¿Con que es verdad! gritó el rey dejándose ar-

rastrar de su desesperación: ¡con que nada me queda ya sobre la tierra!

—¿Y qué es verdad, señor? dijo doña María, volviendo en sí, por decirlo así, al grito misterioso y desgarrador del rey.

—¿Nada! ¡nada! contestó el rey reprimiéndose, por orgullo porque los seres eminentemente orgullosos jamás confiesan sus zelos: digo que es verdad la rebeldía de todos mis vasallos, cuando Men Rodriguez se ha atrevido...

—Ved, señor... que... vuestras palabras...

—¿Oh! ¡le defendeis!

—No le defiende, contestó dominándose doña María: ha faltado á su obligación como vasallo... ha debido callar... y sin embargo...

—Sin embargo que...

—Esa misma impetuosidad... esa franqueza... esa impaciencia...

—¿Y por qué no la llamis desacato?

—¿Señor! vos sabeis mejor que yo lo que debéis hacer... y por lo tanto nada he debido hablar... permitidme que me retire... sufro...

—Sufris...

—Si... estoy enferma... y el veros irritado, acosado siempre por los terribles cuidados del mando... dadme licencia, señor.

—Si, sí, id doña María: reponeros... tanto mas, que será muy posible que hagamos un viaje, y quiero que cuando llegue ese caso, os encuentre fuerte. Si, id... ó mejor dicho... quedad con Dios... estais en vuestra cámara, y yo tengo que tratar muchos de los enfadosos asuntos de que hablais en la mía... Adios señora, adios. Sigueme canceller.

Antes de llegar á su cámara, el rey arrancó el pergamino al canceller, le despidió destempladamente y se encerró:

—¿Oh! exclamó: era verdad: esa infame Leila no menta: le ama... le ama... aquella mirada tan tenazmente fija en la puerta por donde había desaparecido; aquella palidez... aquel estremecimiento... al verle amenazado de muerte... al creer en mi cólera, su amor ha dominado á su disimulo... ¡oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿y qué hacer...? morir ¡morir cuando el bastardo me acomete! ¡morir cuando la peste y el hambre y toda la cólera del cielo se desploma sobre mi pueblo! no, no, me llamarían cobarde... insultaría mi cadáver mi enemigo... morir... sí... cuando haya esterminado á Enrique, cuando haya hecho una pira con las cabezas de todos mis nobles... cuando dentro y fuera y cerca y lejos, el nombre del rey don Pedro lo domine todo... entonces sí; cuando no me quede un solo enemigo que esterminar, uno solo siquiera de que satisfacerme... entonces, entonces, sí... es necesario morir porque yo no puedo vivir sin ella... sin ella. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡sin ella! ¡cuándo pensé yo que podría pronunciar esta palabra!

El rey se pasó las manos violentamente por los ojos y arrolló sus lágrimas.

Durante algun tiempo don Pedro permaneció inmóvil, apoyado en un mueble, desolado, muda: al fin hizo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo, dominó el sombriño de su semblante, se arrancó del lugar en que, por decirlo así, se había enclavado, salió de su cámara, después de haber pedido á un camarero su capa, su gorra y su espada, y se encaminó á los aposentos que ocupaba Men Rodriguez con Beatriz en el alcázar.

Encontró á Men Rodriguez paseándose meditabundo y tan preocupado, que no reparó en la presencia del rey; pero Beatriz que estaba sentada junto á una ventana mirando á los jardines, se levantó y le salió al encuentro, pálida y demudada.

—¿Venis á buscarle? dijo.

—Sí, vengo á buscarle, contestó el rey.

—¿Y para qué queréis á mi esposo? dijo con ansiedad Beatriz.

—Un vasallo jamás pregunta á su señor, lo que su señor quiere de él, dijo Men Rodriguez; al vasallo solo le toca callar y obedecer.

—Pues no siempre callas tú, Sanabria, dijo el rey.

—Cuando se ofende á un noble en su honor...

—Un rey como yo, puede decir lo que quiera á un vasallo como tú. ¿Me entiendes?

—Sí, todo, todo, menos traidor.

—Escucha, Sanabria, cuando yo llamo traidor á un vasallo mio de veras... entonces le queda poco tiempo para quejarse... pero cuando se lo llamó á un vasallo leal, solo por probar el temple de su espíritu.....

—¿Qué quereis decir, señor?

—Quiero decir, que eres muy valiente y que estoy satisfecho de tí : te has atrevido á defender tu honor levantándote ante mí, frente á frente. No hablemos mas de esto : ni una palabra mas : toma tu gorra y tu espada y sígueme.

Beatriz lanzó una mirada de recelo al rey.

—Queda con Dios, hermana mia, dijo el rey, comprendiendo aquella mirada : me llevo á tu esposo y se le volverá sano y salvo á Dios.

Y acercándose á Beatriz, la asió de las manos y la besó en la frente.

Poco despues el rey y Men Rodriguez salian á caballo del alcázar : seguiales el canceller Mateos Ferrandez y algunos ballesteros de maza, mandados por Juan Diente.

Al atravesar la ciudad en direccion á la judería, el rey no pudo menos de notar que el aspecto de Sevilla era mas alarmante que otros dias ; los menestrales no trabajaban, las tiendas estaban cerradas ; los grupos se apartaban silenciosamente al paso del caballo del rey y volvian á condensarse apenas habia pasado su comitiva ; el cielo, color de plomo impuro, seguia pesando sobre la tierra, y todo anunciaba que las calamidades estaban muy lejos de desaparecer.

De repente, al revolver una esquina, un hombrecillo jorobado, viejo, patizambo, se colgó á las bridas del caballo de Men Rodriguez, le detuvo, y agarrándose á los arzones, se izó, por decirlo así, para dejarse ver y oír mejor.

Men Rodriguez reconoció en aquel hombre, á maese Blas el campanero.

Sus ojos estraviados por una espresion insensata, se posaban inquietos en el jóven ; su ancha boca estaba contraída por una espresion horrible, y sus brazos agarrotados, plegados violentamente, sosteniéndole colgado al caballo, se estremecian de una manera profunda.

—¡Ah! ¡ah! señor rico-hombre, exclamó : ¿qué habeis hecho de vuestro amigo Andrés? ¿os habeis casado con su novia? ¿no es verdad?

El campanero, acabadas de pronunciar estas palabras, á que no habia sabido qué contestar Men Rodriguez, lanzó un alarido horroroso : el rey habia tendido sobre él, el pesado látigo que llevaba para regir su caballo ; maese Blas se dejó caer al suelo, y exclamó mirando sombríamente á don Pedro :

—¡Ah! ¡eres tú, buen rey! ¡tú el que tienes tu látigo sobre tus vasallos! ¡pues cuidado de que tus vasallos no te ahorquen con tu látigo, buen rey! ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡cuida que no te ahorquen con tu látigo!

Y maese Blas, apenas dichas estas palabras se deslizó, desapareciendo, sin saber cómo, y dejando una desagradable impresion en el rey que en aquellos dias creía ver en todo pronósticos.

—¡Vive Dios! exclamó espoleando de nuevo á su caballo, ¿sabes tú quien es esa musraña que se ha atrevido á amenazarnos?

—Es el padre del pobre Andrés Corchuelo, dijo conmovido Men Rodriguez.

—Es el campanero de la iglesia Mayor, que está borracho, señor, dijo Juan Diente, que marchaba á poca distancia del rey y habia oído su pregunta

—El infeliz se embriaga para olvidar, añadió Men Rodriguez.

—¡Adelante! exclamó el rey : mi pueblo se embriaga tambien deseparado ; será necesario ahorear á los que así le han puesto : vamos, Sanabria, vamos á buscar oro con que comprar dogales á casa de don Simuel.

Y el rey y los suyos siguieron.

Apesar de las graves circunstancias en que se encontraba el rey, su avaricia le impulsaba á ir él mismo á apoderarse del oro de su difunto tesorero : era operacion que no hubiera confiado á nadie, como no hubiera entregado á nadie su autoridad ni su querida.

Cuando entró el rey en la judería, notóse entre sus habitantes un movimiento de espanto.

Y aquel espanto era justo ; en las miradas del rey se comprendia que estaba dispuesto á todo.

Poco despues entraron en la casa de don Simuel Leví.

Entonces Mateos Ferrandez hizo fijar en la puerta un pergamino en que se declaraba traidor al difunto tesorero, y se confiscaban sus bienes.

Ya cerca de la noche, el rey salió ; delante de él salieron algunos ballesteros, llevando del diestro sus caballos que iban cargados de oro, y el rey se encaminó al alcázar. Al llegar á él, el rey dijo á Men Rodriguez :

—Sube á despedirte de tu esposa : ármate, y en el momento con el resguardo que yo te enviaré, lleva esas sesenta mil doblas al castillo de Carmona y entrégalas á mi tesorero Lope de Avendaño, de quien exigirás un recibo.

Y el rey que habia desmontado se perdió como una sombra á lo largo de una galería.

CAPITULO IV.

De lo que aconteció á Men Rodriguez en la villa de Carmona.

TRES dias despues de los sucesos anteriores y cuando Men Rodriguez salia del castillo de Carmona, despues de haber hecho la entrega de las sesenta mil doblas de don Simuel Leví á Lope de Avendaño, uno de los tesoreros de segundo orden del rey, al entrar en las calles de la villa se le atravesó una vieja y encorvada dueña, enteramente encubierta con un manto, y le dijo :

—¿Sois el señor Men Rodriguez de Sanabria?

—Yo sois el que decis, buen madre, contestó el jóven.

—Pues entonces, tomad esta carta que me han dado para vos, repuso la dueña.

—Y de quién es esta carta! dijo Sanabria examinándola.

—Ella misma os lo dirá ; en cuanto á mí no puedo deciroslo y adios, porque me esperan.

Y dicho esto la vieja, se alejó sin que Men Rodriguez pensara en detenerla.

Apenas quedó solo, abrió la carta, y en el momento en que arrojó la vista sobre ella se le vió estremecerse.

La primera frase que habia leído era el nombre de doña Isabel Nuñez de Lara.

—«Doña Isabel Nuñez de Lara, decia aquella carta, es vuestra amante; al fin vuestro amor ha vencido su virtud ; y no podia suceder otra cosa : os ama y habeis sido tenaz ; pero doña Isabel es una sombra á quien sostiene un soplo de vida : vuestros amores, vuestros placeres, se hunden lentamente en la tumba. ¿Queréis que viva doña Isabel y que vuelva á todo el esplendor de su magnífica hermosura? En vos consiste. Si deseais aclarar este misterio, id esta noche á la ermita de San Juan : en ella encontrareis un paje : seguidle y ese paje os traerá á la persona que os escribe.»

Inútil es decir que Men Rodríguez no vaciló un momento acerca del partido que debía tomar, tratándose de la vida de doña Isabel Nuñez de Lara: era media tarde y esperó impaciente á que llegase la noche: cuando esta llegó, Men Rodríguez se encaminó á buen paso á la ermita de San Juan, que estaba situada en una plazuela irregular y desierta á un extremo de la población, y al llegar allí, encontró en el ático de la ermita, un paje extraordinariamente gentil, pero cubierto el rostro con una antifaz y tan misterioso como la dueña que había dado la carta.

Cuando llegó á él Men Rodríguez, el paje le indicó con un ademán, que le siguiese, y Men Rodríguez le siguió.

El paje se encaminó á una casa cercana, abrió con llave la puerta, y entró, haciendo de nuevo á Men Rodríguez señal de que le siguiese. Sanabria penetró en un zaguan y el paje cerró la puerta, tomó una linterna encendida, que había en un ángulo, y subió, llevando en pos á Men Rodríguez, por unas estrechas escaleras. Al fin se encontraron en una cámara amueblada con gusto y con lujo sobre una de cuyas mesas ardian en dos candelabros seis bugias de cera perfumadas con incienso, á juzgar por el olor que exhalaban.

El paje indicó á Men Rodríguez que se sentase en un divan y salió cerrando atrás sí con llave una puerta.

Pronto empezó á impacientarse Men Rodríguez: la espera se hacia larga; por otra parte dominaba en la casa ese silencio peculiar de las casas deshabitadas: las habitaciones que había pasado hasta llegar á aquella cámara estaban desmanteladas; todo tenia las muestras de una estraña aventura. Sin embargo, ni un solo pensamiento de temor pasó por Sanabria, aunque sí, se marcó en su semblante una profunda espresion de impaciencia.

Pasó el tiempo, una hora, otra, y en una iglesia cercana sonó el toque de queda. En aquel punto, como si aquel toque hubiera sido una señal, se abrió la puerta por donde había entrado el paje, y adelantó una mujer, una dama de aspecto noble, altiva, perfectamente ataviada y prendida, de talle maravillosamente gentil, que adelantó con cierta precipitacion hácia Sanabria.

Este se puso de pié.

La dama se detuvo á algunos pasos de él y le miró de una manera tal, que sobrecogió á Men Rodríguez.

Aquella hermosísima dama, era Leila, ó doña Ana Tellez de Ulloa, como mejor queramos.

Y decimos hermosísima, porque el sufrimiento, la ansiedad, el fuego concentrado de sus terribles pasiones, habían dado una espresion fantástica casi inmaterial á sus miradas: su boca inspirante había ganado en voluptuosidad y en belleza; la lucha había erguido su soberbia frente, dándola una magestad infinita: era, en fin, Satanás con toda su sensual hermosura, Satanás doblegado, humilde, suplicante ante un hombre, pero amenazador, sombrío tras su humildad, tras su desaliento: la mirada que Leila posaba en Men Rodríguez, dulce con la súplica, magnífica con el destello de una leve esperanza, profundamente dura y cruel, sobre un fondo de desesperacion, había aterrado al jóven, y no sin causa, porque aquella mirada era un pandemonium de afectos y de pasiones encontradas y en su foco se veia el cráter de un volcan próximo á estallar.

—¿Me conocéis, caballero? le dijo Leila con voz trémula.

—¿No sé qué contestaros? porque os he visto bajo tantas formas...

—Consideradme solamente bajo la forma en que me veis.

—Nunca os he visto así.

—¿Y creéis que yo sea la misma que habeis visto,

ya bajo los vestidos del paje, ya bajo la armadura del caballero?

—Creo señora, que entre vos y yo, existe un lazo misterioso que no comprendo.

—Esplicaos.

—Yo debía aborreceros, siempre me habeis inspirado una repulsion suersiva, y sin embargo...

—Sin embargo que...

—Sin embargo, no siento ante vos cólera, ni odio.

—¡Es que soy tan desgraciada! exclamó con acento desesperado Leila, que ya que no he podido hacerme amar de vos, tampoco he logrado que me aborrezcais.

Men Rodríguez calló.

—Sentémonos, caballero, sentémonos: vuestro es ahora el tiempo, porque estais muy lejos de ese hombre fatal á quien obedecéis ciegamente como á vuestro destino.

—¿Y qué hombre es ese, señora?

—Ese hombre es el rey.

—Concluyamos señora, dijo Men Rodríguez y vengamos al asunto: si yo hubiera sabido que iba á encontraros, hubiera huido de vos... se me ha tendido un lazo...

—No, Men Rodríguez, no, contestó dulcemente Leila: no he hecho mas que aprovechar una ocasion: si os hubieran dicho: doña Ana Tellez de Ulloa necesite hablar con vos, estoy segura de ello, no hubierais venido: ahora es distinto, estais aquí y no saldreis sin haberme escuchado.

Men Rodríguez se levantó con desden, con un desden que era afectado y que, por lo tanto, lastimó mas á Leila.

—Inútil es, que pretendais apartaros de mí, le dijo con acento amargo; todo lo he previsto: sé que sois valiente pero no importa: hombres resueltos guardan mis puertas.

—¿Y decís que esto no ha sido un lazo? exclamó con desprecio Men Rodríguez.

—Os repito que esto no ha sido mas que aprovechar una posibilidad, para apelar á vuestro corazon, á vuestra compasion, á vuestra hidalguia: ¡Tenderos yo un lazo! de seguro que yo os amo mas de lo que os amais vos mismo; infinitamente mas que os ama doña Isabel, que os ama la Padilla.

—¡La Padilla! exclamó asombrado Men Rodríguez.

—Doña María muere por vos.

—¡Mentis!

—Preguntad á los zelos del rey si miento ó no.

Estas palabras de Leila fueron un terrible rayo de luz para Men Rodríguez: entonces comprendió ciertos misterios inesplicables que, desde hacia algun tiempo, había observado para con él en la conducta del rey: sus miradas sombrías á veces, á veces recelosas: la lucha sorda entre el afecto y la repulsion, el odio y el amor á un tiempo: entonces se esplicó el arranque del rey durante la comida á que habían asistido doña María y Beatriz: los penosos esfuerzos de la Padilla, el embarazo, el encogimiento, el sufrimiento en fin, de Beatriz. Y sin embargo de que las palabras de Leila, habían sido para él la mano que rasga un denso velo y deja ver lo que tras él se oculta, dudó, vaciló: él no podia creer que doña María amase á otro hombre que al rey: él ningún indicio de amor había visto en ella; y sin embargo había oido quejarse al rey de la indiferencia de la Padilla; de su aspecto sombrío y taciturno, de su aislamiento: había notado tiesura en el trato de Beatriz con doña María, aunque encubierto con ese esquisito tacto que poseen las mujeres para disimular sus afectos. ¿Diria la verdad Leila? ¿acaso Beatriz había visto amor para él en doña María, y sentia zelos?

—Si, sí, dijo Leila; preguntad al rey si os ama doña María y él os contestará: pero no se lo preguntéis: el rey os mataria, y yo por mucho que me hayais herido y me hayais despreciado, no quiero vuestra muer-

te. No, yo os amo mas que doña Isabel, que doña María, y no digo mas que Beatriz, porque la misma sangre que me alienta, la sangre de mi madre, corre por sus venas y está zelosa como yo.

—Debeis comprender señora... dijo todo confuso Men Rodriguez, porque aquella situacion por mas de un concepto le repugnaba.

—Si, si; lo comprendo todo... todo... pero no me

arranqueis mi última esperanza : hasta ahora mi orgullo me ha sostenido, pero el sufrimiento ha derrocado mi orgullo : no os pido que me ameis, aunque vos hayais sido mi único amor, amor volcánico que me ha arrastrado á crímenes horribles : no os pido que me ameis: ya, sé que no podeis amarme, pero al menos no me despreciéis : al menos no me negueis que os vea que os hable, que os proteja.



El rey y doña María de Padilla.

—Que me protejais...

—Si, que os proteja; el rey don Enrique ha pasado la frontera al frente de un formidable ejército; el rey don Enrique triunfará, os lo juro.

—Mientras haya Dios en los cielos, exclamó pálido de cólera Men Rodriguez; mientras el rey tenga espadas leales, espadas que no se venden al oro ni al miedo, y de las leales por fortuna aun quedan muchas en Castilla, el Bastardo no arrancará á don Pedro la corona de sus padres, á pesar del gran condestable Duguesclin, de su famosa banda de aventureros, y de todos los castellanos traidores que le sirven.

—Creed lo que querais, contesto con una firmeza aterradora Leila: pero dejadme concluir: el rey antes de mucho morirá ó se verá preso y fugitivo : eso os lo afirmo: entonces vos, que sois su mas leal, su mas valiente vasallo; vos, que, vivo el rey, peleareis hasta morir por su derecho, y muerto peleareis por el derecho de sus hijos, porque sois de aquellos hombres para los cuales la lealtad á su rey es un culto, caballeros de los que quedan hoy muy pocos, traereis sobre vos todo el odio de don Enrique : dejadme, pues, que os proteja, que os ame, y en pago de mi amor de mi proteccion y aun de mi ayuda, concededme vuestra amistad, ¿pue-

de pedirnos menos una mujer que como yo os ama?

—Estais perdiendo un tiempo precioso para vuestros horribles planes : os hablo señora con toda la fe, con toda la verdad que se encierra en mi corazón : no solo no puedo amaros, sino que ni aun puedo concederos mi estimación: lo único que puedo hacer como caballero, lo estoy haciendo, y tened en cuenta que al hacerlo hago traición al rey.

—¿Y qué haceis? dijo con punzante sarcasmo Leila.

—Dejaros libre, cuando sé que mereceis la muerte.

—¡Que merezco la muerte!... dádme la, pues, Men Rodriguez, dádme la: ¡oh! la muerte recibida por vuestra mano sería para mí una felicidad, que para ser completa solo la faltaria ser durable : ¿con que tanto me aborrecéis? ¿conque así pagais mi amor? Pues bien matadme, despues de lo que acabais de decirme, lo mejor que me pudiera acontecer sería morir.

Y aquella organizacion de hierro, aquella alma cruel, impasible, fria para todo, menos para su venganza y para su amor, cedió al fin á la fuerza del dolor, se comprimíó, por decirlo así, y se deshizo en lágrimas; pero en lágrimas desesperadas, terribles, lágrimas de sangre que brotaban de un corazón desgarrado en un llanto de muerte, en uno de esos llantos que parecen van á concluir con la persona que los vierte.

Men Rodriguez se conmovió porque era generoso y bueno, porque no podia ser impasible al sufrimiento y adelantó hácia Leila: esta vió su impulso á través de sus lágrimas, alentó una esperanza, se inflamó su corazón en un amor como hasta entonces no habia sentido, se arrojó frenética en los brazos de Men Rodriguez y le besó en la boca.

Aquel beso satánico, quemó los labios de Men Rodriguez, tembló, se estremeció, vió fijos en los suyos, muy cerca, la mirada inmensa de Leila; aquella mirada le devoraba, y Men Rodriguez sentia su alma torturada por aquella mirada terrible, como se siente torturar un desdichado por los dientes de una fiera. Las lágrimas de Leila se habian secado; estaba pálida hasta parecer un espectro emanado de una tumba, sus ojos tenian una fuerza sobrenatural, su boca entreabierta y árida, con sus labios descoloridos y su ardiente aliento, exhalaba fuego y temblaba y gemia, y una aureola terrible parecia rodear sus magníficos cabellos.

Leila entonces era un vampiro.

Men Rodriguez sentia una fascinación semejante á las que hacen sentir ciertas serpientes.

—¡Oh! ¡sí, sí! tú serás mio, exclamó Leila con voz ardiente y opaca : tú serás mio y yo te inundaré de felicidad.

Aquel acento terrible tornó en sí á Men Rodriguez, acordóse de que aquella mujer funesta habia envenenado á doña Isabel, á la reina: acordóse de sus crímenes, del terrible odio que profesaba al rey, y del peligro en que estaba la vida de don Pedro, mientras aquella mujer viviese: asombróse de haberse contenido hasta entonces y arrojando lejos de sí á Leila echó mano á su espada.

—Yo no asesino, dijo, ni soy cruel : podria prenderte y presentarte al rey, pero el rey te torturaria, te despedazaria lentamente : tú no tienes de mejor mas que el sexo, pero tu corazón es de hombre, y de hombre terrible : defiéndete, pues; necesito matarte, pero te mataré como mata un caballero.

—¡Ay de tí, Men Rodriguez, exclamó dulcemente Leila, si yo desnudase contra tí una espada! ¡y ay de mí porque te mataria!

Men Rodriguez se sintió de nuevo dominado: en la serena y magnífica frente de Leila, no se marcaban ya las arrugas sombrías del dolor, ni sus ojos expresaban la desesperación profunda que antes: por el contrario, se veia en ellos una dulce y profunda paz, un amor tranquilo é intenso.

Leila era entonces un ángel.

Men Rodriguez comprendió que Leila estaba segura de su triunfo sobre él, y esta seguridad le irritó doblemente que le habia irritado su agresión.

—Defiéndete, le dijo con voz ronca y convulsiva, adelantándose hácia ella.

—Sí, voy á defenderme de tí, y á defenderte de tu primera bajeza; porque estais loco, amigo mio, vos seriais capaz de asesinarme: voy á defenderme de tí, de la única manera que me es posible.

Y abriendo las dos hojas de una gran puerta colocada al fondo, dejó ver á Men Rodriguez un grupo numeroso de hombres armados de punta en blanco con las viseras caladas, las espadas desnudas, é inmóviles como sino fueran otra cosa que estátuas de hierro.

—Ya ves, dijo Leila; fuerza es que aplagues tu cólera: si das un paso mas, esos valientes te desarmarán, te sujetarán y te pondrán fuera de esta casa. Fuerza es que esperes : sin embargo quedaremos en volvernó á ver y entonces no querrás matarme porque... tú me amarás te lo juro... tú serás mio.

—Pues bien, dijo Men Rodriguez envainando lentamente su espada, puesto que hemos de volvernó á ver, te espero. Adios.

—Escucha Men Rodriguez : escucha : quiero darte un consuelo en prueba de mi amor.

—Un consuelo, exclamó Men Rodriguez.

—Si; si no volvieras á ver á doña Isabel Nunez de Lara...

—¡Oh, no volverla á ver!

—Si: ella debía morir, pero la satisfaccion de su amor ha apresurado su muerte : pudiera haber vivido seis meses mas, sino hubiera sido tuya: ve, ve, amigo mio: pero parte al momento si quieres que muera entre tus brazos.

Y despues de estas terribles palabras, Leila desapareció entre sus hombres de armas, y las dos hojas de la puerta se cerraron.

Men Rodriguez se lanzó frenético fuera de la casa y poco despues de Carmona; al dia siguiente muy de mañana entró en Sevilla.

El anuncio de Leila se cumplió.

Doña Isabel Nuñez de Lara, murió aquella noche, sonriendo de amor, entre los brazos de Men Rodriguez.

Su muerte fue dulce, sin agonía, semejante á una luz que se apaga.

LIBRO VIGESIMOTERCERO.

CAPITULO I.

De lo que pasaba por doña Maria de Padilla.

La muerte de doña Isabel Nuñez de Lara afectó profundamente, aunque de distinto modo á nuestros principales personajes. Men Rodriguez no vertió una sola lágrima; porque su dolor era uno de esos impíos dolores que no tienen ni aun el consuelo del llanto : delante de nadie ni aun delante del rey exhaló una sola queja, se aisló con su dolor, se apuró, le encerró en el fondo de su alma, y aun le disimuló delante de las gentes, por respeto á la memoria de doña Isabel.

El rey don Pedro, zeloso de Men Rodriguez, cuando escuchaba la villana voz de sus zelos se alegraba en el fondo de su alma del agudo padecimiento del jóven : pero cuando á despecho de sus pasiones renacian en él sus generosos instintos, le consolaba, se hacia partícipe de su dolor y era para él un hermano.

Men Rodriguez conocia esta alternativa de afectos del rey, y ellos le confirmaban en el dicho de Leila.

El rey estaba zeloso : habia momentos en que le miraba con prevencion y hasta con cólera. El noble jóven se estremecia entonces, dudando si seria verdad que le amaba la Padilla.

Esta por su parte alarmada por las muestras que aunque encubiertas habia dado el rey de sus zelos acerca de un amor, que ella creia haber guardado en el fondo de su alma, se hizo doblemente reservada y este fue un nuevo indicio para el rey. En cuanto á doña Isabel, sintió en ella la pérdida de una amiga, pero de una manera instintiva, sin poder evitarlo, sin que en ello tuviese parte alguna su voluntad, sentia un amargo placer por la muerte de su rival, á pesar de que creia tener razones para creer falso el amor del jóven hacia doña Isabel.

Beatriz, siempre grande y sublime, á pesar de que, tratando á Men Rodriguez, habia concebido hacia el de una manera lenta y por lo tanto mas segura, un amor profundo, sintió la muerte de doña Isabel de una manera intensa, por lo intenso del dolor que aquella muerte habia causado á aquel esposo adorado, á quien recataba su amor de mujer, para no demostrarle otra cosa que un tranquilo amor de hermana.

El rey comprendia todo esto, y todo esto le hacia sufrir.

Pero la mas apenada, la mas atormentada de estas víctimas del amor, de la desesperacion, y de los zelos era doña María. Sin sentirlo habia contraido de una manera intensísima un amor sin igual hacia Men Rodriguez : amor del alma, amor capaz de todo menos de la deshonra y de la traicion al rey : amor sublimado hasta el heroísmo, grande, inmenso, sublime, como era sublime todo lo que pertenecia á la Padilla : amor que ella creia ocultar para todos, menos para Men Rodriguez, porque no hay persona que ame, que no crea que su amor es comprendido por la persona amada: amor inspirado fatalmente por Leila, desarrollado por ella, y por ella mantenido con una habilidad atánica.

De tiempo en tiempo, doña María encontraba una discreta y apasionada carta en su reclinatorio ; un ramillete simbólico ; una joya. Doña María contestaba aquella carta, no como una de esas amantes vulgares que no saben apartar la impureza del amor, sino como una amante del alma. Se prendia los ramilletes ó las joyas, pero jamás se las dejaba ver á Men Rodriguez, jamás una mirada suya fue á decir al jóven que le amaba, jamás doña María escribió su nombre ni el de Men Rodriguez en sus cartas.

Y Men Rodriguez que nada sabia ni sentia, y que nada por lo tanto, podia demostrar, la parecia el hombre mas discreto del mundo y al mismo tiempo el mas valiente, porque se necesitaba ser tan valiente como doña María para contener en los límites del deber aquella pasion volcánica; esto la enamoraba mas y mas : creia que el respeto de Men Rodriguez hacia su decoro, le hacia fingirse amante apasionado y esclusivo de doña Isabel Nuñez de Lara, y no era extraño que lo creyese, puesto que Leila, en sus falsas cartas, habia hecho protestar á Men Rodriguez que aquel amor era fingido.

Doña María, sin embargo, tenia zelos, zelos tan ocultos y tan grandes como su amor por la felicidad ficticia de su rival.

Leila contaba con todos estos auxiliares para envenenar el alma de la Padilla, y sino hubiera amado como amaba á Men Rodriguez, la hubiera deshonrado de una manera material á pesar de la lealtad de Men Rodriguez hacia el rey.

Necesitaba sin embargo destrozár á doña María para que el estrago fuese á recaer en el rey, y contando con los resultados, reveló á Men Rodriguez que era amado por la Padilla.

Los resultados previstos por Leila no se hicieron esperar. Receloso Men Rodriguez, obligado á ver conti-

nuamente á doña María, no la miró ya con la tranquilidad del descuido : por el contrario sus miradas se hicieron torpes, vacilantes, sufría en su presencia, y este sufrimiento, esta vacilacion engañaron á la Padilla. Creyó que el sufrimiento habia llevado al jóven al extremo de no satisfacerse con aquella correspondencia tardía, decorosa, pura : con aquel amor del espíritu ; creyó que habia llegado para Men Rodriguez el momento de los deseos ; y esto fue contagioso para ella : ella tambien probó lo que jamás habia probado ni aun por el rey don Pedro : deseos impuros : al primer indicio se aterró : cuando ya no tuvo duda de que su amor era un amor adúltero, su frente se tiñó con el penoso color de la vergüenza : su alma se sublevó contra la infamia y juró morir antes que deshonrarse y deshonorar á su esposo.

Leila creyó llegado el momento de poner en armonía sus traidoras cartas con el estado en que se encontraba doña María, y la primera carta que, despues de esta resolucion, encontró la Padilla en su reclinatorio era una carta insensata, una carta cuyas frases eran semejantes á la erupcion de un volcan contenido por largo tiempo. Doña María en el primer impulso, obedeciendo solo á su dignidad, tomó la pluma y rechazó indignada, en una breve carta, las exigencias que creia en Men Rodriguez.

Leila á la noche siguiente contestó á aquella carta con estas solas palabras :

«Puesto que mi amor os ofende, señora, mi amor muere.»

Doña María dió vueltas y mas vueltas al enigmático sentido de aquella carta : ¿que queria decir? ¿que Men Rodriguez ofendido dejaba de amarla, que la carta habia ofendido su orgullo ó que su desden mataba su amor matándole?

Una duda, es mil veces mas terrible que la realidad por terrible que sea. Doña María se sintió presa de una duda cruel. Pero durante algunos dias esperó. Por una coincidencia fatal, Men Rodriguez, temiendo comprometerse y comprometer á doña María por la turbacion que le causaba su presencia, hizo poderosos esfuerzos sobre sí mismo y al fin logró dominarse y presentarse á ella, con la misma respetuosa indiferencia que antes de que Leila le hubiese revelado que doña María le amaba.

Y doña María se engañó de nuevo atribuyendo á desprecio la impenetrable circospeccion del jóven.

Cuando una mujer que ama como doña María, se siente despreciada, su amor ofendido al principio, acaba por deshacerse en lágrimas y hacerse mas exigente : porque á medida que la esperanza se aleja de una mujer que ama así, se aleja la vida, la razon empieza á perturbarse, y el deseo de la muerte se une al del contrariado amor.

Doña María llegó al punto de desear la muerte : luchaba con la vergüenza que le causaba aquella pasion inmensa, desbordada, dominadora : luchaba con los recuerdos del rey, para el cual quedaba vivo é intenso un amor distinto al que profesaba á Men Rodriguez ; se habian trocado las situaciones : amaba á Men Rodriguez como á un amante, y al rey como á un hermano, pero como á un hermano cuya presencia, la hacia sufrir, cuya mirada le aterraba, cuya cólera temia : sufría á la vista del indiferente Men Rodriguez, de la reservada Beatriz ; sufría á la vista de sus hijos, sufría con la sonrisa maliciosa de sus damas, que, algunas veces sorprendia, y seguia encerrándose para dormir y pasando la noche en oracion.

El rey, sin embargo, la trataba como siempre, pero la exquisita penetracion de la Padilla comprendia al marido que se encubria y espia ; y esto la obligaba á hacer poderosos esfuerzos, para encubrir con un semblante tranquilo sus penas : pasó mucho tiempo y al fin doña María logró concentrar dentro de sí misma aquel fuego devorador : su semblante volvió á demós-

trar su dulce paz, pero el cáncer que tras aquella paz se ocultaba, empalidecía cada vez mas su semblante, le demacraba, consumía su existencia.

Pasaron así muchos dias. Llegó el invierno. El rey, cansado de espiar en vano á doña Maria, no teniendo motivo alguno para dar rienda suelta á su furor, concluidos los aprestos de guerra y encontrándose ya en la frontera el Bastardo, al frente de su banda de desleales y aventureros, pensó salir á campaña, dejando por guarda de la ciudad y del alcázar á su favorito Juan Fernandez de Hinestrosa, dejando secretamente á este bajo la vigilancia del misterioso monge negro de la cruz del Humilladero y llevándose consigo á Men Rodriguez.

Las circunstancias en que se encontraba el reino eran terribles: la peste negra, si bien habia perdido su primer encarnizamiento, seguía haciendo victimas, de una manera uniforme, regularizada, lenta, pero segura, en Sevilla y las demás poblaciones que habian sido atacadas: se habia conjurado la falta de subsistencias, pero estas no solo se mantenian á un alto precio, sino que encarecian de dia en dia: en el cielo no se veía una sola nube, y su radiante luz empañada por una neblina impura, y pesaba como una losa sepulcral sobre Andalucía: el comercio en grande escala, seguía, aunque de una manera fatigosa ó indecisa, llena de azares; pero la industria en pequeño habia muerto: la miseria pública, cada dia en aumento, habia hecho que recorriesen las calles grupos de mendigos desesperados y dispuestos á todo, y no habia dia en que los sevillanos no fuesen testigos del caso miserable de caer una persona desfallecida de hambre en las calles.

Sobre todo esto la rebeldia dentro, la guerra llamando á las fronteras, las frecuentes y sangrientas ejecuciones del rey sobre la nobleza, completaban lo sombrío del cuadro que presentaba Castilla.

El rey veía con una cólera sombría las calamidades públicas, que no podia evitar, porque dependian de la voluntad de Dios; y las calamidades privadas de su alcázar contra las cuales no tenia poder ninguno.

Pero habia otra calamidad que podia contrarrestar, y esta era la que traía el conde de Trastámara con la guerra á Castilla.

Don Pedro, que necesitaba un objeto en que desahogar parte de su cólera, envió á las fronteras de Aragon y de Navarra, que eran entonces por aquella parte las fronteras naturales de sus estados desde la desembocadura del Ebro, hasta el golfo de Gascuña, dos cuerpos de ejército, á pesar de la paz que habia hecho con Pedro IV de Aragon y de su alianza con Carlos el Malo de Navarra: envió además un emisario al rey de Portugal, llamado Pedro como él, y como él, primero de este nombre, á renovar su alianza acordándole el proyecto de casamiento entre sus dos hijos el infante don Fernando y la infanta doña Beatriz, y aperebiéndole á que preparase un ejército auxiliar.

El invierno sin embargo impedía la guerra, porque en aquellos tiempos la guerra solo se hacia en la buena estacion: don Pedro recorrió su reino á la cabeza de sus ballesteros de maza, hizo levas, señaló á Burgos por punto de reunion de sus gentes, y pasando como un vendabal por las ciudades de Castilla, Leon, Asturias, y Galicia, no salió de ninguna de ellas sin haber concedido alguna franquicia al pueblo y sin haber dejado en las almenas, para escarmiento, algunas cabezas de nobles traidores.

Esto al par que ponía al pueblo de parte de don Pedro, aterraba mas y mas á la nobleza, que se pasaba á bandadas, por decirlo así, al ejército de don Enrique, que esperando la buena estacion, se acampaba cerca de las fronteras castellanas.

El rey estuvo dos meses ausente de Sevilla: cuando volvió, un nuevo desastre debia colmar su desesperacion y decidir, por decirlo así, de su destino.

CAPITULO II.

De qué manera aprovechó Leila la ausencia del rey don Pedro.

ENCUBIERTA, de una manera misteriosa, sin dejar conocer de nadie su residencia, teniendo presa y segura á su hermana Isabel, á quien habia revelado su parentesco, y habia encerrado mas por su seguridad que en castigo de su traicion, vivía sola en Sevilla, en el fondo de una oscura calleja contigua á la puerta de la Macarena, en una casa deshabitada y de la cual solo salía de noche para trasladarse á la casa de vecindad de la calle de Maese Rodrigo, en la cual como recordarán nuestros lectores, existía la comunicacion secreta con el alcázar y el dormitorio de doña Maria.

Estaba esta ya demasiado desesperada y demente para que Leila no pensase en dar, á costa de ella, su mas rudo y terrible golpe al rey don Pedro.

Todas las noches Leila puesta en su acechadero, observaba á su victima.

Doña Maria habia visto con placer la ausencia del rey y de Men Rodriguez: podia al fin por algun tiempo librarse del martirio de una tranquilidad forzada, de una indiferencia fingida; podia encerrarse dias enteros en su cámara, aislarse de su servidumbre y llorar libremente: doña Maria exhaló entonces todas las lágrimas que habia comprimido durante tanto tiempo, se consagró á la oracion y á las mas ásperas penitencias, pretendiendo por ellas que Dios arrancase de su corazón aquel amor imposible, aquel amor del infierno que la deboraba; y á pesar de su oracion, y del cilicio y del ayuno, y de las lágrimas, aquel amor crecía con el silencio, con la indiferencia de la persona amada, y sobre todo con su ausencia.

Doña Maria conoció con terror que necesitaba de la presencia de Men Rodriguez para que su agonía fuese menos cruel, y le llamó á voces en sus oraciones, y Leila fue testigo de horribles accesos de demencia y de ótvido, á que doña Maria se entregaba en la soledad de su cámara.

Llegó un momento en que las caricias de sus hijos no pudieron consolarla; en que la presencia de Beatriz se la hizo odiosa, y luego un dia, en que se aisló enteramente, no dejándose ver de su servidumbre, sino en las precisas horas del servicio, marcado por lo que entonces podia llamarse etiqueta de palacio.

Llegó un dia en que Leila dijo en su acechadero con acento horrible, contemplando á doña Maria desolada, replegada sobre sus rodillas, con la mirada fria, atónita, inmóvil como la de un imbécil.

—He aquí llegada mi hora: es preciso obrar.

Pero la peste negra se adelantó á Leila: doña Maria cayó de repente en el lecho herida por el contagio: aterrorizó Juan Fernandez de Hinestrosa, que sabia que su sobrina era su favor y su fuerza: aterrorizó el monge negro, que sabia cuánto amaba el rey á doña Maria, y su hermano Diego Garcia de Padilla, y su primo Pero Lopez, partieron en distintas direcciones en busca del rey, cuyo paradero, á causa de la rapidez de su paso por el reino, se ignoraba, para noticiarle aquel terrible acontecimiento.

Entretanto cuantos médicos árabes y judíos, que eran entonces los mas apreciados, se encontraban en Sevilla, rodearon el lecho de la real enferma, que, predisposta por su estado de excitacion, habia sido atacada por la peste de una manera terrible.

Leila desde su escuchadero veía el lecho de doña Maria rodeado de servidores solícitos; asistido de médicos, de una falange al fin, que parecia con sus esfuerzos pretendian arrebatar su presa de la muerte. Leila estaba contrariada; estaba segura por lo que veía que la Padilla, quebrantada por sus dolores, y atacada de una manera cruel por el contagio sucum-

biria. Pero esto no era la venganza de Leila: Leila no quería que Dios matase á la Padilla; quería matarla ella; no quería que muriese antes de que llegase don Pedro, quería que la viese morir. Y el mal hacia progresos rápidos, espantosos, hasta el punto de que todos los que rodeaban á doña María estaban consternados.

Llegó una noche, en que los médicos dijeron á Juan Fernandez de Hínestrosa, con la gravedad de la ciencia que pronuncia un juicio irrevocable:

—Doña María muere esta noche.

—Doña María no morirá, exclamó Leila que los había escuchado.

Y apartándose violentamente de su escuchadero, recorrió el pasadizo, salió por la casa de vecindad á la sala y se trasladó como una exhalación á la judería.

En ella en un callejon tétrico y sin salida llamó á un eunuco de una manera particular: sin duda aquella manera era una seña, puesto que la puerta se abrió inmediatamente y apareció el judío Jonatham, el de la torre de Santiponce con una lámpara en la mano.

—Ha llegado la hora, dijo Leila entrando y cerrando tras sí la puerta.

—¿Han desesperado los médicos de salvarla? dijo Jonatham, precediendo por unas estrechas escaleras á Leila.

—Sí, dijo esta entrando con él en un aposento lóbrego y desnudo en que solo había un armario y un lecho, y si no nos apresuramos, toda tu ciencia es inútil; los médicos han asegurado que morirá esta noche.

—Si ha empezado la descomposición, inútil será de todo punto, aunque la diese un licor sacado de la manzana del árbol de la vida, pero, si no ha empezado, yo te juro que doña María vivirá.

—¿Estás seguro?

—¿Acaso la peste negra es otra cosa que un tósigo, mortal, un aire envenenado que mata á aquel que toca? ¿acaso para cada veneno no hay un antídoto? ¿acaso hay antídoto que administrado á una persona atacada de su contrario, no la salve si se llega á tiempo? ¿No te ha respetado la peste, solo porque yo te he preparado con este antídoto? ¿no me ha respetado á mí? ¿no he curado á cuantos se han servido de mi ciencia á tiempo?

Y el judío abriendo el armario sacó de él un frasco de estaño cuidadosamente tapado con pez.

—¿Estás seguro Jonatham? dijo Leila.

—¿Que si estoy seguro de la virtud de este filtro? él me la puesto rico, arrancando de la muerte á poderosos señores: él salvará, si aun es tiempo; á doña María.

—Pues bien, al momento: presentate en el alcázar, ofrece tu ciencia... la aceptarán por que están desesperados... pero escucha... exige quedarte solo con doña María.

—Lo exigiré.

—Solo y encerrado.

—Solo y encerrado.

—De modo que no puedan verte.

—¿Y para qué?

—Quiero asistir contigo á esa cura prodigiosa.

—¿Vas á venir conmigo?

—No, yo estaré en el dormitorio de doña María.

—No te comprendo: ¿tú, en el alcázar!

—Nada importa que no me comprendas; lo importante es no perder tiempo, vamos; salgamos al momento; yo lo olvides: exige quedarte á solas y encerrado con ella so pretexto de que no quieres que nadie comprenda tu secreto.

—Y ciertamente que no quiero.

—Sírvete, pues, de ese pretexto, y como no hay tiempo que perder, vamos.

El judío guardó el frasco bajo la hopalanda y siguió á Leila: al salir de la judería se separaron; Jonatham,

siguió hácia el alcázar, y Leila hácia la calle de Maese Rodrigo.

Cuando el judío llegó al alcázar se hizo anunciar como un médico hebreo. Cuando un enfermo se encuentra desahuciado, el médico mas oscuro puede contar con que le dejarán llegar hasta él, con tal de que dé algunas esperanzas. Jonatham juró que curaría á la Padilla, y le llevaron á Juan Fernandez de Hínestrosa.

—Sé le dijo, que los médicos que asisten á doña María de Padilla, han declarado que su ciencia es inútil, y yo os digo que lo que falta á esos médicos es ciencia.

—Son los médicos mas famosos.

—Si su fama fuera merecida, hubieran atajado los progresos del mal en los principios.

—Y vos podreis...

—Llevadme al lecho de doña María y podré contestaros.

—¿Pero sois médico?

—Decid mi nombre á esos otros médicos y ellos os contestarán por mí.

—¿Como os llamais?

—Jonatham—Abi Amer—ebn Sina.

—¡Ah! si, si, os conozco, conozco vuestro célebre nombre, y no sé como me he olvidado de llamaros para que vuestra ciencia unida á la de los demás...

—Si teneis confianza en mí, no perdamos tiempo.

Hínestrosa, anhelante, pintada en su rostro una dudosa espresion de esperanza, llevó á Jonatham al lecho de doña María.

Al entrar Jonatham, otro médico árabe se levantó de sobre una mesa donde consultaba un planetario.

—Desesperados de la tierra habeis recurrido á las estrellas y á los ensalmos, exclamó con desprecio Jonatham.

—¡Dios! ¡solo Dios, que es Todo poderoso, que tiene en su mano la vida y la muerte puede salvarla! contestó con énfasis el árabe.

—Pero puede tambien salvarse por medio de la ciencia humana.

—Hemos llegado al último límite de la ciencia conocida.

—Lo veremos.

Y Jonatham, tomando de sobre una mesa, cubierta de medicamentos, una lámpara de plata se acercó al lecho.

Doña María inmóvil con los ojos escandescinos por la fiebre, teñidas las mejillas de un color entre rojo y verdoso, orlados los párpados de un círculo morado, áridos y secos los labios, daba salida por ellos á una respiracion entrecortada, lenta, ardiente: de tiempo en tiempo un estremecimiento poderoso corría á lo largo de sus miembros, y exhalaba un gemido apagado, profundo, en que se representaba un padecimiento inmenso.

—¿Con qué, segun vosotros, sabios que poseeis la ciencia humana, no hay remedio para esta señora, sino en un milagro de Dios? dijo con sarcasmo Jonatham, despues de haber observado larga y profundamente á doña María.

—¡Dios! ¡solo Dios! dijo el árabe.

—Pues bien; Dios va á hacer el milagro por mi mano, dijo con tal acento de seguridad y de fe Jonatham, que hizo exhalar un grito de alegría á Hínestrosa, para el cual la salvacion de la Padilla era cuestion de vida ó muerte.

—¿Que se salvará! dijo.

—Sí; dentro de cuatro horas vuestros médicos conocerán que se han engañado.

—¡Dios! ¡solo Dios! exclamó tenazmente el médico árabe.

—¡Y qué puede hacer el hombre que no sea hijo del poder de Dios! dijo Jonatham.

—¡Oh! si la salvais, contad con un tesoro, dijo Hínestrosa.

—Pero para salvarla, necesito quedar aquí solo y encerrado.

—¡Solo y encerrado! exclamó con desconfianza Hinestrosa.

—Si cuando hayan pasado cuatro horas, doña María no está salvada, á juicio de esos sabios médicos, tomad mi cabeza.

A aquella seguridad, Hinestrosa volvió á cobrar su confianza, y mandó á todos los que estaban en la cámara, que se retirasen.

—¿Y vos, señor? dijo Jonatham.

—Yo no soy médico, y no puedo sorprender vuestro secreto, dijo Hinestrosa.

—Os he respondido y os respondo con mi cabeza, repuso Jonatham.

Hinestrosa salió: el judío aseguró todas las puertas; cuando entró en el dormitorio, encontró en medio de él á Leila.

—¿Por dónde has entrado, dijo con asombro Jonatham?

—Nada te importa eso: con qué doña María...

—Hemos llegado á tiempo: la fiebre la devora, ni ve, ni oye, ni siente; pero dentro de poco habrá recobrado sus fuerzas, su razon: la fiebre habrá desaparecido; estará salvada.

—¡Y será mía! exclamó horriblemente Leila.

—¡Tuya!

—Sí, ¡mía! ¡acáso has olvidado que necesitamos vengarnos del rey don Pedro!

—Dejemos, pues, entonces á la peste negra, que nos vengue.

—No, no... es necesario que el rey la vea morir, que la escuche... que apure la agonía, una agonía cruel... es necesario que padezca cuanto puede padecer un mortal; como padezco yo. Salyemos de la peste negra á doña María.

Jonatham tomó una taza de plata cincelada de sobre la mesa, vertió el medicamento que contenia, la limpió escrupulosamente, y luego sacando de entre su balandran el frasco de estaño, llenó la taza de un licor incoloro é inodoro como el agua.

Luego fue al lecho.

—Sosten la cabeza de doña María, dijo á Leila, que le obedeció.

Entonces Jonatham entreabrió los apretados y blanquísimos dientes de la enferma, y lentamente la hizo tragar el líquido contenido en la taza.

—Esperemos, dijo, mientras Leila dejaba caer suavemente á doña María sobre las almohadas.

—Doña María quedó inmóvil; Leila y Jonatham la observaban con una ansiedad profunda.

A la media hora algunas gotas de sudor brotaron sobre la piel de doña María: poco despues aquel sudor se hizo abundantísimo, corriendo por todos los poros.

—¡Se ha salvado! exclamó con orgullo Jonatham.

—¡Seha salvado! exclamó con una alegría feroz Leila.

—La fiebre cede, desaparece rápidamente; la circulación se regulariza; dentro de poco, doña María creará despertar de su sueño.

—¡Oh! ¡pues déjame sola con ella!

—¡Leila! ¡Leila! exclamó conmovido Jonatham: mira cuán hermosa es; cuan pura su frente... ten compasion de ella.

—¡Compasion! exclamó roncamente Leila: ¿la he tenido de otras? y eran tan hermosas, tan puras como ella, y cayeron! ¡cayeron ante mis zelos y mi venganza, como doña María caerá!

—¡Pero la venganza es una cosa horrible!

—Acuérdate de tu hija, Jonatham: tu hija era tambien jóven, hermosa y pura, y él la abandonó, y su abandono la mató.

—¡Mi hija! ¡mi hija! exclamó el judío: sí, venganza de la muerte de mi hija; pero venganza contra el rey don Pedro.

—¡Y qué mejor venganza podemos tomar de él,

que hiriéndole en esta mujer...! vete, Jonatham, vete: déjame sola; necesito estar sola con ella cuando despierte del letargo de la fiebre.

—Pero... en cuanto yo salga, ellos entrarán.

—Saldrás por un lugar en que nadie se apercebirá de tu salida.

Y asiéndole vigorosamente de una mano, abrió la puerta secreta y le lanzó dentro: luego cerró.

En cuanto se quedó sola, fué á la mesa; tomó otra taza de plata, la limpió y la llenó de agua. Luego sacó de su escarcela un pomo; su terrible pomo de oro, y vertió lentamente seis gotas en el agua.

—El rey tendrá tiempo para llegar, para ategrarse, para aterrarse, y para verla morir en medio de una terrible locura, como han muerto doña Blanca y doña Isabel.

Y tras estas palabras fué al lecho.

Doña María continuaba anegada en sudor; su respiracion era mas dulce, el impuro color de sus mejillas menos intenso, menor la aridez de sus labios, y el círculo amarotado de sus ojos decrecia.

Pasó otra media hora.

Doña María se llevó por la primera vez la mano á la frente, como pretendiendo arrancarse de ella una pesadilla, suspiró de la misma manera vigorosa que suspira el caminante fatigado que llega al fin á un lugar de descanso, abrió los ojos y miró vagamente en torno suyo.

—¡Pedro! ¡mis hijos! ¿dónde están mis hijos? exclamó: he tenido un sueño horrible; soñaba con la eternidad... ¡oh! mi frente arde, mi aliento me abrasa: ¡tengo sed!

Aquella palabra estremeció á Leila; fué á la mesa, tomó la taza de plata que habia preparado, y se acercó al lecho.

—¡Tengo sed! repitió con el acento suplicante de los débiles doña María.

—¡Bebed! dijo roncamente Leila, presentando la taza á doña María.

Esta se incorporó ayudada por Leila, y bebió con el ansia febril de los sedientos.

—¡Oh! ¡qué bien me hace esto! dijo doña María desplomándose sobre las almohadas: luego, cansada, destrozada por sus padecimientos inmediatos, cerró los ojos y se durmió.

—No me ha conocido, ni aun me ha visto: ha hablado y obrado de una manera instintiva; ha nombrado al rey, á sus hijos... á Men Rodriguez no... ¡oh! ¡oh! ¿habrá menguado su amor? ¿será acaso un amor ficticio que desaparece ante la muerte...? ¿quién sabe? se ha dormido... dentro de algun tiempo su sueño será eterno... ¡qué horror! pero es preciso anticipar al rey un infierno en la vida... poco me importa, si lo consigo, mi infierno despues de la muerte.

Y como si la vista de aquella desdichada á quien acababa de asesinar, la at rrara, se separó violentamente del lecho, fué á la puerta secreta, y dijo á Jonatham, que estaba estremecido detrás de ella.

—Hemos concluido: sal, y acaba tú por tu parte.

Jonatham aturrido bajó al dormitorio; cansado se volvió, nada vió mas que la tapicería; la puerta habia desaparecido.

Entonces se acercó al lecho, y contempló á la Padilla, que dormia aun.

—¡Infeliz! ¡infeliz! dijo: salvada hoy, sentenciada, mas que sentenciada; muerta para mañana: ha echado seis gotas: vivirá un mes: ¡oh! ¡qué horror!

Y como si el ambiente del dormitorio pasase sobre él y le sofocase, salió, atravesando el antedormitorio, y abrió la puerta.

En la cámara esperaban anhelantes Hinestrosa, la servidumbre y los médicos.

—Entrad, entrad todos, dijo Jonatham, y ved si doña María es un cadáver ó un ser viviente como vosotros.

Todos se precipitaron en el dormitorio, y los médicos examinaron á doña María.

—¡Salvada! dijeron: ¡salvada!

—La ha salvado la ciencia, dijo Jonatham.

—Tú eres un dios, dijo el médico árabe.

—Yo soy un hombre que ha encanecido estudiando la naturaleza.

—Sí, exclamó Leila, retirándose de la puerta secreta, tras de la cual observaba; tú, Jonatham, la has salvado de la peste negra: pero yo te desafío á que la salves de mi licor de príncipe. Yo podría salvarla, pero no la salvaré.

Y tras estas palabras, se perdió entre las sinuosidades del pasadizo.

CAPITULO III.

De cómo el rey se alegró, y volvió á entristecerse, y se aterró al fin.

CUATRO días despues el rey entró á mata-caballo en Sevilla, acompañado solamente de Men Rodríguez de Sanabria, de Pero Lope de Padilla y de Juan Diente.

Al recibir la terrible noticia de que doña María habia sido atacada por la peste negra, el rey lo olvidó todo, sus zelos, su rabia, su desesperacion, para no pensar mas que en la vida de aquella mujer que era su destino, la única á quien habia amado y amaba; la madre de sus hijos.

Cuando llegó, doña María, sentada en su cámara en su sillón, recibia con delicia un rayo de sol que entraba por las vidrieras; estaba flaca, pálida, débil, y sin embargo, al ver al rey tuvo fuerzas para levantarse y arrojarse en sus brazos.

El rey, á aquella demostracion espontánea, vaciló en sus zelos, creyó que la mujer que de aquella manera le recibia, nunca habia dejado de amarle; creyó que si algun tiempo habia estado retrada, triste, displicente, grave, debia atribuirse á la conducta agresiva y brusca que él mismo habia usado con ella: el rey creyó esto, porque necesitaba creerlo; doña María se arrojó en sus brazos llorando, porque necesitaba consuelo, porque don Pedro era el padre de sus hijos, porque la Padilla se sentia culpable: antes, cuando su alma no tenia para Men Rodríguez un solo pensamiento impuro, habia levantado con la altivez de la virtud su frente ante las agresiones del rey: entonces estaba doblegada por el peso de sus remordimientos, y aunque no habia faltado al rey de hecho, y estaba resuelta á morir antes que á faltarle, la bastaba para encender en su conciencia el fuego sombrío del remordimiento, la pasion febril que sentia por Men Rodríguez.

El rey creyó, pues, que se habia engañado, que le habian engañado; lanzó una mirada retrospectiva á la vida de aquella mujer, y solo halló amor, y virtudes; horrorizóse de haber sospechado de ella, de ella que todo lo habia sacrificado á su esposo, su honra, su dignidad, su vanidad, puesto que ella, reina de derecho, solo habia aparecido ante los reinos de don Pedro, ante España, ante Europa entera, como la manceba impura y ambiciosa que robaba su tálamo y su trono á una reina demasiado infeliz para que no fuese una enemiga formidable para su reputacion.

El rey recordaba cuantas veces la esposa legítima, por mas que su matrimonio hubiese sido secreto, le habia suplicado porque aliviase la suerte de doña Blanca, aquella otra esposa posterior, y que por lo tanto no tenia otro derecho que el de quejarse de la incalificable conducta del rey al casarse con ella por razones de estado, cuando no era libre, cuando no podia contraer otro enlace sin faltar á su honra y á lo que debia á Dios y á los hombres. Recordó una continuada serie de grandezas de aquella mujer que le estrechaba llorando entre sus brazos, se dilató su alma, comprimida hasta entonces, y exclamó:

—No, no; era imposible, imposible de todo punto: yo he estado ciego, loco.

—¿Y qué era imposible, señor? dijo tristemente la Padilla.

—Era imposible, continuó el rey, reponiéndose; era imposible vivir como vivíamos, y sin embargo así hemos vivido muchos años: porque muchas veces sucede lo imposible.

Y aunque parezca una paradoja el dicho del rey, era una verdad; porque en buena lógica, no es posible mas que lo razonable.

—¡Como hemos vivido hasta ahora! exclamó no comprendiendo bien la Padilla.

—¡Sí; pasando tú por mi manceba, cuando eres mi esposa!

—¡Ah, señor!

—Pero no importa: convocaré las córtes de mi reino; les presentaré el testimonio y los testigos de nuestro casamiento, casamiento anterior al de doña Blanca; te asiré de la mano, te subiré á mi trono, y diré á mis reinos, representados por las córtes: hé aquí la reina; hé aquí la noble, la generosa, la grande mujer, que durante tantos años ha ocupado una posicion indigna de su pureza y de su virtud. Ha llegado el momento de que se rasgue el velo misterioso que encubria su grandeza, y de que vosotros, mis ilustres infanzones, mis poderosos rico-hombres, mis nobles caballeros, mis buenos hidalgos, mis leales pecheros, dobleis la rodilla ante ella, y levanteis vuestros estandartes gritando: ¡viva la reina!

Don Pedro habia pronunciado estas palabras lleno de amor y de entusiasmo, mientras la Padilla las habia escuchado con una melancólica indiferencia.

—¿Qué? dijo el rey, notando el poco efecto que aquellas palabras habian causado en doña María; ¿no quieres ocupar tu verdadera posicion, ahora que doña Blanca ha muerto?

—Esa declaracion, señor, os deshonraria, y yo amo demasiado vuestra honra para aceptarla.

—¿Qué me deshonraria!

—Sí, y de una doble manera. ¿Qué os parece que dirian vuestros reinos al escucharla?

El rey miró átonito á la Padilla.

—Dirian, continuó ella: si se casó con doña Blanca por temor, por hacerse una alianza poderosa, fue un cobarde; si se casó, porque doña Blanca era jóven, hermosa y rica, fue un villano.

—¡María! exclamó el rey con acento de amarga convencion.

—No, no; yo no pienso así; dijo doña María: cuando os casasteis conmigo, obedecisteis á vuestro corazon; cuando con doña Blanca, jóven, sin esperiencia, sin esa firmeza que despues os han dado las desgracias, cedisteis á la influencia de don Juan Alfonso de Alburquerque; no, no soy yo quien pienso así; pero así pensarán vuestros reinos.

—¿Y qué me importa? exclamó con su bravo acento de amenaza don Pedro: si quien lo piense se atreve á decirlo, le cortaré la lengua, la clavaré en una escarpia en un lugar público de mi córte, y aquella lengua cortada será bastante elocuente para decir á todos: ¡callad y obedeced!

—Puede enmudecerse á un pueblo, sí; pero nadie enmudece las cien lenguas de la historia.

—¿La historia! ¡la historia! ¡fantasma que solo estremece á los pequeños! ¡La historia! ¡yo sé muy bien que será un gigante en la historia! ¡La historia! tales pasiones me acometen, tales gentes me cercan, que mi historia, tenlo por seguro María, será un misterio que no comprenderá nadie: luego, como ahora, unos me llamarán cruel, otros justiciero; mi nombre será siempre grato al pueblo, mi nombre siempre detestable á esos hombres que solo juzgan por las apariencias, que no ven mas que lo que tocan... ¡oh! ¡oh! quisiera resucitar dentro de quinientos años, para

reirme de los sabios que pretendan conocerme por lo que de mí escriba mi tiempo.

El rey don Pedro, al decir esto, tenía razón, y nosotros no alcanzaríamos poca parte en su risa ó en su cólera, si leyese estas páginas, á pesar de que hemos tragado una considerable dosis de polvo revolviendo cronicones, y nos hemos desesperado interpretando manuscritos infernales, pretendiendo sacar algo en claro de lo que era don Pedro; y si hemos de hablar con lisura, solo hemos encontrado deducciones mas ó menos probables, pero ni una sola verdad. La historia del rey don Pedro, escrita por un servidor de sus enemigos, y las apologías mandadas escribir por los descendientes de la casa de Lancaster que vino á continuar su raza por la línea femenina, son mas exageradas, menos dignas de crédito, que la severa y desnuda crónica de Ayala.

El rey don Pedro, pues, tenía razón: hoy su carácter es un logogrifo histórico, cuya resolución será mas difícil á medida que avance el tiempo: acaso dentro de algunos siglos el rey don Pedro, con su ferocidad, su crueldad, su valentía, sus venganzas, sus justicias, sus despotismos, sus licencias, sus crímenes y sus virtudes, será tenido por un mito de la edad media, y aun hoy empieza á considerársele bajo este punto de vista, gracias á la tradición y á los romances.

—Además, añadió el rey; diga lo que quiera la historia, mi deber como rey, me obliga á declarar ese matrimonio: la corona de Castilla no puede pasar á un bastardo: los de la Cerda, todos los que por hembra descendien de la casa real de Castilla, pretenderían hacer valer sus derechos: el reino se vería perplejo, y esta perplejidad traería consigo una interminable guerra civil: no habría entonces vasallos leales ni traidores, sino partidarios: no, yo no debo morir sin dejar un heredero legítimo alrededor de cuyo trono puedan agruparse los castellanos: la muerte está siempre junto á nosotros con el brazo preparado para herir: su golpe es irremediable, imprevisto: es preciso, justo, conveniente: mis reinos te reconocerán por mi esposa legítima, María, y nuestro hijo el infante don Alonso será declarado por las córtes príncipe heredero de mi corona.

—¡Nuestros hijos! ¡la guerra civil! ¡oh! ¡es verdad! ¡no había pensado en ello! ¿qué me importaba á mí, pobre mujer deshonrada, que los castellanos doblasen ó no ante mi su rodilla? yo solo pensaba en tu nombre Pedro, en tu honra, que guardo como la mia, en tu honra, que es para mí sagrada, que siempre, siempre respetaré.

Si don Pedro hubiera podido leer en el alma de doña María cuando pronunció sus últimas palabras, se hubiera estremecido: hubiera visto á la mujer que luchaba con su amor insensato y adúltero, á la mujer que se había resuelto á darse la muerte en el momento en que se sintiese vencida. Pero don Pedro había perdido su prevención, y solo vió amor para él en aquellas palabras.

—Si, sí, es necesario, preciso, urgente, continuó la Padilla; ¡y yo no había pensado en ello! convoca las córtes del reino: díles: «la que creiais mi manceba, era mi esposa, es la reina; mi hijo don Alonso es mi heredero.» Sí, sí, es preciso; salvemos á nuestros hijos, salvemos á nuestro reino. ¡Qué importa un sacrificio mas!

—¡Oh María, María! esa historia que tanto te espanta, será muy injusta sino reconoce la grandeza de tu alma.

—¡Ah Pedro, Pedro! ¡mi alma! ¡mi alma grande! ¡oh! ¡sí, sí, muy grande, cuando puede contener tantos dolores! pero por otra parte, ¡cuán contristada! ¡cuán mezuquina!

—Te sobra grandeza, pero te falta fuerza en el corazón, María.

—¡Qué me falta fuerza! exclamó profundamente la Padilla.

—La lucha en que me veo empeñado, te amedrenta; la sangre que me veo obligado á derramar, te aterra.

—Sí, sí, es verdad; me aterra todo cuanto me rodea: mi vista se agita... ¡no veo mas que peligros, desdichas...! todo, todo me asusta... escucha; ya que ha de hacerse esa declaración, hágase cuanto antes... cuanto antes, Pedro... reúne las córtes del reino en un plazo breve, ponme sobre tu trono con mis hijos, porque si tardas mucho... ¡oh!

—¡Qué! exclamó aterrado el rey; ¿qué quieres decir, María?

—Voy á morir muy pronto, contestó doña María, poniendo su mano entre las del rey, y reclinando su cabeza en su hombro.

—¡Morir! ¡morir tú, María! exclamó el rey con un acento y una expresión indescribible: ¡morir tú en la flor de la juventud y de la hermosura! ¡oh! ¡eso no puede ser...! ¡Dios no puede permitirlo...! ¡sería horrible... horrible...! ¡eso no puede ser!

Y sin embargo, el rey se aterraba, porque temía: encontraba algo de extraño, algo de fúnebre en la dulzura, en la sonrisa, en las palabras, en el semblante de doña María: su instinto inexorable y cruel le decía: la vas á perder. Y don Pedro hubiera querido perderlo todo; su corona, sus tesoros... su honra... todo á trueque de no perder á doña María.

—Sí, sí, apresúrate Pedro: voy á morir: si me preguntas la razón de mi temor, no podría decírtela: siento dentro de mí un exceso de vida que me espanta, que me hace pensar en la muerte: algunas veces mi cabeza y mi corazón arden, y siento en ellos un dolor lento, como si me punzasen con cien alfileres: luego mis ojos se nublan, un sudor amargo y helado me inunda, pienso morir; pero esto pasa... pasa... y cuando abro los ojos, me parece que la luz es mas fuerte, los objetos mas grandes, los colores mas vivos... todo, todo aumenta en vida á mi alrededor, y dentro de mí siento deseos insensatos, y esto me mata; cada vez que uno de esos momentos de angustia pasan por mí, si me miro á un espejo, me encuentro mas pálida, mas flaca... no, no me engaño, voy á morir.

Y doña María se levantó.
—¡Oh! eso no es otra cosa que los resultados de la peste negra... eso pasará... pasará María... pero valor, valor, por Dios: si tú te preocupas con una idea funesta... no, no; es necesario que te distraigas, que deseches de ti esos pensamientos... voy á hacer que se escriban al momento mis cartas convocatorias á mis villas y ciudades de voto en córtes, y despues á disponer una partida de caza... una de esas alegres partidas que tanto te agradan.

—Y yo, Pedro, voy á orar.
—Sí, sí, mi buena, mi noble, mi amada María, ruega á Dios, por tí, por nuestros hijos, por mí.

—Sí, sí, todos necesitamos del amparo de Dios.
Y doña María salió lentamente de su cámara.

—El temor de perder su amor, dijo el rey que había quedado inmóvil en medio de ella, me enfurecía, me volvía loco... pero si la perdiera enteramente... si muriera... ¡oh! no pensemos en eso... no... lo que yo haría entonces sería formidabile...! solo...! ¡solo en el mundo...! sin ella... ¡oh! ¡no, no, no puede ser... no puede permitirlo Dios!

Y tras estas palabras, pensativo, triste, y preocupado salió en paso lento de la cámara.

CAPITULO IV.

El hombre propone y Dios dispone.

CONVOCÁRONSE las córtes con el pretexto de tratar acerca de la guerra próxima á emprenderse; pero por mas que ni una sola frase se dijese acerca de la declaración del matrimonio entre don Pedro y doña María

de Padilla, traslucióse en la córte el verdadero motivo de aquella convocatoria á unas córtés extraordinarias; de la córte pasó al pueblo y todos esperaban con ansiedad la resolución de aquellas noticias gratas para unos, contrarias para otros, y que por lo tanto aumentaban la lucha de los partidos, ya demasiado encarnizados para que no agravase su encono un tan grave como inesperado incidente.

Los partidarios de don Enrique veían en aquella declaración un nuevo obstáculo para los intentos del Bastardo, y procuraban deshacerlo por cuantos medios estaban á su alcance: decíase que el rey cometía un nuevo desafuero, que se burlaba de sus reinos dándole un rey hijo del adulterio, sin considerar los que tal decían, que en todo caso no era de mejor estofa su patrono don Enrique: intentaban otros deshacerse por medio del puñal ó del veneno, de la mujer que servía de instrumento para aquellos fines al rey, aparejábanse nuevas rebeldías, y todo presentaba el aspecto de grandes trastornos.

Entretanto empezaron á llegar los diputados. Recibíalos el rey afablemente, los honraba, les prometía, les alentaba, y hacia en fin, cuanto se hace con unas córtés cuando se las necesita.

Al mismo tiempo las lanzas y los soldados del rey, y las de sus vasallos leales, se concentraban en Sevilla: dióse la alcaldía de la torre del Oro á Juan Fernandez de Hínestrosa, la de las Atarazanas, á Diego Garcia de Padilla, la del castillo de Triana, á Pero Lope de Padilla, y la del alcázar á Men Rodriguez de Sanabria.

Desplegábase, en fin, todo el aparato de fuerza que se despliega cuando se teme á un pueblo, y con el cual se le dice con el elocuente lenguaje de los hechos: calla y obedece.

El pueblo diezmado por la peste y por el hambre que aun continuaban, debilitado, exhausto, veía todo esto y á pesar de que todo esto le irritaba, como al mismo tiempo le espantaba, estaba dispuesto, á ver, oír y callar.

Don Pedro conocía por experiencia lo supremo del derecho de la fuerza, en el que hacía mucho tiempo que, para mas de un asunto se apoyaba, y seguía apoyándose en él.

Pero hay algo mas que está por cima de los hombres, por cima del derecho de la fuerza, por cima de la prevision, y este algo le constituyen los acontecimientos imprevistos.

Aun no había pasado un mas desde la noche en que Jonathan, había salvado de la peste á doña María y en que Leila la había dado á beber su terrible licor de príncipe. A medida que el tiempo había avanzado había presentado la Padilla los síntomas que con mas lentitud se habían visto en doña Isabel Nuñez de Lara: largos, imprevistos y congijos desmayos, lucidez, vaguedad, insensatez en la mirada; languidez, cansancio, exuberancia de vida: una melancolía profunda que nada alcanzaba á disipar: ni los sarao en el alcázar, ni las brillantes cabalgatas, ni las farsas, ni las monterías, ni las regatas en el rio: doña María marchaba de una manera segura y mas rápida que doña Isabel, hacía la muerte.

Decíamos que se habían observado estos síntomas y hemos debido decir que solo los había observado una persona: Men Rodriguez de Sanabria.

El generoso jóven se horrorizó, pero devoró su borror: sabía demasiado por experiencia, dos veces repetida en doña Blanca y en doña Isabel Nuñez de Lara que aquel tósigo era seguro, de efecto inevitable, y que la denunciacion del crimen solo serviría para hacer mas amarga la situación del rey, mas desesperado su dolor. Men Rodriguez de Sanabria se redujo, pues, á jurar en el fondo de su alma una cruda venganza á aquellas tres ilustres víctimas de la perversidad de Leila.

Esta, entretanto, cubierta con un misterio impenetrable, acechaba continuamente á su víctima, como la araña acecha á la mosca: su víctima era el rey: las que caían ante el paso de Leila, como caen deshojadas las flores al embate del huracan, no eran otra cosa que víctimas secundarias: los hilos, por decirlo así, de la negra tela que tejía; hilos que debían al fin entregar á don Pedro cansado, destrozado el corazón, perdido el tino, enloquecido, en poder de sus enemigos.

Leila al preparar su venganza, había previsto todas sus consecuencias: había atacado al rey sin dar un solo golpe en vago: cada uno de sus ataques se había hecho sentir rudamente en el alma de don Pedro, y Leila veía con un placer sombrío que el rey estaba próximo á volverse loco.

Leila había dado su alma á Satanás por su venganza y Satanás la ayudaba: pudiera decirse tambien que la Providencia la dejaba obrar, si se atiende á que el rey don Pedro tenía contra sí una horrible cuenta que rendir de la manera como había gobernado y gobernaba sus reinos.

La sangre clama sangre, y la sangre vertida por el rey don Pedro caía á torrentes sobre su cabeza.

Y poco importaba que el rey solo hubiese vertido sangre impura, si la había vertido de una manera inconveniente, cruel, por justicia propia, obedeciendo siempre al primer impulso de su cólera: poco importaba que hubiese obrado generalmente en justicia, si aquella justicia, por la manera con que se había dado á conocer, había aterrorado y escandalizado.

La rebeldía, tanto puede ser hija de la debilidad de los que mandan, como de su excesivo vigor.

Así es que Castilla gemía y se fatigaba bajo la mano de don Pedro, como se fatiga riade y teme y se doblega un caballo de raza bajo la mano y las rodillas de un ginete inexorable.

Pero llega un momento en que el caballo aprovecha un descuido, ó una descomposición del ginete, y le arroja y le abandona: Leila contaba con que Castilla; azotada, esquilnada y aterrada por el rey don Pedro, aprovechase la primera ocasion para librarse de un señor tan duro: era pues necesario que el rey cometiese imprudencias, y Leila preparaba el día en que el rey perdido el tino las cometiese.

Aquel día se acercaba. Doña María, á cada momento mas enferma, tenía á los médicos perdidos en un caos de dudas: no se comprendía la enfermedad de doña María, pero se comprendía demasiado que aquella enfermedad tenía por término una muerte próxima.

Nadie sin embargo se atrevía á decirlo al rey: Juan Fernandez de Hínestrosa, con quien los médicos eran esplicitos, deboraba su ansiedad: el monge negro que en todas las situaciones difíciles acudia al lado del rey, adivinaba la causa de la extraña enfermedad de doña María y callaba tambien: el rey aterrado por aquellos terribles síntomas, creía de buena fe que no eran otra cosa que resultados de la peste negra.

Esto, sin embargo, le causaba una inquietud mortal, y escepto los breves momentos que invertía en el consejo y en el despacho de los negocios, no se separaba un solo momento de doña María.

Y no era esto solo: los zelos del rey habían vuelto: zelos crueles, puesto que no podía vengarlos: algunas veces, en un momento de delirio, doña María nombraba á Men Rodriguez: el generoso, el noble jóven, había llegado á ser el pensamiento fijo de aquella desdichada.

El rey por lo tanto temeroso que otros oídos que los suyos escuchasen aquellas palabras había aislado enteramente á doña María: cuando un negocio imprescindible le obligaba á separarse de ella, ocupaba su lugar el monge negro, y Juan Diente, incansable, siempre con la maza empuñada, guardaba día y noche la

puerta de la cámara y no permitía entrar ni aun á la servidumbre, sino cuando, para las atenciones imprescindibles del servicio, lo mandaba el rey.

Teníase, pues, en el alcázar por presa á doña María y todos se preguntaban con estrañeza en qué podía consistir aquello.

Acercábase entretanto el día de la solemne reunion de las córtés: el reino en aquellas circunstancias la esperaba con ansia: con ansia la esperaban aquel día el rey, los parientes de la Padilla, los bandos: Leila miraba la aproximacion de aquel día con una complacencia cruel.

Legó al fin la víspera: un mes contado desde el día en que el rey habia vuelto á Sevilla.

Era una noche oscura y tempestuosa: las calles de Sevilla estaban envueltas en densas tinieblas, que solo rompía de trecho en trecho la luz agonizante de algun nicho consagrado á un santo por la piedad de los vecinos.

Las calles estaban solitarias. A pesar de esto, dos bultos, rebozados en anchas capas, adelantaban por un extremo de la calle de Maese Rodrigo; llegaron á la casa de vecindad, llamaron y les abrió un hombre rudo, que por su traje y su aspecto era sin duda uno de los formidables hermanos de Nuestra Señora de Rocamadón.

Penetraron los dos embozados en la casa, subieron las escaleras, y entraron en un aposento que estaba alumbrado y como preparado de antemano.

—¡Vargas! dijo uno de los embozados dejando conocer en la voz á Leila: enjaeza dos caballos y arma-te: vas á partir esta noche.

—Muy bien, señora.

—¿Están todos en la casa?

—Se ha dado la órden esta mañana y ninguno falta.

—¿Están apercebidos?

—Sí señora: en un momento pueden estar armados y á caballo.

—Bien, muy bien: vete y espera.

El aventurero salió.

—Esta noche partireis vos tambien, Alvar.

—Partiré, puesto que lo quereis.

—Creo que esta es la última vez que os empleo.

—Creolo tambien, porque nos vamos quedando demasiado claros; ¡qué vendabál Diosmio! ¡qué vendabál! nos estamos sosteniendo de milagro: quiera Dios hacer un milagro aun y que un mal lance no de al traste con nosotros.

—No, no: esto va ya de vencida: de esta vez don Enrique será rey de Castilla y yo me habré vengado.

—Quieralo Dios, para que todos descansenos.

—Esperadme aqui.

—Os espero.

—Creo que no me esperareis mucho.

Y Leila tomó una lámpara, salió, atravesó los corredores, bajó las escaleras, cruzó el patio, y entró en la que habia sido vivienda de Juan Diente, cerró por dentro, y poco despues la luz, que reflejó un momento tras los sucios lienzos que cubrian las rejas, desapareció.

—Misterios y siempre misterios, dijo el escribano: ¿qué va á hacer en ese aposento encerrada y á oscuras esa formidable mujer? Sabenlo Dios y ella. ¡Y tanto encerrarse alli, sin que nadie sepa á qué se encierra! Cada dia me inspira mas miedo esta doña Ana. Donde ella va, va el esterminio: y la sirve como serviria al demonio. ¡Oh! ¡oh! temo morir de mala muerte lo que no seria muy dificil. En prueba de ello hablen, doña Blanca, doña Isabel, Andres Corchuelo, la locura de la infelz doña Sol de Vargas, y el encierro de la pobre Isabel-la-Liebre... ¡bah! ¡bah! pues la conocemos, procuremos que no nos acontezca una desgracia... esa doña Ana debe ser hechicera: lo sabe todo,

lo adivina todo... no hay mas, pues, que doblérgase á su voluntad, y esperar á que un milagro nos saque de sus garras.

Y entránlose dentro del aposento el escribano se sentó en un sillón, dobló la cabeza sobre el pecho y poco despues dormia con la tranquilidad de conciencia de los bribones de profesion.

CAPITULO V.

El golpe en el corazon.

ENTRETANTO Leila habia llegado á la puerta secreta y observaba tras ella lo que acontecia en el dormitorio de la Padilla.

Acompañábala una sola persona: era el monge negro.

Leila le habia visto muchas veces, pero siempre encubierto: entonces, con admiracion suya, le vió despojado de su capucha y de su máscara de hierro.

Su edad podria contarse entre los cuarenta y ocho y los cincuenta años. Era hermoso aun, pero con una hermosura brabía y terrible. Sus negros ojos, de mirada profunda y reconcentrada, imponian terror mas bien que respeto, á pesar que, á la vista del padecimiento de la Padilla, que estaba sentada junto á él en un divan, mostraban aquellos ojos una espresion de piedad casi paternal; pero de una piedad mezclada con una iadudable espresion de cólera y de amenaza á la vista de aquel padecimiento; notábanse, además, en aquel semblante las huellas de un dolor cruel, continuo, desesperado; á pesar de esto se concebía que aquel hombre no habia llevado siempre sobre su cabeza un capuz, sobre su rostro una máscara de hierro, sobre sus carnes el cilicio del penitente: sino que habia ceñido el yelmo del guerrero, que habia empuñado una lanza, que habia sido en fin un formidable señor, cuya soberbia habia necesitado, sin duda, para doblérgase un tanto, lo torcedor del remordimiento y el temor á la justicia divina.

Su cabellera, abundante, negra, ensortijada y su barba negra tambien y brillante, no era, la cabellera y la barba de un monge, sino las de un altivo señor: todo él demostraba grandeza y fuerza, y Leila, que jamás se habia aterrado ante nada, sintió un misterioso impulso de miedo á la vista de aquel hombre.

—¡Y este era el amigo de mi padre! exclamó: ¿este es el santo-monge penitente de la ermita de la cruz del Humilladero! ¡Ah! ¡ah! ¡y ese hombre sirve al rey don Pedro ó como yo se venga de él? Veremos.

Y Leila consagró toda su atencion á lo que acontecia en el dormitorio.

Doña María, debil, reclinada en un ángulo del divan, con la mirada fija y lúcida, parecia enteramente abstraída, como fuera de la existencia humana, de tiempo en tiempo temblaba de una manera violenta, se llevaba la mano á la frente como si hubiera querido arrancarse de ella un objeto estraño, sus ojos vagaban con una espresion insensata, y lanzaba un debil y profundo gemido. Despues de este movimiento pasajero volvia, á inclinar la cabeza y se abandonaba á su anterior estado de inmovilidad: escuchábase su alentar dificil, entrecortado, ardiente, y un sudor copioso, brotaba de todos sus poros: su demacracion habia llegado á lo infinito, y sin embargo, como doña Isabel Nuñez de Lara, en iguales circunstancias, estaba mas hermosa que nunca.

—¡Se muere! ¡se muere! exclamó desesperado el monge, y esta muerte le matará á él! ¡Señor, Señor! sálvala, ¡tú que puedes hacerlo todo! ¡sálvala y desploma sobre mí toda tu cólera contra el rey don Pedro!

Doña María no pudo oír estas palabras del monge, pero al asirle este las manos que estaban heladas, pareció volver en sí.

—¡Oh! exclamó: ¡mis hijos! ¡él! ¡voy á morir! ¡quiero verlos!



—¡Que vais á morir! exclamó el monge procurando parecer sereno: ¿por qué ese terrible pensamiento? ¡morir vos, vos en la fuerza de la juventud, cuando Dios os ha librado de la peste negra!

—No, no: esto es diferente: siento aquí, y aquí, y se llevó sucesivamente la mano al corazón y á la cabeza: siento aquí fuego, un fuego que me abrasa y me ahoga. ¡Ay! ¡yo quiero verlos, yo me muero!

Y lanzó un horrible grito y procuró en vano alzarse del diván.

Su rostro se habia desencajado mas; sus ojos brillaban con un fuego insensato.

El monge se aterró: veía la muerte avanzando rápidamente hacia la víctima, y aterrábale llamar al rey para que fuese testigo de la muerte de su esposa.

—¿No me oís...? ¿no me oís, señor? yo quiero ver á mis hijos, á mi esposo, exclamó con angustia doña María; no quiero morir sin verlos... vos, vos que habeis roto vuestra promesa á Dios de no dejar ver á nadie vuestro rostro y me le habeis mostrado por complacerme... no me dejéis morir desesperada... ¡id... corred... traedlos... si tardais, ya no será tiempo... ¿no oís que tengo aquí fuego...? ¿un fuego que me devora?

El monge no se atrevió á negar este último consuelo á la madre y á la esposa moribunda, se puso rápidamente su máscara de hierro, se caló la capucha, y fué á la puerta y llamó.

Presentósele Juan Diente.

—Amigo Juan, le dijo el monge, llamado, llamado al momento al rey: doña María...

—Se muere! exclamó el bravo ballestero aterrándose; sí, sí... me lo dice lo tembloroso de vuestra voz.

—Llamad, llamado al momento al rey, dijo el monge con voz solemne.

Juan Diente partió, y el monge volvió al lado de doña María.

Esta se habia levantado del diván, y estaba de pié asida á un mueble: su cabeza erguida, tenia una expresión mas que humana; sus ojos brillaban con un fuego casi divino; sus labios sonreían.

—¡Oh! ¡qué hermoso es! exclamaba á media voz: no se lo digais, no le digais que yo le amo, él no lo sabe, no; él no lo sabe, yo no se lo he dicho... cree que tiene en mí una hermana... y no es verdad, no; le amo de otro modo... pero... el rey... mi honra...

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó el monge negro: que ama... que ama á otro á quien no se atreve á revelarlo: ¿y quién es ese hombre? ¿quién es ese traidor?

—¡Sanabria! ¡Sanabria! exclamó la Padilla como si hubiera querido contestar al monge.

—¡Oh! ¡es imposible! imposible de todo punto que la vea el rey, exclamó asombrado el monge; si él oyera estas palabras... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡vuélvela la razon! ¡vuélvesela! ¡que pueda ocultar sus pensamientos! ¡Señor, Señor! ¡ten piedad del rey!

Y el monge cayó de rodillas.

—¡Ha llegado ya la hora de orar! exclamó don Pedro con voz lúgubre á la puerta: pero no; está allí de pié: entregada sin duda á uno de sus ascensos de locura.

El monge se alzó y salió al encuentro del rey.

—Salid, salid, señor, le dijo; vos no podeis estar aquí.

—¡Que no puedo yo estar aquí! exclamó con amargura el rey: ¿y por qué? ¿qué puede acontecerme mas doloroso que perderla?

—Doña María delira de un modo horrible, señor.

—Y tú has escuchado esos delirios! exclamó con acento profundo el rey.

—Yo puedo escucharlo todo, señor: todo: yo no pertenezco ya á este mundo.

—¡Sal! dijo con imperio el rey,

—¡Señor!

—¡Sal! déjame solo con ella ¡vive Dios! déjame apurar mi cáliz... no quiero que nadie, nadie pueda escuchar junto á mí... lo que tú has escuchado ya... ¡sal!

—El monge alzó los ojos al cielo, y salió.

Don Pedro permaneció inmóvil en medio del aposento. Doña María adelantó vacitante hácia su reclinatorio.

—Aquí, aquí, dijo cuando llegó á él: aquí dejaba sus cartas y sus flores: hace mucho tiempo, mucho que no deja ninguna: le ha ofendido el que yo le rechazase... «Queréis que mi amor muera, morirá,» me dijo en la última... y no le he vuelto á ver... callad... callad... yo quisiera volverle á ver... pero no se lo digais... eso seria ofender á mi esposo... y yo no quiero ofender á mi esposo... no... yo no tengo la culpa de haber amado á Sanabria... yo he resistido con todas mis fuerzas su amor... pero su lealtad... su discrecion... y sus cartas... tan respetuosas... ¡oh! ¡oh! mucho debe de amarme cuando se ha atrevido... ¡oh!... es que no hay quien resista á un pensamiento continuo, eterno... un pensamiento ardiente y dulce... es que amamos sin querer... porque Dios quiere que amemos... Dios quiere tambien que muramos antes de cometer una traicion, un perjurio... eso jamás... él me ama... soy su vida... y yo le amo... le amo tambien... es el padre de mis hijos... ¡Dios mio! y ¿por qué amándole tanto, amo á otro hombre...? ¿por qué mi corazón arde...? ¿por qué mi cabeza...? ¡se me va...! ¡oh! ¡se me va! ¡se me va!

Y doña María se asió la cabeza con ambas manos como pretendiendo impedir que se le escapase.

Las pasiones del rey, sus zelos, todo, todo cedió ante el inmenso amor que le inspiraba doña María, era el del rey entonces, y por efecto de la situación, uno de esos amores que se sobrepone á todo, que se sacrifican, que solo ven el objeto amado: don Pedro veía la muerte en aquella mirada vaga, en aquella lánguida y triste sonrisa; su corazón se comprimó, adelantó hácia doña María, pero el exceso del dolor le cortó el paso, y necesitó arrimarse á un mueble para no caer. Luego aquel dolor se deshizo en lágrimas y lloró de una manera profunda, desgarradora, histérica.

Doña María oyó aquel llanto y adelantó hácia el rey, le miró, y no le reconocía.

El monge negro estaba á la puerta preparado á todo; ninguno de los dos personajes de esta terrible escena le veía.

—¡Quien eres tú que lloras! dijo con voz dulce doña María asiendo las manos de don Pedro; amas tú tambien, y te ves obligado á ocultar tu amor... ¿á llorarle...? yo te consolaré... y escucha... yo no he tenido quien me consuele... mi esposo... ¡oh! mi esposo me ha tratado con dureza... ha sido muy cruel conmigo... ha tenido zelos... zelos de mí... zelos de su esposa... como si su esposa no hubiera sido capaz de morir antes que deshonrarle... y he llorado... he llorado todas mis lágrimas... y nadie, nadie me ha consolado... pero yo te consolaré, sí, yo te consolaré... porque sé cuan desesperado es llorar sin que nadie recoja nuestras lágrimas.

—¡María! ¡María! exclamó el rey con acento desesperado.

—¡Jesús! ¡Jesús mil veces! exclamó doña María á quien parecia haber vuelto á la razon el acento de don Pedro; ¿eres tú... tú... esposo mio...? ¿y yo? ¿dónde estoy yo? ¿qué es esto? no me acuerdo de nada... y... muero... muero... me siento morir...

Y cayó sin fuerzas en los brazos del rey.

—¡María! ¡María! ¡vuelve en tí...! exclamó el rey llevándola al diván; soy yo... yo... que siempre te amo.

—¡Perdonadme...! ¡perdonadme señor...! exclamó

doña María: yo no he tenido la culpa... Dios... yo... te amo, Pedro... la muerte... me vuelve tu amor mas intenso que nunca... ¡oh! he soñado... sí... sí... un sueño horrible... no, no podía ser... yo no amo... á nadie... á nadie... mas... que á tí... á... tí... espo...so... mio... mis hijos... per...don...

Doña María no habló mas, cayó sobre el divan, sus ojos, fríos, mates, rodaron en sus órbitas, apretó con sus crispadas manos las manos del rey, lanzó un grito terrible de dolor, se estremeció en una convulsión horrorosa y al fin se desplomó.

El rey, pálido, tembloroso, con la mirada lúcida inmensa, sobre natural, fija sobre la Padilla, permaneció un momento inmóvil, y luego cayó de rodillas exclamando de una manera terrible por lo solemne y desesperado.

—¡Muerta!

En aquella palabra se había exhalado toda la cólera, toda la amenaza, toda la insensatez, toda la pasión volcánica é inmensa que se revolvía en el alma del rey.

El golpe le había herido en medio del corazón y aquella palabra «¡Muerta!» había sido su grito de muerte.

Por algun tiempo permaneció de rodillas á los pies del cadáver arrojado sobre él; luego se retiró un tanto y contempló el rostro lívido de su esposa: inútil sería que pretendieramos hacer sentir á nuestros lectores la espresion suprema de agonía, de rabia, de desesperación del rey.

—¡Oh! ¡esto es imposible! ¡no, no! ¡esto no puede ser! ¡yo no quiero que sea! ¡no, no será! ¡María! ¡María! ¡vuelve en tí! ¡respóndeme! ¡yo no quiero que mueras! ¿quién se opone á mi voluntad?

—¡Dios! ¡esclamó el monge saliendo de entre los tapices de la puerta y adelantando.

—¡Dios! ¡Dios! ¡esclamó el rey con acento rugiente, ¿dónde está Dios?

Y alzó al cielo los puños cerrados y el rostro trémulo de cólera, en esa terrible é insensata blasfemia que brota de la desesperación de los seres enérgicos á la presencia de una desgracia suprema.

Y luego mirando con una sombría mirada al monge, exclamó.

—¡Paso! ¡paso! necesito beber sangre para calmar mi sed, ¡necesito exterminar, exterminar! ¡María! ¡María! ¡muerta María! ¡y aun hay á mi alrededor seres vivientes! y ese hombre... ese hombre que la ha matado ¡ese infame Men Rodriguez!

Y el rey rompió adelante, apartó violentamente al monge, y salió con la fuerza y el estruendo de una tempestad.

—¡Juan! ¡Juan! gritó el monge negro.

Presentóse inmediatamente el ballestero.

—¡El rey está furioso! ¡esclamó el monge, la muerte de doña María le ha vuelto loco.

—¡Muerta! ¡muerta! ¡poder de Dios! ¡esclamó Juan Diente: y el rey... venid señor, venid: hay que temerle todo: es necesario sujetarle, contenerle: sería capaz de incendiar á Sevilla.

—Y de matar á Men Rodriguez de Sanabria.

—¡Ah! ¡esclamó el ballestero, y salió corriendo desalado de la estancia mortuoria: el monge le siguió.

En aquel momento Leila se separó de la puerta secreta murmurando:

—¡Rey, rey don Pedro! ¡eres mio! con la muerte de tu hermano don Fadrique, te herí en la conciencia; con la de doña Blanca, en la honra; con la de doña María, te he herido en el corazón: ahora solo me falta herirte en la cabeza.

—Juan, mi valiente Juan, decia en aquellos momentos el rey á Juan Diente: trae me la cabeza de Men Rodriguez de Sanabria.

—¡No! contestó con firmeza el ballestero.

—¿No? infame, traidor?

—Esperad, señor; volved en vos, y si cuando vuestro dolor se haya calmado, cuando escuchéis la voz de la razón me pedéis la cabeza de Men Rodriguez, os la traeré.

Poco despues, Alvar Yañez conduciendo una carta de Leila, para el conde de Trastamara, cabalgaba hácia la frontera, acompañado de uno de los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador, armado hasta los dientes.

Aquella carta contenia lo siguiente:

«Ha llegado el momento de que rompáis por los reinos de vuestro enemigo: aprovechad su dolor y su osombro por la muerte de su manceba. Yo os ayudaré, sublevando contra él á Sevilla. Sed rey, señor, y vengadme.—Doña Ana Tellez de Ulloa.»

CAPITULO VI.

Apuntes históricos que nosotros creemos indispensables y lo son para la mejor inteligencia de esta historia.

SEVILLA se estremeció al saber la muerte de doña María de Padilla, que fue anunciada de una manera régia por las lenguas de bronce de la iglesia Mayor de Santa María de la Sede, á las que contestaron las de las demás iglesias, conventos y cofradías.

En el estremecimiento de Sevilla habia por parte de unos miedo, por la de otros un sentimiento profundo.

Los nobles, los clérigos, todos en fin, los que tenían que recelar, creyeron llegada la hora en que escitada la crueldad del rey por la pérdida de la mujer á quienes todos sabian que amaba antes que asimismo, se desenfrenase y esterminase é hiciese tanto que dejase atrás, y como en olvido, las atrocidades cometidas hasta entonces. Los menos cobardes se preparaban á evitar la acometida del rey al primer indicio, mientras que los mas comprometidos ó tímidos, se ausentaban de Sevilla é iban á engrosar las fuerzas del rebelde conde de Trastamara.

Lo que entonces podia llamarse clase media, esto es, los mercaderes, los industriales, los tenderos é *cetera*, sentian al par que el pueblo, la muerte de doña María porque ella habia sido siempre el paño de lágrimas del pobre, la madre del desdichado.

Esta muerte causó, pues, una profunda sensacion de Sevilla, y aunque nadie acusaba de ella al rey, notábase que por ella habia perdido sobre el popular de su córte gran parte de su influencia.

El ángel al tender sus alas y remontarse al cielo, se habia llevado consigo el prestigio de la virtud, de la caridad y de la hermosura, que hasta entonces habia servido de contraposicion á la dureza, á la crueldad, á la ejecutiva justicia del rey.

La blanca figura de paz y consuelo habia desaparecido y solo quedaba sobre el trono el fantasma rojo, siempre sediento de sangre.

Nada, pues, tiene de extraño que Sevilla se estremeciese á la muerte de doña María.

A sus exequias, en la que se desplegó una pompa mas que régia, asistió todo el pueblo de Sevilla, y de veinte leguas á la redonda, á pesar de la peste que aun se ensañaba en la costa y el mejor panegérico de sus virtudes fue la muchedumbre, que silenciosa, triste y y desconsolada, siguió durante dos leguas fuera de Sevilla su cadáver, que Men Rodriguez de Sanabria, por un extraño capricho del rey y acompañado de Juan Diente y de doscientos ballesteros, además de la clecacia y de la servidumbre indispensables, llevaba á enterrar á Castilla la Vieja, al monasterio de Santa María de Astudillo, que ella á sus espensas habia formado.

Entretanto el rey, asistido únicamente por el monje negro estaba apartado de la vista de todo el mundo, doblegado por el dolor; entregado á intervalos al llanto y á la cólera.

Así pasaron algunos días, y como la reunión de las cortes se prorogase, muchos diputados pidieron licencia para volverse á sus casas.

En vista de esto, el rey reunió las cortes.

Presentóse á ellas rigidamente de luto, llevando junto á sí, asimismo enlutado en los brazos de un rico-hombre, á su hijo don Alonso, de edad de dos años. Allí en presencia de los tres brazos del reino reunidos, es decir, de la nobleza, de la Iglesia y del estado llano, declaró que la difunta doña María de Padilla, había sido su legítima esposa, por haber contraído matrimonio clandestino con ella, antes de contraerlo con doña Blanca de Borbon, que esta, por lo tanto, no había podido ser su esposa legítima, que por esta razón, y no por otra, no había hecho vida con doña Blanca, y que en fin, si había tenido secreto y escondido su matrimonio con doña María, había sido por temor de empeorar las turbulencias del reino; presentó despues como prueba de su declaración, el testimonio de cuatro personas que eran Juan Fernandez de Hinestrosa, su camarero mayor y de su consejo, don Diego Garcia de Padilla, maestro de Calatrava, Alonso de Mayorga, canciller del sello privado y Juan Perez de Orduña su capellan.

Los hijos de doña María de Padilla, fueron pues, legítimados, y don Pedro, presentando entonces á las cortes su hijo el infante don Alonso, le declaró heredero de su corona, y le hizo jurar como tal por los tres brazos desnudos.

Por mas que á muchos repugnase este juramento, pudo mas el terror que inspiraba la cólera del rey que sus escrúpulos y el infante don Alonso fue jurado heredero de don Pedro, en la forma y con la solemnidad acostumbradas.

Disolvieronse en seguida las cortes y un mes despues una numerosa comitiva de damas y caballeros fue al monasterio de Astudillo por el cuerpo de doña María de Padilla, y le trajo con el ceremonial acostumbrado en los funerales de las reinas á la capilla de los Reyes de la Iglesia Mayor de Santa María de la Sede de Sevilla y fue enterrada en ella definitivamente, predicando con esta ocasion y haciendo la apologia de la conducta de don Pedro con doña María de Padilla el arzobispo de Toledo, primado de las Españas.

No es este el lugar ni la ocasion de entrometernos á deslindar, si doña María de Padilla, fue esposa ó manceba del rey don Pedro. El aclarar este punto, oscuro como otros muchos, en la vida del rey don Pedro, es tarea esclusiva, aunque no fácil, de la historia; en nuestro libro la hemos tratado como esposa del rey, porque tal es nuestra opinion, pero de ninguna manera pretendemos que se tenga esta opinion como una declaración histórica: para ello necesitaríamos pruebas, y nosotros no nos apoyamos mas que en deducciones.

Una vez declarada reina doña María, reconocida como tal por el reino, sepultada entre los reyes de Castilla, legítimados sus hijos por las cortes, y jurado por las mismas uno de ellos heredero de la corona, el rey se volvió furioso, irritado y decidido como nunca á la guerra.

Al despedir las cortes el rey había anunciado que iba á recurrir muy pronto á la adhesion de la nobleza y á la lealtad de su reino para una guerra decisiva: había llegado, pues, la hora de que aquella guerra se emprendiese. Las cortes, que veian amenazadas las fronteras por un azote devastador, concedieron un servicio de hombres y dinero, bastantes para un armamento general.

Don Pedro salió de Sevilla, hacía el Norte con un poderoso ejército, que debía engrosarse á su paso, y

acampar entre las fronteras de Aragon y Navarra, por donde amenazaba la invasion de Duguesclin y de los bandidos eventureros que formaban la gran compañía, en cuyo número y esfuerzo, mas que en sus partidarios se fundaban las esperanzas de don Enrique.

El rey por su parte contaba con un numeroso ejército, con la alianza forzada del rey Carlos el Malo de Navarra, y con la de su primo el rey don Pedro IV de Aragon (robustecido, con el contrato de matrimonio celebrado por los dos monarcas entre el duque de Geroña, hijo primogénito del rey de Aragon y doña Isabel, hija tercera de don Pedro y de doña María de Padilla) y le obedecia ciegamente el reino, de que había arrojado á sus enemigos interiores.

Don Pedro, pues, sin avisar á su aliado Pedro IV, invadió el bajo Aragon con un formidable ejército de treinta mil peones, doce mil caballos y treinta y seis tiros gruesos de artilleria: se apoderó sin disparar una ballesta de gran número de ciudades y castillos, y solo se detuvo ante Calatayud, la única ciudad que se atrevió á resistirle á pesar de no tener un solo soldado que la defendiese.

El rey la cercó: en aquel cerco le acometió una nueva afliccion: aquel hijo á quien había hecho jurar su heredero, el infante don Alonso, en quien había reconcentrado su amor, murió víctima de la peste negra, que se cebaba en la ciudad sitiada y en el ejército sitiador.

Irritado el rey por este nuevo revés de la fortuna apretó el sitio, y la ciudad se rindió al fin, pero no sin haber pedido á su señor natural, el rey de Aragon, le dispensase del pleito homenaje para entregarse á un rey que á pesar de su alianza con el de Aragon trataba sus estados como país enemigo.

Esta conducta fue fatal para don Pedro. Desde la muerte de doña María de Padilla, pareció perder la sagacidad y el tino que hasta entonces había demostrado en todas sus empresas: era un insensato: desoyendo el consejo de sus capitanes, se empeñaba en empresas descabelladas, y su falta de fe á los tratados con el rey de Aragon fue una de ellas: él pretendia aterrar, unir por el pavor, no por la conveniencia mútua: Pedro IV, se aterró, es verdad, pero su terror no respondió á las esperanzas de don Pedro. En vez de someterse el monarca aragonés, buscó su apoyo en los enemigos de don Pedro; envió secretamente emisarios al conde de Trastamara, y concluyó con él una alianza ofensiva y defensiva contra el rey de Castilla.

No era menos imprudente el rey con sus propios reinos que lo era con los extraños: los oprimia con tributos; sacaba de las ciudades para llevarlas consigo las milicias que le hubieran defendido leal y bizarramente, en el caso inminente de una invasion, detrás de sus propios muros; pero que seguian violentamente sus banderas, porque dejaban abandonadas sus familias: esto ocasionaba las deserciones, falseaba el buen espíritu del ejército, llevando á él un germen de indisciplina, cuyos efectos debian sentirse muy pronto: y no bastaba esto: el rey furioso, sediento de esterminio, solo necesitaba para entregarse á horribles y sangrientas ejecuciones, el mas ligero sintoma de desafeccion en un solo noble: recorría las villas y ciudades de sus reinos, sacándolas oro, y hombres, y dejando siempre sobre sus almenas algunas cabezas cortadas por sus ballesteros.

Nunca el rey se mostró mas feroz: nunca su ferocidad fue tan inoportuna: cuando empezó la campaña, contaba con un numeroso ejército: con la alianza de Aragon, Navarra, Portugal y Granada, es decir, con toda España, contra la invasion de la gran compañía: no había visto aun los estandartes de don Enrique, y ya sus aliados (excepto el rey de Granada que sostenia á sus órdenes un cuerpo de seiscientos ginetes) le habían abandonado; el descontento había cundido en su ejército; muchos de sus nobles habían ido á ofre-

cer sus espadas al Bastardo y la mayor parte de las poblaciones de Castilla, empobrecidas y cansadas estaban predisuestas á entregarse á merced del conquistador, apenas se presentase ante ellos.

Parecia que un enemigo encarnizado aconsejaba al rey, y que el rey, fascinado, se apresuraba á poner en ejecucion sus traidores consejos.

Leila, al contar con que la muerte de la Padilla entorpeceria al rey don Pedro, no se habia engañado.

Añadíanse á esto las mas estrañas vacilaciones: aquel mismo hombre tan audaz, tan arrojado, tan activo en sus anteriores campañas, cejaba ahora ante supersticiones incalificables, y sin embargo, era fuerte, mas fuerte que nunca, y como si su propia fuerza no le bastase, se le unió en alianza un auxiliar formidable: era este Eduardo príncipe de Gales, heredero del reino de Inglaterra y conocido por el sobrenombre de guerra, de *Príncipe Negro*. Los embajadores de don Pedro, que fueron á encontrarle en Burdeos, encontraron la mas favorable acogida. Era bastante que la Francia favoreciese á los enemigos de don Pedro, para que Inglaterra se apresurase á auxiliarle. Concluyóse, pues, en Burdeos un tratado de alianza entre Castilla é Inglaterra, por el cual los reyes de estos dos pueblos se aseguraban mutuamente la integridad de su territorio y declaraban, usando de una fórmula caballerisca de aquellos tiempos, que se hacian amigos y se unian contra todos los hombres del mundo (1).

Hecho esto, don Pedro, despues de una inútil correria, se volvió á Sevilla, y en aquella ciudad otorgó su testamento. Este testamento que la índole de nuestro libro no nos permite insertar, es uno de los documentos mas curiosos que nos quedan del rey don Pedro y que nuestros lectores pueden conocer en la crónica de Pero Lopez de Ayala en que se inserta íntegro.

En él se establece la sucesion de la corona, en los hijos de doña Maria de Padilla, y á falta de estos en otros hijos bastardos del rey, habidos en varias mancebas: se ratifica la declaracion del matrimonio clandestino con doña Maria de Padilla, y se hace la division de los tesoros del rey.

Llegó entretanto la primavera, y las gentes de don Enrique, avanzaron hácia la frontera castellana: un grupo de aventureros ingleses, al servicio de don Enrique, mandados por sir Hugo Calverly atravesó á Borja, guarnecida por tropas del rey, que al llegar los ingleses abandonaron precipitada y vergonzosamente la plaza. Despues de este facilísimo triunfo se puso en movimiento don Enrique con todo su ejército, atravesó á Navarra, pasó el Ebro y rompió por la frontera de Castilla cerca de Alfaro. Sin detenerse á tomar esta plaza, defendida por el valiente lñigo de Oroasco, pasó adelante y marchó sobre Calahorra. Don Fernando de Tovar, obispo de Calahorra y algunos ricos-hombres á quienes el rey habia encargado la defensa, abrieron sus puertas al Bastardo y se les entregaron pasándose á su partido.

Al recibir la noticia de esta tradicion, don Pedro supo que su rebelde hermano habia proclamado públicamente sus pretensiones y habia sido elegido rey de Castilla, por todos los desafectos que se habian dado cita en Calahorra. Don Enrique fue aclamado á usanza de aquellos tiempos, y sus heraldos fueron á llevar esta nueva á todos los reyes sus aliados.

A esta noticia el furor del rey no conoció límites: marchó con todo su ejército en busca de don Enrique y llegó á Burgos.

Parecia inminente una batalla decisiva: los dos hermanos enemigos estaban marchando el uno contra el otro, y sin embargo, don Pedro se detuvo en Burgos mientras que don Enrique marchaba denodadamente hácia la antigua córte de los condes de Castilla.

Entonces empezaron á notarse los resultados del excesivo rigor con que don Pedro acababa de tratar á sus pueblos; las villas y las ciudades colocadas en el camino del invasor, no esperaban á que este les intimase la rendicion para entregarle sus llaves, y de todas partes acudian con ansia nobles y villanos á rendir pleito homenaje al usurpador. Solo una poblacion, Bribiesca, se mostró leal al rey y opuso resistencia, pero fue tomada en pocas horas.

Esta noticia llenó de confusion y de espanto á la córte de don Pedro. A pesar que los burgaleses estaban decididos á defender á su señor á todo trance, se conocia claro en la apatía del rey, que no aventuraria una batalla: encerrado en el alcázar se mostraba inaccesible á todos, y ni daba órdenes ni se cuidaba de alentar partidarios, todavia muy numerosos entre el pueblo: parecia que una estraña manía le dominaba y que no pensaba mas que en satisfacer venganzas particulares. Pocos dias antes de la aproximacion del ejército de don Enrique, habia hecho dar muerte por mano de sus maceros á Juan de Tovar, hermano del obispo de Calahorra que habia entregado la ciudad al Bastardo, como si el hermano leal, hubiese sido responsable de los hechos del hermano traidor.

Entretanto don Enrique seguia adelantando rápidamente y al fin sus campeadores, se presentaron á la vista de la ciudad. Al mismo tiempo los burgaleses notaron un movimiento inusitado en el alcázar. Se ensillaban caballos y mulas y se cargaban apresuradamente las acémilas: seiscientos ginetes moros, guardia ordinaria del rey, con el Wali que los mandaba á la cabeza, estaban en forma de batalla delante de las puertas, y esto hizo cundir el rumor de que el rey se disponia á marchar.

Inmediatamente una diputacion del vecindario se presentó en el alcázar y pidió ver al rey. Don Pedro les recibió con muestras de turbacion.

—¿Qué quereis? les dijo.

—Queremos defenderos, contestaron; tenemos víveres y armas, y sangre que verter por vuestra señoria.

—Yo os agradezco vuestra fidelidad, amigos míos, les respondió el rey con voz insegura, pero es necesario que yo vaya á Sevilla: allí están mis hijos, allí están mis tesoros, y estoy perfectamente informado de que el Bastardo solo pretende distraerme con un sitio mientras la *compañia blanca* marcha sobre mi córte y se apodera de ella, de mis hijos y mis tesoros.

—Señor, señor, le replicaron: nosotros sabemos tambien que don Enrique apresta todas sus fuerzas contra Burgos: tenéis un numeroso y valiente ejército, nosotros juramos defenderos hasta morir: esperad al traidor, destrozadle, acabad la guerra de una vez.

—Vuelvo á daros gracias por vuestros buenos y leales ofrecimientos, dijo el rey con voz mas firme, pero estoy resuelto á partir y partiré.

Aquellos buenos plebeyos se arrojaron á sus piés y con las lágrimas en los ojos le suplicaron que desistiese de su propósito.

—¡Partiré! repitió con acento decidido el rey.

Entonces los magistrados de la ciudad que habian acompañado á la diputacion le preguntaron respetuosamente qué habian de hacer, puesto que les dejaba, si les acometia el enemigo.

—Haced lo que mejor podais, contestó el rey con impaciencia.

—¿Y cómo podremos nosotros defender la ciudad, dijeron, cuando vos señor, no creéis poder defenderla teniendo tantos y tan buenos caballeros? ¿Qué quereis que hagamos?

Don Pedro guardó silencio, mientras uno de sus escuderos acababa de enhebrarle el arnés.

—Si lo que Dios no quiera señor, continuaron los magistrados, nos fuese imposible resistir y nos entregásemos ¿nos tomareis á traicion nuestra entrega? no,

(1) Rimer-Ayala.

eso no puede ser: por ello os pedimos una dos y tres veces que nos levantéis el juramento y pleito homenaje que os hemos hecho.

—¡Sea! dijo el rey.

En el mismo momento un escribano libró testimonio de que el rey levantaba á su buena ciudad de Burgos el juramento de fidelidad y pleito homenaje que aquella le habia hecho, y como á seguida uno de los tesoreros de don Pedro, le preguntase qué haria del dinero que tenia en guarda en el castillo, el rey contestó secamente.

—Defended el castillo.

—Pero el castillo no puede defenderse, si toman la ciudad.

El rey no contestó, salió de la cámara rápidamente como huyendo de la diputacion, bajó al patio montó á caballo, le apretó los acicates y penetró rodeado de los ginetes granadinos, y seguido de su corte y de su ejército hacia Sevilla, dejando abandonada á Burgos.

En el momento en que don Pedro salió de Burgos desalentado, los vecinos no esperaron á que don Enrique les intimara la rendición y le enviaron una diputacion.

Don Enrique juró mantener las franquicias de Burgos y exceptuar á la ciudad de todo impuesto; inmediatamente Burgos abrió sus puertas y don Enrique entró en la ciudad en triunfo.

Al día siguiente se coronó con gran pompa en la iglesia del monasterio de las Huelgas, coronacion á que asistieron multitud de rico-hombres y de diputaciones de las grandes ciudades de Castilla, que el día anterior se llamaban vasallos del rey don Pedro.

La fuga inmotivada de don Pedro habia parecido una señal de impotencia, y todos le volvian la espalda: era en fin, como habia dicho el esperimentado Dugesclin al saberla, la renuncia de don Pedro á su corona.

Don Enrique pagó á sus mercenarios con el oro del rey que se apresuraron á entregarle sus tesoreros, y liberal con exceso, concedió á todo el que le pidió gracias y heredamientos en los reinos que aun tenia que conquistar.

Beltran Dugesclin recibió el condado de Trastámara, que le cedió don Enrique, al ser proclamado rey, con mas el señorío de Molina con sus estensos dominios; sir Hurgo de Calverly, el título de conde de Carrion con sus estados anejos, y el conde de Denia el marquesado de Villena, con todos los bienes que habian constituido el dote de doña Juana Manuel, esposa de don Enrique. Don Tello, recuperó el señorío de Vizcaya que don Pedro habia incorporado á la corona y la investidura del señorío de Castañeda. Don Pedro su hermano recibió la inmensa fortuna que fue de don Juan Alfonso de Alburquerque; Castilla fue hecha girones; repartida, dividida en lotes antes de ser conquistada; las dignidades de duque, conde y marqués que hasta entonces solo se habian dado á los miembros de la familia real, se prodigaron, dándose á rico-hombres y aun á extranjeros; repartieronse ejecutorias y cartas de privilegio y escepcion á todo plebeyo que tuvo valor para pedir las: no parecia sino que el rey don Pedro habia acrecentado el patrimonio de la corona, para que su enemigo tuviese bienes bastantes para comprar las traidoras espadas que le servian; y á tal punto llegó la prodigalidad del nuevo rey, que fue por mucho tiempo proverbial en España, y se llamaron *mercedes enriqueñas* las gracias que se obtenian antes de merecerlas.

CAPITULO VII.

En que parece que el diablo se cansa de proteger á Lella.

El rey se encaminó á Toledo y entró fugitivo en aquella ciudad, en tanto que su enemigo se coronaba en Burgos.

Allí permaneció muy pocos días, pareciéndole extraño que no le persiguieran: aun se le temia, y esto hizo que se le conservase fiel gran parte de su ejército y aun que vinieran del reino de Valencia en su auxilio: algunos miles de soldados: á pesar de esto las noticias de defecciones que recibia de todas partes, aumentaban su desaliento, y no creyendo buen lugar de defensa á Toledo, se replegó á Sevilla.

En vez de hacerse seguir por todas sus banderas las distribuyó imprudentemente en algunas ciudades de Castilla, llevando únicamente consigo, las mesnadas de algunos rico-hombres andaluces, los ballesteros de su guarda y los ginetes auxiliares granadinos.

Poco tardaron en demostrarse los resultados de aquella imprudencia: los que habia dejado atrás se apresuraron á someterse al invasor: Inigo de Oroasco, entregó á Guadalupe; el maestre de Santiago á Toledo, y don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, hermano de aquella misma á quien habia declarado reina, no fue de los últimos en hacer traicion á don Pedro, rindiendo pleito homenaje á don Enrique. Juan Fernandez de Hinestrosa, y Pero Lope de Padilla, no tardaron en seguir su ejemplo, y cuando don Pedro entró en Sevilla, cuando buscó sus vasallos enmedio de su desierto alcázar, solo encontró junto á sí, á Men Rodriguez de Sanabria, á Juan Diente, y al Monge negro, que habia mucho tiempo que le seguia tan encubierto con su sombrío arnés, como lo habia estado antes con su hábito y su capucha.

Los demás caballeros andaluces que aun seguian al rey no le inspiraban confianza: mirábalos con un sombrío recelo, y ellos por su parte se veian embarazados en su presencia. Don Pedro se encontraba reducido al alcázar, y estaba encerrado en él con sus ballesteros, sus moros y su escaso número de hombres de armas. Men Rodriguez de Sanabria, cuya lealtad sin tacha se habia visto obligado á reconocer el rey, tenia la alcaidía del alcázar, el maestre de Alcántara Martin Lopez, la del castillo de Triana, el Monge negro guardaba la torre del Oro, Mateos Ferrandez su canciller, tenia en guarda á las infantas doña Beatriz, doña Constanza y doña Isabel, y una hija bastarda de don Enrique llamada Leonor de los Leones, á quien el rey guardaba cuidadosamente como en rehenes: Martin Yañez su tesorero habia ido á guardar sus tesoros á Carmona, llevando al mismo tiempo una terrible orden del rey de cuya ejecución le habia encargado.

Esta orden era una nueva crueldad, inútil, incalificable: esta orden mandaba matar á los últimos hijos de doña Leonor de Guzman, don Juan y don Pedro, el uno de edad de diez y nueve años, y de catorce el otro. El rey se acordaba con recelo de que á esta edad ya era don Enrique un terrible jefe de partido.

Los dos desdichados fueron muertos en su prision, pero no tan secretamente que no se supiese en Sevilla. Estas crueldades incalificables hacian mas daño al rey don Pedro, que los ataques mas vigorosos de sus enemigos armados: horrorizábase el pueblo y como sino hubieran sido bastantes tantos asesinatos, una nueva y terrible ejecución vino á aterrar á los Sevillanos.

Nos referimos á la ejecución de doña Urraca de Osorio: el unico crimen de esta dama era la defeccion de su hijo don Alonso de Guzman. El suplicio de esta desdichada, fue horroroso: conducida al mismo lugar que hoy se llama la Alameda Vieja, fue quemada viva. Es tradicion que saben todos los sevillanos, que como se hubiesen desarreglado las ropas de doña Urraca, en el punto en que los verdugos pusieron fuego á la hoguera, su doncella Leonor Dávalos, se arrojó á su señora para cubrir con su cuerpo su desnudez, y pereció con ella entre las llamas.

El sentimiento de horror que causó la muerte de esta desdichada y la que habia alcanzado por su heroismo su doncella, fue profundo, y el pueblo, que ya se habia mostrado hostil al rey don Pedro, que estaba

afligido aun por la peste y por el hambre, que se veía invadido y vejado por el ejército musulmán, con que Mojanmet V había venido á pagar su deuda al rey don Pedro, empezó á dar claras señales de insurrección.

Y esta insurrección era motivada: los andaluces habían visto arrasados sus campos por aquellos musulmanes auxiliares, y habían oído esclamar mas de una vez al rey en sus momentos de cólera, que si era víctima de la traición de sus vasallos, siempre podría contar con la ayuda de Mojanmet, que le era deudor de su corona.

No faltaba quien estendiera y comentara estas imprudentes palabras del rey, Leila gastaba su oro á tiempo, porque veía llegada su hora, y clérigos y judíos y gerites pagadas exprofe propalaban por todas partes que don Pedro iba á entregar á los moros la Andalucía, que había prometido al rey de Granada renegar de la religion católica, y que nuevo don Julian, iba á causar, por vengarse, la pérdida de España.

El populacho, hambriento, apestado, miserable, horrorizado por otra parte de las crueldades del rey don Pedro, dió oídos á estos rumores absurdos y las calles y las plazas se poblaron de grupos tumultuarios.

Amaneció un dia en que al asomarse al alcazar del alcázar Men Rodriguez de Sanabria, percibió en las calles circunvecinas un rumor sordo, semejante al quejido del mar antes de la tormenta que iba creciendo y acercándose.

Muy pronto la plaza de armas del alcázar se vió invadida por una muchedumbre armada y furiosa y se escucharon los gritos de:

— ¡ Castilla, por don Enrique! ¡ abajo el renegado! ¡ mueran los traidores!

Sobre aquellas turbas se veían escalas, antorchas encendidas, picas, lanzas, partesanas, todo género de armas y pertrechos de asalto: el alcázar estaba bloqueado, y á pesar de los disparos de los ballesteros, que se ensangrentaban en la multitud, esta seguía adelante, se apretaba se empujaba y empezaba á batir las puertas del alcázar.

— ¿ Qué quieren esos furiosos? esclamaba el rey, livido de cólera ¡ quieren mi cabeza! ¡ proclaman al bastardo! ¡ pues bien, mis buenos ballesteros, disparad sin compasion sobre ellos! ¿ no llaman á las puertas del alcázar? pues bien: ¡ abrid la porterna y que salgan mis lanzas. ¡ que salgan y que no quede uno vivo! ¡ ah! ¡ ah! ¿ qué es aquello? ¡ un escuadrón, y sobre ese escuadrón el estandarte de los Tellez! ¡ ira de Dios! ¡ á caballo, Sanabria, á caballo! mira: allí tenemos á esa infame mujer que hemos buscado en vano durante tanto tiempo. ¡ Prendámosla, á fin de que podamos saziar nuestra venganza! ¡ á caballo, Sanabria á caballo, y á ellos!

En efecto, Leila, armada, á caballo, llevando á su lado el estandarte de su casa, había aparecido de repente al frente de los trescientos hermanos de Nuestra Señora de Rocamadour, á caballo y armados de punta en blanco; aquel escuadrón se encaminaba á la porterna, sufriendo las descargas de la ballestería del alcázar, y echando pié á tierra para forzar las puertas con sus hachas de armas.

Entretanto el rey corría furioso por el alcázar vacío, que retumbaba sonoro bajo sus pasos, y alentaba á su reducido número de defensores: no encontró ni uno solo de sus rico-hombres, y Men Rodriguez de Sanabria y Juan Diente se negaban á abrir las puertas del alcázar para cargar á los rebeldes, protestando que era una temeridad oponerse con tan pocos medios de defensa á aquel torrente, que dentro de poco tiempo debía inmdar el alcázar.

El rey en su furor se lanzó solo á la porterna seguido por algunos ballesteros que no se atrevieron á desobedecerle.

Men Rodriguez y Juan Diente se le pusieron por delante de rodillas, y le rogaron con las lagrimas en los

ojos que, vista la imposibilidad de la defensa, se salvase.

— ¡ Que me salve, traidores! esclamó el rey transportado de furor: ¡ es decir, que abandone mi ciudad real sin haberla incendiado, cuando se me subleva! ¡ que les abandone mi alcázar, mis riquezas! ¡ no! ¡ no! ¿ no se atreven á retar á su rey? pues bien, ¡ su rey acepta su reto, y ¡ ay de ellos sino me hieren en la cabeza! yo cortaré las suyas como si se tratase de un solo hombre. ¡ Atrás! ¡ atrás! plaza al rey!

— ¡ No será! gritó Juan Diente, arremetiendo á don Pedro y sujetándole con sus fuerzas de toro: ¡ qué nadie me impida salvar al rey! ¡ Atrás, atrás todos! ¿ no oís que va rechina la porterna?

Y se lanzó en el interior del alcázar forcejeando con don Pedro, que lanzaba ruidos de rabia.

En aquel momento las puertas del alcázar cayeron hechas pedazos, y Leila y los hermanos de Nuestra Señora de Rocamadour se lanzaron dentro, hacha en mano.

— ¡ Rendíos! gritó Leila, al ver delante de los ballesteros y de los escasos hombres de armas, á Men Rodriguez de Sanabria.

— ¡ Qué nos rindamos! gritó Men Rodriguez, embistiendo á Leila; ¡ qué nos rindamos á tí, miserable, infame! ¡ oh! ¡ ha llegado tu hora, mujer infernal! ¡ estás armada y rodeada de tu gente! ¡ pues bien! ¡ pide al diablo que te ayude!

Trabóse un combate cuerpo á cuerpo al arma corta: por uno de esos accidentes tan comunes en este género de lucha, Men Rodriguez y Leila se encontraron aislados; los ballesteros y la gente de armas del rey cubrían la entrada del patio conteniendo á los invasores, y Leila y Men Rodriguez se encontraban dentro.

Leila atacaba con un furor incansable, pero cuidando de no herir de muerte á Sanabria; el jóven, á pesar de su valor, de sus puños y de su destreza, se sentía dominado y cejaba: Leila era un demonio: su brabuña, su fuerza, su serenidad, eran incomprendibles en una mujer: Men Rodriguez retrocedía, conociendo en Leila visibles intenciones de desarmarle: Men Rodriguez comprendió que nada conseguiría con la espada, y la arrojó lanzándose con los brazos abiertos á Leila.

— ¡ Oh! ¡ oh! ¡ quieres abrazarme, Sanabria! esclamó Leila; pues abracémonos, abracémonos; yo te probaré que mis brazos, que hubieran sido dulces para tu amor, son de acero para tu odio.

Y arrojando su espada, fue á cerrar con Men Rodriguez; pero en aquel momento por una puerta inmediata apareció al frente de algunos hombres de armas un atlético caballero, mientras por otra avanzaba Juan Diente.

Los ballesteros y los hombres de armas del rey, aunque disminuidos en el número, contenían aun á los invasores. Leila se vió perdida.

Juan Diente se precipitó sobre Men Rodriguez, y le apartó entregándole á algunos ballesteros, mientras el caballero atlético de la armadura negra, embestia con Leila.

La terrible jóven se replegó á un ángulo, y empuñó su hacha de armas que llevaba pendiente de la cintura.

— Quiero que sepas quien te va á matar, infame, esclamó el caballero encubierto alzándose la visera.

— ¡ El Monge negro! gritó palideciendo y aterrándose Leila.

— Sí; yo, Juan-sin-Alma, gritó el caballero; yo, el antiguo amigo de tu padre, que se ve obligado á castigar los crímenes de la hija.

Una fascinación poderosa se apoderó de Leila, que muda, aterrada, temerosa, cayó de rodillas delante de Juan-sin-Alma.

— ¡ Oh! ¡ quién me hubiera dicho, exclamó el monge, cuando yo te tenia sobre mis rodillas y besaba tus

cabellos, doña Ana, que me habia de ver precisado á esterminarte!

—¡Herid! gritó la indomable jóven: ¡herid! ¡y maldito seas vos, que aun así me aterrais y me impedis mi venganza!

Los defensores del alcázar empezaban á ceder: Juan-sin-Alma asíó violentamente á Leila, que lanzó un grito de terror: el Monge negro desnudó su puñal, cerró los ojos horrorizado por lo que iba á hacer, y descargó tres terribles puñaladas sobre el pecho de Leila, exclamando:

—¡Qué se cumpla la justicia de Dios!

Leila cayó desplomada: el Monge negro la miró: estaba inerte, inmóvil.

—¡Oh! exclamó Juan-sin-Alma: no pensaba yo que me veria obligado á ser tu verdugo.

Y como los sublevados empezasen á inundar el patio, huyó por una puerta cercana y alcanzó á Juan Diente, que conducia á viva fuerza á Men Rodriguez á la torre del Oro, por el muro que la unia con el alcázar.

—¿Y esa mujer? exclamó Sanabria, al ver á Juan-sin-Alma que se habia calado de nuevo la visera.

—Esa vibora humana está en este momento rindiendo cuenta á Dios de sus crímenes.

—¡Muerta! exclamó Men Rodriguez.

—Sí, muerta; contestó lúgubrememente el monge.

—¿Y la habeis cortado la cabeza, señor, dijo Juan Diente.

—Yo no soy verdugo, contestó Juan-sin-Alma severamente.

—¡Oh! pues sino la habeis cortado la cabeza, no habeis hecho nada: y aun sin cabeza creo que habia de resucitar para darnos guerra esa maldita mujer.

—¿Está el rey á salvo, dijo el monge?

—Sí, si señor, contestó Juan Diente; no me ha costado poco trabajo: el almirante don Gil Bocanegra voga en este momento llevando consigo al rey, á sus hijas, y á la hija bastarda del Bastardo.

—¿Y mi esposa! exclamó Men Rodriguez!

—Lo que importa, es salvarnos: una galera ros aguarda al pié de la torre del Oro. Despues volveremos, conquistaremos á Castilla, y muerta esa mujer maldita y cortadas algunas cabezas de traidores, viviremos en paz.

Poco tiempo despues una galera castellana conducia á su bordo á Men Rodriguez de Sanabria, al Monge negro, á Mateos Ferrandez, á Martin Yañez y á Juan Diente. Por un milagro habian podido salvarse algunas arcas llenas de oro y pedrería, que estaban depositadas en la torre del Oro, y que eran por entonces todo lo que quedaba al rey.

El populacho le buscó inútilmente en el alcázar, y no encontrándole, se entregó al pillaje.

Pocos dias despues, el conde de Trastamara, ya don Enrique el II, entraba triunfante en Sevilla, mientras el rey don Pedro, fugitivo, proscripto, acompañado solo de Men Rodriguez de Sanabria, del Monge Negro y de Juan Diente, se dirigia á Burdeos á mendigar la ayuda de Eduardo, príncipe de Gales, para reconquistar su reino.

EPILOGO.

HAN pasado algunos años. Durante ellos una terrible guerra civil habia devorado á Castilla. El príncipe Negro habia cumplido leal y buenamente sus compromisos con el rey don Pedro: Duguesclin y su famosa compañía blanca habian sido vencidos en Nájera; don Enrique se habia visto obligado á huir á su vez, y don Pedro volvió á ser rey de Castilla.

Pero todos sabemos la poca duracion de su segundo reinado: las crueldades de don Pedro, siempre en aumento, le robaron la ayuda del príncipe Negro; sus reinos espantados empezaron de nuevo á sublevarse, don Enrique penetró otra vez en Castilla, y al fin despues de algunas vicisitudes, le venció en Montiel y le encerró en su castillo.

Era la noche del 23 de marzo de 1369.

Brillaba la luna en lo mas alto del cielo, é iluminaba las blancas tiendas de un campamento en que reinaba una agitacion estraña: á la derecha se alzaban la villa de Montiel y su castillo, y en él se veian iluminaciones, se escuchaban gritos de triunfo y de alegría.

En medio del tumulto, consiguiente á una victoria decisiva, era muy estraño el estado de soledad y de abandono en que se encontraba una tienda situada al estremo del campamento de don Enrique, y aislada de las otras.

Aquella tienda pertenecia á un capitán de aventuras de la compañía blanca llamado Ibon de Lakonnet.

Entremos en aquella tienda, porque allí está el desenlace de nuestro libro.

Al escaso resplandor de la luna que iluminaba debilmente el interior, se veia un cadáver arrojado sobre un ensangrentado lecho de campaña: un rayo del astro de la noche, penetrando por la abertura de la tienda iluminaba el livido rostro del cadáver en el

que se notaba una terrible espresion de odio, de rabia y de cólera que aun no habia podido borrar la muerte: del cuello del cadáver brotaban aun algunas gotas de sangre, señal clara de que el asesinato acaba de cometerse.

Aquel rostro, terrible aun, daba á conocer al rey don Pedro I de Castilla, el cruel, segun unos, el justiciero, segun otros.

Parecia que el horror aislaba aquella tienda, maldita por un fratricidio, cobarde, por una traicion que será siempre una mancha roja en medio de la gloria del Cid francés, de Beltran Duguesclin, caballero sin tacha, hasta la muerte del rey don Pedro.

Apesar de este horror, de esta soledad, dos seres vivientes se acercaban en opuestas direcciones á la tienda del capitán Ibon. El uno de estos seres marchaba de una manera decidida; el otro se recataba, se encogia, se replegaba unas veces tras de una piedra, otras, tras de un matorjo: despues avizoraba, y solo adelantaba cuando estaba seguro de no ser observado.

El primero de estos seres llegó al fin á la tienda, entró, se detuvo delante del cadáver del rey y llegó, se sentó en el suelo y se puso á contemplar á don Pedro.

El mismo rayo de luna que iluminaba el rostro del cadáver, iluminaba al de la persona que le observaba.

Era Leila.

Leila que habia sobrevivido á las heridas del monge negro, como habia temido Juan Diente, Leila en cuyo semblante, á pesar del odio que profesaba al rey don Pedro, no habia alegría.

La causa de su espresion profunda, terrible, sin esperanza, nos la explicará ella misma si la escuchamos.

—¡Muerto! ¡muerto! decía: yo creía que después de haberte deshonrado, después de haberte despedazado el corazón, no me restaba más que matarte. Yo he hecho que Beltrán, el noble Beltrán faltase á su fe de caballero, y te entregase á tu enemigo: y... has muerto, has muerto, como un perro, bajo el puñal de tu hermano, y sin embargo, no me siento vengada, y no puedo vengarme más porque ya no existes.... si te pudiera volver á la vida, para hacerte probar cien veces la rabia del vencimiento... ¡oh! imposible... y yo, yo... te ofrezco una venganza completa sobre mí misma, con mi desesperación, con mi rabia... tu has descansado ya y yo padezco aun... y Sanabria, ese Sanabria, que te ha servido hasta la muerte, ese

Sanabria, á quien tengo en mi poder, me desprecia... ¡oh! en vez de gozar mi venganza te envidio, rey, porque tú has dejado de sufrir, y yo sufro todavía!

En aquel momento una sombra interceptó el rayo de la luna. Leila alzó el rostro y vió ante sí un hombre: quiso ponerse de pié, pero aquel hombre que había lanzado un grito de asombro al reconocerla, la sujetó, asiéndola del cuello con la fuerza de unas tenazas de hierro.

Aquel hombre era el ballestero de maza, Juan Diente.
—¡Oh! exclamó apretando cada vez más el cuello de Leila, ya decía yo que el valiente Juan de Villafranca, el monge negro, Juan-sin-Alma, como mejor quieras no había sabido matarte... pero yo, Juan Diente, el



El rey don Pedro en la segunda batalla de Nájera.

verdugo, el asesino, como tú dices, tengo más esperanza. Yo te juro que no escaparás de mis manos.

Y la tiró contra el cadáver.

—Mátame le dijo Leila: estoy desesperada.

—¡Oh! ¡oh! si te mataré, porque... porque solo el deseo de ver por última vez á mi pobre señor, á mi desdichado don Pedro, á quien he amado como si hubiera sido mi hijo, me ha traído aquí; necesitaba verte por la última vez; mojar mis manos en su sangre y decirle: señor, señor, el infame Bastardo cree que con vuestra muerte está seguro... pero se engaña, porque aun vivimos tres vasallos vuestros que perecerán; ú os vengarán, vivimos Men Rodríguez de Sanabria, Juan de Villafranca y yo, Juan Diente... ¡oh! y es un buen presagio, señor, cuando vengo á juraros venganza, encontrar aquí á la infame, á la miserable que os ha rasgado el corazón, que ha ayudado con su oro y con sus artes al infame asesino, al vil, bastardo y voy á sacrificarla, señor, á tu memoria... voy á

verter su sangre sobre tu sangre; pero no; la sangre de esa infame no merece mezclarse á tu noble sangre, rey.

Y arrojándose sobre Leila la asió, sin que esta le opusiese resistencia.

—¡Y no te defiendes! gritó Juan Diente.

—Quiero morir, mátame, contestó Leila.

—¡Oh! si estuviéramos en otro lugar yo no te mataría... te atormentaría lentamente día por día, mes por mes, año por año...

--Mátame, repitió Leila.

Juan Diente, ciego de furor, la arrojó por tierra desnudó su ancho puñal, la asió por los cabellos y se inclinó sobre ella.

—Espera un momento, le dijo Leila.

—¿Qué quieres?

—Toma esta sortija: averigua donde está preso Men Rodríguez de Sanabria, y por esta sortija te permitirán entrar á su prisión y salir con él.

Juan Diente tomó la sortija y se inclinó de nuevo sobre Leila.

—Espera, espera aun, dijo la jóven, cuando salves á Men Rodriguez, dile que muero amándole.

—¡Oh! ¡maldita seas tú y tu amor! exclamó Juan Diente y sepultando su puñal en el hermosísimo cuello de Leila, la cortó la cabeza.

—¡Oh! dijo, ¡de esta vez juro que no resucitarás!

.....
 Cuando algunas horas adelante entraron en la tienda, para cortar la cabeza á don Pedro y enviarla á Sevilla como una muestra indudable de la muerte de don Pedro, encontraron el tronco decapitado de Leila y



El rey don Pedro en la tienda de Sbon de Lakouet.

un pergamino en que estaban escritas estas palabras:
 —¡Guarda fratricida, guarda! ¡él ha caído del trono herido por tu puñal y tu caerás como él!

Diz que en mucho tiempo no pudo olvidar don Enrique el II esta amenaza.

Men Rodriguez de Sanabria estuvo mucho tiempo preso, y desde la muerte del rey don Pedro abandona su nombre la historia.

Nosotros, sin embargo, que solo nos habíamos propuesto dar al público en una novela la abnegacion y

los inmensos sacrificios de este buen caballero, respecto al rey don Pedro, mientras aquel monarca vivió, empeño que creemos haber cumplido, como quiera que este personaje se nos ha hecho al tratarle simpático, hemos procurado averiguar lo que fue de él, despues de su prision, y habiéndolo conseguido nos proponemos relatar á nuestros lectores, cuanto Men Rodriguez hizo por la memoria del rey don Pedro bajo el reinado de Enrique II el fratricida.

ÍNDICE

DE LOS LIBROS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

	Pág.		Pág.
LIBRO PRIMERO.			
CAPÍTULO PRIMERO. El Peregrino.	3	CAP. VI. En que se demuestra que el rey don Pedro era incansable.	100
CAP. II. El Trovador.	5	CAP. VII. De cómo el rey armó caballero á Men Rodriguez de Sanabria.	101
CAP. III. Leila.	9	LIBRO SETIMO.	
CAP. IV. Los bailesteros del rey.	14	CAPÍTULO PRIMERO. Del recibimiento que tuvo el conde de Arcos á nuestro buen conocido Andrés.	103
LIBRO SEGUNDO.			
CAPÍTULO PRIMERO. Del encuentro que tuvo Men Rodriguez al pié de la torre de la iglesia Mayor de Sevilla.	17	CAP. II. La reina doña Blanca.	105
CAP. II. De cómo Men Rodriguez encontró en una pieza sastre y amigo.	20	CAP. III. De cómo tenia tambien traidores en su servidumbre doña Blanca.	110
CAP. III. El hombre del sombrero verde.	21	CAP. IV. Las intrigas de la reina.	111
CAP. IV. En que se sabe quiénes eran Maese Pedro y María.	28	LIBRO OCTAVO.	
CAP. V. En que se sabe quién era el hombre del sombrero verde.	31	CAPÍTULO ÚNICO. En que se sabe lo que fue de Andrés Corchuelo.	114
CAP. VI. Los dos hermanos.	33	LIBRO NOVENO.	
CAP. VII. El castillo de Triana.	39	CAPÍTULO PRIMERO. La ermita del monge negro.—El monge negro.	118
CAP. VIII. De cómo el señor Juan Tenorio conoció que la jovialidad del rey era fingida.	44	CAP. II. De cómo cierto principal personaje aprovechó el misterio del monge negro para sus asuntos terrenales.	119
LIBRO TERCERO.			
CAPÍTULO PRIMERO. ¿Era fraile ó verdugo? ¿era verdad ó mentira?	51	CAP. III. Espionaje por amor.	122
CAP. II. Doña María de Padilla.	54	CAP. IV. De cómo el bailestero mayor se encontró metido en un torbellino de misterios.	123
CAP. III. Angel y mujer.	56	CAP. V. De cómo tres personas distintas hicieron tres sangrias iguales á don Simuel.	125
CAP. IV. Tentacion.	58	CAP. VI. Traicion contra traicion.	127
CAP. V. De cómo algunas horas de soledad con Men Rodriguez de Sanabria y el simil poético de un compañero, dieron mucho en qué pensar á doña Aldonza Coronel.	61	CAP. VII. De cómo el maestre de Santiago se descubrió mas de lo que debía.	129
LIBRO CUARTO.			
CAPÍTULO PRIMERO. La casa del señor Arcediano.	65	CAP. VIII. Del extraño ejército que procuró á don Pedro su tesoreror mayor.	130
CAP. II. Los derechos del señor Arcediano.	66	CAP. IX. En que se da cuenta del objeto con que iban en procesion los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador.	134
CAP. III. El señor Arcediano.	67	CAP. X. De cómo por lo que les importaba, sirvieron al rey don Pedro los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador.	138
CAP. IV. El entierro.	68	LIBRO DÉCIMO.	
CAP. V. En que el rey empieza á hacer algo por Men Rodriguez.	75	CAPÍTULO PRIMERO. En que se trata de la manera cómo salió Beatriz del poder del rey.	139
CAP. VI. De cómo desempeñó Men Rodriguez dos importantes comisiones del rey.	80	CAP. II. En que se ve que la vieja Berta era mas de lo que parecia.	141
CAP. VII. Marido infame y mujer mártir.	82	CAP. III. En que se ve la mano que tenia la luz de todos estos misterios.	146
LIBRO QUINTO.			
CAPÍTULO ÚNICO. Arriba y abajo.	86	LIBRO DÉCIMOPRIMERO.	
LIBRO SESTO.			
CAPÍTULO PRIMERO. Los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador.	89	CAPÍTULO PRIMERO. De cómo don Simuel se vió obligado de una manera fatal á ser traidor al rey.	149
CAP. II. En que Pedro-el-Negro relata algunos interesantes antecedentes del Arcediano.	92	CAP. II. Los amores de doña María.	154
CAP. III. En que se empiezan á ver bajo su verdadero punto de vista los peregrinos de Nuestra Señora de Rocamador.	93	CAP. III. En que se ve el móvil de las intrigas de Leila.	159
CAP. IV. De lo que aconteció á Men Rodriguez mientras velaba las armas.	94	CAP. IV. Alianza de odio.	162
CAP. V. De cómo entraba el rey don Pedro á trasmano en los lugares mas vedados.	98	CAP. V. De cómo pueden mentir los astros.	163
		LIBRO DÉCIMOSEGUNDO.	
		CAPÍTULO PRIMERO. De cómo los asuntos se iban poniendo cada dia mas escabrosos y difíciles.	166

- CAP. II. De cómo podía disponer el rey de los servicios del infante don Juan 169
 CAP. III. De cómo Men Rodríguez conoció que era mas difícil de lo que parecía, ser leal al rey. 171
 CAP. IV. Cómo hacia sus justicias el rey don Pedro. 176

LIBRO DECIMOTERCERO.

- CAPÍTULO PRIMERO. De cómo fue testigo de lo que no quisiera, maese Blas Corchuelo. 180
 CAP. II. De cómo Leila había sabido constituirse en señora de vasallos, sin haber necesitado para ello cédulas ni donaciones reales. 185
 CAP. III. Dos en una. 187
 CAP. IV. En que se ve que Leila, para conseguir sus fines, no se paraba en barras. 188
 CAP. V. De cómo, mal escarmentado Andrés Corchuelo, y siempre por amor á Beatriz, recibió á cierra ojos un nuevo encargo de Alvar Yañez. 191
 CAP. VI. Dios los cria y ellos se juntan. 194
 CAP. VII. De lo que hizo y vió maese Blas en casa de Leila. 198
 CAP. VIII. De lo que hacia Leila mientras pasaban estas estrañas cosas en su casa. 201
 CAP. IX. De cómo Leila empezó á tener miedo 207

LIBRO DECIMOCUARTO.

- CAPÍTULO PRIMERO. En que se demuestra la buena fe que tenían en aquel tiempo los vizcainos. 209
 CAP. II. De cómo los vizcainos eligieron por su señor al rey de Castilla. 213
 CAP. III. De cómo acabaron los asuntos del infante don Juan. 214

LIBRO DECIMOQUINTO.

- CAPÍTULO PRIMERO. De cómo Andrés Corchuelo encontró en Sevilla dos cosas que no esperaba. 220
 CAP. II. El infante moro Abou 'l-Sayd. 222
 CAP. III. De cómo encontró Pedro-el-Negro en el pecado la penitencia. 225
 CAP. IV. En que aparece de nuevo Leila, incansable en su obra de venganza. 227
 CAP. V. De la manera cruel que tuvo Leila de deshacerse de doña Aldonza. 231
 CAP. VI. En que se sabe cómo y por qué había ido á Zaragoza Leila. 233
 CAP. VII. Que no es otra cosa que un apéndice histórico. 238

LIBRO DECIMOSESTO.

- CAPÍTULO PRIMERO. De cómo se encontraron Men Rodríguez y Andrés Corchuelo. 239
 CAP. II. Que viene á ser, por la relacion que tiene con el anterior, su complemento. 250
 CAP. III. De cómo doña Sol de Vargas hizo conspirador á Andrés Corchuelo. 254

LIBRO DECIMOSÉTIMO.

- CAPÍTULO PRIMERO. En que parecen la perdida Beatriz y su abuela doña Berta. 258
 CAP. II. De cómo el rey busco y dió esposa á Men Rodríguez contra su voluntad. 268
 CAP. III. ¡Hermanos! ¡no mas que hermanos! 270

LIBRO DECIMOOGTAVO.

- CAPÍTULO PRIMERO. De la impresion que hicieron en Leila las dos cartas sucesivas del escribano Alvar Yañez. 274

- CAP. II. La primera batalla de Nájera. 276

LIBRO DECIMONOVENO.

- CAPÍTULO PRIMERO. En el que se sabe lo que fue de Leila. 280
 CAP. II. De cómo el rey Bermejo de Granada, confiando demasiado en la generosidad castellana, fué á meterse en la boca del lobo. 283
 CAP. III. De cómo recibió el rey don Pedro en audiencia particular á don Simuel Levi, y en audiencia pública al rey Abou 'l Sayd, el Bermejo, de Granada. 285
 CAP. IV. De la manera cómo se quitó de encima Leila á Juan Tenorio y de su misteriosa partida. 289
 CAP. IV. De cómo Isabel supo la muerte de Pedro-el-Negro. 291
 CAP. V. De cómo el rey supo, con sorpresa, lo que nunca hubiera querido saber, y de cómo Isabel-la-Liebre hizo traición á Leila. 292
 CAP. VI. De cómo el rey se encontró en una de las mas difíciles situaciones en que puede encontrarse un marido. 295
 CAP. VII. El rey en la caza del lobo. 297

LIBRO VIGESIMO.

- CAPÍTULO PRIMERO. De lo que esperaba Leila en Jerez. 299
 CAP. II. Fatalidades. 304
 CAP. III. En que se relata lo que aconteció á doña Blanca de Borbon en poder de Juan Perez de Rebolledo. 308
 CAP. IV. La agonía de doña Blanca. 309
 CAP. V. De cómo recibió el rey la noticia de que era viudo de su segunda mujer. 313

LIBRO VIGESIMOPRIMERO.

- CAPÍTULO PRIMERO. De cómo entretanto Leila no se dormía en las pajas. 315
 CAP. II. En que se vé que no era todo peder-nal el corazon del rey don Pedro. 317
 CAP. III. En que se sabe en lo que vino á parar el rey Bermejo de Granada. 321
 CAP. IV. Leon y pantera. 323

LIBRO VIGESIMOSEGUNDO.

- CAPÍTULO PRIMERO. Hambre, peste, etc.... 326
 CAP. II. De la desgracia que por causa de Leila aconteció á don Simuel Levi. 328
 CAP. III. De cómo el rey dió un banquete que podia llamarse diplomático, á Men Rodríguez y á su mujer, en la cámara de doña Maria de Padilla. 329
 CAP. IV. De lo que aconteció á Men Rodríguez en la villa de Carmona. 334

LIBRO VIGESIMOTERCERO.

- CAPÍTULO PRIMERO. De lo que pasaba por doña Maria de Padilla. 337
 CAP. II. De qué manera aprovechó Leila la ausencia del rey don Pedro. 339
 CAP. III. De cómo el rey se alegró, y volvió á entristecerse, y se aterró al fin. 342
 CAP. IV. El hombre propone y Dios dispone. 343
 CAP. V. El golpe en el corazon. 345
 CAP. VI. Apuntes históricos que nosotros creemos indispensables y lo son para la mejor inteligencia de esta historia. 347
 CAP. VII. En que parece que el diablo se cansa de proteger á Leila. 350
 Epilogo. 352